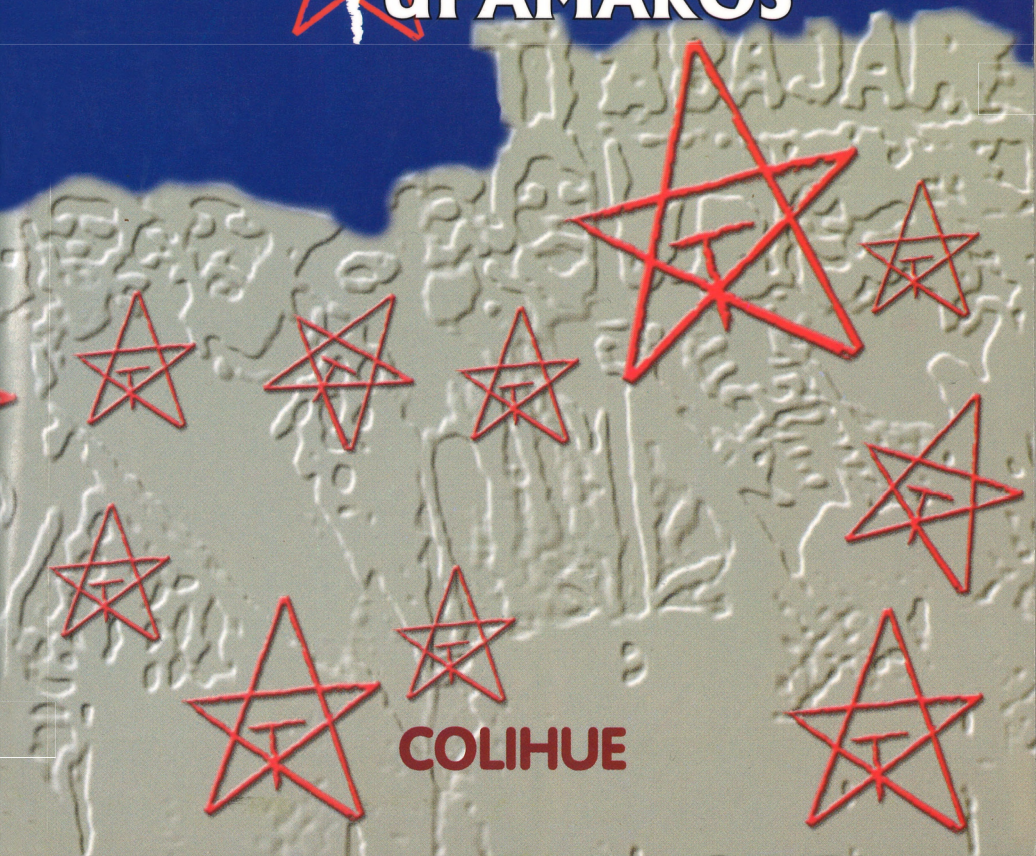


Andrés Cultelli

LA REVOLUCIÓN NECESARIA

CONTRIBUCIÓN A LA AUTOCRÍTICA
DEL MLN

 **TUPAMAROS**



La revolución necesaria



ANDRÉS CULTELLI

La revolución necesaria

Contribución a la autocrítica
del MLN Tupamaros

COLIHUE

Cultelli, Andrés

La revolución necesaria. Contribución a la autocrítica del MLN Tupamaros
- 1ª ed.- Buenos Aires : Colihue, 2006.

168 p. ; 22x14 cm.- (Serie Protagonistas)

ISBN 950-581-766-5

1. Ensayo Uruguayo. 2. Política. I. Título
CDD A864 : 320

Serie Protagonistas

Diseño de tapa: Depto. de Producción, Ediciones Colihue (2006).

ISBN-10: 950-581-766-5

ISBN-13: 978-950-581-766-5

© Ediciones Colihue S.R.L.

Av. Díaz Vélez 5125

(C1405DCG) Buenos Aires - Argentina

www.colihue.com.ar

ecolihue@colihue.com.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

PRÓLOGO

por el Colectivo Andrés Cultelli

Cuando Andrés entregó a un grupo de compañeros su *Contribución a la autocrítica del MLN Tupamaros* tuvimos la certeza de que, con su típica lucidez, comprendía que la salud lo estaba abandonando. Pocos meses después dejó de existir, no sin antes solicitarnos que publicáramos esta contribución a la historia del Movimiento de Liberación Nacional. Solamente nos recomendó que la publicación se realizara después del triunfo electoral del Encuentro Progresista / Frente Amplio.

Hemos compartido ese deseo, y aquí entregamos su texto. Este material abarca el período que va desde el nacimiento del MLN (Tupamaros) hasta finales de 1983. Un período de lucha que no solo tuvo lugar en el Uruguay, sino que incluyó otros países dentro y más allá de la región.

La represión de 1972 dispersó a los tupamaros por el mundo y varios fueron los intentos de reorganizar el MLN a partir del exilio. En ese objetivo, muchos compañeros perdieron la vida o desaparecieron.

La idea de este volumen es contribuir al debate y a un conocimiento que debe ser socializado. Socializado por los protagonistas de la gesta tupamara, socializado por los revolucionarios latinoamericanos, y por los militantes sociales y políticos de hoy. Muchos creen que la lucha armada en el Uruguay es cosa sabida. Lamentablemente no es así. Al decir de Andrés Cultelli:

“Esta autocrítica es imprescindible; desde que la que derrota del MLN (T) no se debe a la omnipotencia del enemigo. [...] Procede, pues, practicar a fondo la autocrítica. Para sacar enseñanzas del pasado, de los errores cometidos. Y, lo que es más, no volver a cometerlos. [...] Asumimos, pues, la responsabilidad de iniciar esta tarea ineludible, que tantos otros compañeros enriquecieran con su aporte crítico y la discusión colectiva.”

Somos conscientes de que el texto de Andrés Cultelli será un aporte esencial para comprender la historia del MLN Tupamaros.

La muerte del compañero Cultelli el 14 de agosto de 2003 llenó de tristeza a todos los tupamaros. Y la nobleza de su personalidad, su entrega plena a las causas populares, su admirable integridad, fueron saludados también por gente de los otros sectores políticos.

En el Senado de la República se le rindió homenaje desde todos los partidos políticos uruguayos. Eleuterio Fernández Huidobro, del Movimiento de Participación Popular (Frente Amplio), antiguo compañero de lucha en el MLN, señaló: “Fue un formidable polemista en materias teóricas, dentro de su viejo partido, el Partido Socialista, del cual se separó mucho más adelante. Escribió en [las publicaciones del PS] y otros medios una enorme cantidad de artículos sobre distintas cuestiones teóricas. [...] Don Andrés Cultelli participó, vio y opinó en todas las revoluciones que buscaban la liberación del colonialismo, producto de la posguerra o que precedieron a la guerra, así como todos los movimientos de liberación nacional que uno se pueda imaginar”. Juan Adolfo Singer, del Partido Colorado, dijo: “A Cultelli [...] se lo escuchaba con atención, por un lado, porque hablaba con conocimiento de los temas y, por otro, porque era muy duro e intransigente”. El senador Rafael Michelini, del Nuevo Espacio (Frente Amplio), afirmó: “Andrés Cultelli es un ejemplo permanente de altruismo y valor, de jugarse por las cosas que él pensaba y de soñar –sobre todo, soñar– con un mundo mejor”. Carlos Garat, del Partido Nacional, expresó: “Yo rindo culto y homenaje a un político de raza –como se ha dicho acá–, fiel a sus ideas, que las tuvo y las mantuvo con firmeza y lealtad al llevarlas adelante”.

Para Isabel, su compañera, y para el grupo de los que hemos tenido la tarea y el honor de publicar este material, es imprescindible rescatar esta voz y esta memoria que nos convoca a la reflexión. Para que las ideas se vuelquen en un debate franco que trascienda el límite de lo epopéyico y nostálgico y se transforme en práctica social del movimiento revolucionario latinoamericano.

Nos merecemos un análisis riguroso; necesitamos reflexionar sin prejuicios acerca de la teoría y la práctica armada en el Uruguay. La *Contribución a la autocrítica del MLN Tupamaros* es un aporte a la reflexión sobre la táctica, la estrategia, las formas organizativas, las contradicciones internas del MLN. Estamos seguros de que estos apuntes, que surgen de la teoría y de la práctica social, serán de gran utilidad para los historiadores, los luchadores sociales y políticos, y en especial para los jóvenes del Uruguay y de los países hermanos que pretendan conocer la historia que, desde los años 60 hasta los comienzos del nuevo proceso de democracia tutelada de los 80, desarrolló el movimiento insurgente en el continente latinoamericano.

REFERENCIAS BIOGRÁFICASⁱ

Andrés Cultelli fue una destacada figura dirigente del Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) del Uruguay, insistente profundizador del estudio teórico y, a la vez, impulsor de la acción social.

Nació el 6 de setiembre de 1921, y fue recogido como huérfano por un sastre anarquista. Su infancia temprana transcurrió en Montevideo, en el Barrio Reus al Norte (en la calle Benito Chaín casi Inca). “Al perder una huelga el gremio”, su padre adoptivo –cuenta– “quedó en la lista negra y no conseguía trabajo en ningún lado. Nos fuimos primero para Aiguá y luego a Velázquez, en Rocha, donde él se rebuscaba en su oficio”.ⁱⁱ

Hace los primeros años escolares en una escuela rural, e inicia a los once años una etapa de trabajador infantil en múltiples oficios, desde mozo de bar hasta –las más de las veces– peón rural (“cortando maíz, levantando boniatos, carpiendo... hasta desembocar en las arroceras del Olimar cortando el ‘arroz amargo’”).

A los 16 años llega a Montevideo escondido entre la carga de un camión de la arrocera. Se desempeña nuevamente en actividades diversas (en una embotelladora de refrescos, en barracas de lana, en una carnicería). “Mi primer trabajo permanente fue en el Frigorífico del Plata [...], pero no duró mucho; perdimos una huelga y quedamos en la calle”, dice. Trabaja “con

ⁱ Las referencias bibliográficas, así como las glosas de los editores, fueron preparadas por el Colectivo Andrés Cultelli.

ⁱⁱ Andrés Capelán: *Con Andrés Cultelli, tupamaro: “El poder nace de las masas”* (entrevista). En: Mate Amargo, Montevideo, 27-1-1993, páginas 10 y 11. El texto de Capelán ha sido la fuente principal para la construcción de estas referencias biográficas.

las manos” alrededor de quince años. Luego de “ilustrarse un poco” pasa a ser empleado de un sindicato (la Federación Autónoma de la Carne) y, posteriormente, asesor de numerosos gremios (entre ellos la misma FAC, el Sindicato de Artes Gráficas, el de la Aguja, el de la Construcción –SUNCA–, el de la fábrica Funsu, y el de la Unión de Azucareros –UTAA–, donde sustituye a Raúl Sendic), habiendo cofundado otros.

Efectivamente, Cultelli había entrado al Liceo Nocturno tras un examen de ingreso, después de lo cual realizó estudios de Derecho y se graduó como Procurador (“En razón de eso es que después, en vez de proletario, fui asesor de diversos sindicatos.”). Luego realizaría, en la Facultad de Humanidades y Ciencias, estudios de Filosofía y de Psicología, que no finalizó. En 1962 publica un alegato a favor de los niños con “déficit psíquico”.

En marzo de 1939 se había afiliado a la Juventud Socialista. Allí había conocido a Raúl Sendic, a Jorge Manera, a Vivián Trías, a Germán D’Elia y a José D’Elia, de cuyas manos recibió los primeros libros de Lenin. “Era quien administraba el leninismo en la Juventud Socialista [...], y esa fue una de las razones que llevaron a que se le expulsara del Partido Socialista. Esa no fue una excepción; la Juventud Socialista siempre fue protestataria, siempre había conflicto con los jóvenes.” Cultelli llega a ser director de *El Sol*, el semanario del Partido Socialista (en el que había empezado a escribir en 1948), y luego administrador del diario “sin partido y sin dueño” *Época*, que tuvo una gran trascendencia en la izquierda uruguaya. Eleuterio Fernández Huidobro, otro comandante del MLN, diceⁱⁱⁱ: “agarrar ese cargo en aquellas circunstancias era agarrar una derrota, que él transformó, contra la opinión de todos, en una victoria”.

Entre 1954 y 1962 integra el órgano legislativo de Montevideo (la Junta Departamental), cuya bancada socialista, encabezada por Hugo Prato (e integrada por Mario Jaurena, Gualberto Damonte y Guillermo Chifflet), tuvo una trayectoria muy combativa. Poco después, Cultelli abandona el Partido Socialista, a raíz de otra expulsión: “Fue en 1964, cuando la expulsión de los ‘muspos’. El MUSP era una ‘secta’ de jóvenes estudiantes muy apartados de la realidad, pero que merecían otro tratamiento. Tenían el derecho a que se les diera la lucha ideológica”.

Había sido secretario de Emilio Frugoni, el máximo dirigente histórico del Partido Socialista. La polémica que Frugoni establece con Vivián Trías provoca en Cultelli un distanciamiento. “Trías puso el dedo en la llaga cuando planteó centralmente la cuestión de los pueblos subdesarrollados emergentes,

ⁱⁱⁱ Eleuterio Fernández Huidobro: “Se nos fue una parte de la historia”. En: *Participando*, 3ª época, N° 56, Montevideo, septiembre 2003.

presentando una visión tercermundista del socialismo contrapuesta a la visión socialdemócrata y europeísta de Frugoni. Paralelamente, las revoluciones cubana y argelina nos iluminaron a muchos, ya que demostraron que la lucha armada era posible, y eso no era poca cosa.”

Cultelli desemboca “naturalmente”, junto con Sendic, Manera y otros, en el MLN. “Es muy difícil determinar el momento preciso en que nos hacemos tupamaros. Siempre anduvimos muy juntos; ya ‘conspirábamos’ cuando estábamos en el partido, y fuimos ingresando paulatinamente a esa aventura política que era el MLN de la época.” Siendo “mano derecha de Sendic, que era más joven que él”^{iv}, Cultelli pasa a ser uno de los comandantes tupamaros. “Como combatiente creo que fui un fracaso. Pero recuerdo con emoción aquella Columna número 1 y a los queridos compañeros que entregaron su vida por la causa. Recuerdo y rescato principalmente el ‘estilo de vida’ de los tupamaros, la honestidad y la austeridad con que nos manejábamos, [un estilo de vida] en el que Raúl Sendic fue un verdadero maestro hasta el final.” Dice Fernández Huidobro: “Fue la parte de intelectual y maestro de todos nosotros”.

Un hijo suyo, Alfredo, es fusilado el 8 de octubre de 1969 en la toma de la ciudad de Pando. Apresado él mismo el 1º de agosto de 1970, es llevado a la cárcel de Punta Carretas y, siendo liberado por el juez en los primeros meses del año 1971, es nuevamente apresado, siendo retenido en un establecimiento militar hasta el 4 de setiembre del mismo año, en que es deportado a Chile. Viaja a Europa en una gira destinada a denunciar “la situación que se estaba viviendo en las cárceles y los cuarteles uruguayos”.

De regreso en Chile, pasa a integrar un grupo asesor del presidente socialista Salvador Allende, junto con el brasileño Darcy Ribeiro y el español Joan Garcés. Pocos días antes del golpe de Pinochet, integrando un importante grupo de tupamaros, cruza clandestinamente a territorio argentino, y llega a mediados de octubre de 1973 a Buenos Aires. Al decir de Andrés Capelán^v, allí Cultelli dicta cursos y pone sus energías al servicio del “trabajo del exilio”. El 30 de marzo de 1975 es detenido y permanece “desaparecido” en un “chupadero”. Enterado Zelmario Michelini—exiliado a la sazón en la Argentina, y luego asesinado por los militares de la Operación Cóndor—, divulga la noticia, y una campaña mundial posibilita la aparición de Cultelli y otros detenidos en el establecimiento de Sierra Chica. “Me salvaron en definitiva la vida”, dice Cultelli. “Lástima que cuando le tocó a él [Michelini] nadie pudo hacer nada.” Es trasladado al penal de Trelew, en Chubut, donde permanecerá

^{iv} E. Fernández Huidobro: artículo ya mencionado.

^v A. Capelán: artículo ya mencionado.

varios años. Las condiciones son allí extremadamente duras.

Una nueva campaña internacional, ayudada desde el exilio cubano por su compañera María Isabel Delfino, culmina en su “adopción” por parte de la Internacional Socialista. El Partido Socialista de Austria se preocupa por su situación. El Secretario de la Embajada de ese país lo visita personalmente cada quince días, en representación del Primer Ministro Bruno Kreisky (“quien había sido prisionero de los nazis y había sufrido en carne propia lo que yo estaba viviendo”). Cultelli logra la libertad en 1980. Viaja a Austria en abril, se reúne a continuación con su mujer e hijas en Cuba, y se establece finalmente en Francia, invitado por el socialista Pierre Joxe, presidente del grupo socialista de la Asamblea Nacional. “Allí, junto con otros compañeros, impulsamos la reconstrucción del MLN y la lucha por la democracia en el Uruguay.”

Regresa al Uruguay el 14 de mayo de 1985, y se reinserta en la militancia por las causas populares. Su inquietud solidaria se canaliza en una variedad de organizaciones de lucha social, incluido el Movimiento Sin Tierra del Brasil. En el Uruguay, trabaja intensamente en la Organización Nacional de Asociaciones de Jubilados y Pensionistas, cofunda el Movimiento de Participación Popular, y llega a ser diputado suplente del mismo entre 1990 y 1995.

Muere en Montevideo el 14 de agosto de 2003.

Colectivo Andrés Cultelli

INTRODUCCIÓN

Hacer uso de la crítica para poner de manifiesto los errores y aciertos en el trabajo y luchar por eliminar los primeros, dejando siempre de lado toda consideración de amistad o fidelidad personal.

Artículo 4, Inciso E, del Reglamento del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros.

A pesar de la pequeñez de nuestro país, el Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros), constituyó una de las fuerzas revolucionarias más significativas, a fines de los años 60 y principios de 1970, en Latinoamérica. Incluso el eco de su quehacer político y militar trascendió más allá del Continente.

Sin embargo fue VENCIDO. Pero vencido no quiere decir DESTRUIDO. Esto es así porque miles de tupamaros existen en el Uruguay y en el mundo y tienen confianza en la reorganización del MLN (T), porque en el seno del pueblo oriental se alienta la esperanza del renacimiento de los Tupamaros, a los que se admira y respeta, en especial a sus presos políticos y a los rehenes del régimen, que son ya héroes y mártires de la Patria aherrojada.

¿Quién no recuerda en el Uruguay la caída en combate de nuestro líder Raúl Sendic, con la mandíbula y la lengua atravesadas por un proyectil de fusil?

Es que el espacio político que dejó nuestra organización en el país, aún no lo ha llenado nadie. No han faltado intentos a este respecto en el marco del MLN (T), pero todos ellos han tenido como denominador común la falta de políticas adecuadas y renovadas. Es así que los esfuerzos y también los sacrificios en ese sentido, no prosperaron. No han pasado de buenas intenciones.

¿Y por qué no se ha encontrado el camino de la reorganización y de los cambios necesarios?

Entre otras cosas, porque no se atinó a hacer una AUTOCRÍTICA.

Y esa autocrítica es imprescindible, desde que la derrota del MLN (T) no se debe a la omnipotencia del enemigo; se debe a las contradicciones internas de nuestra propia organización.

Procede, pues, practicar a fondo esa autocrítica. Para sacar enseñanzas del pasado, de los errores cometidos. Y lo que es más: no volver a cometerlos.

Esto no quiere decir que solo hubiera errores en el seno del MLN (T). Hubo también grandes aciertos. Pero es evidente que los primeros se impusieron a los segundos.

Sin una autocrítica global, objetiva, seguiremos teniendo explicaciones parciales, unilaterales, de los errores cometidos. Por tanto, se requiere un método, un enfoque científico en el análisis de la historia, de los hechos acontecidos. Para que esto sea posible hay que cumplir con un requisito previo indispensable: DESMITIFICAR al MLN (T). Esto es difícil, desde luego, por aquello de que no es posible ser juez y parte. Con todo, tenemos que intentarlo, asumir esa tremenda responsabilidad. Acaso porque nadie como quienes hemos vivido esa historia, estamos en mejores condiciones de interpretarla.

Como quiera que sea, esta autocrítica no pretende ser acabada. Por eso la titulamos *Contribución a la autocrítica del MLN (T)*.

Asumimos, pues, la responsabilidad de iniciar esta tarea ineludible, que tantos otros compañeros enriquecerán con su aporte crítico y la discusión constructiva. De manera que esto no es más que un borrador.

Además, los que emprendemos este empeño o damos el puntapié inicial, lo hacemos en el cumplimiento de un principio metodológico esencial y como condición inherente al objetivo político principal de hoy, que consiste en la reorganización del MLN (T) a los efectos de que cumpla sus grandes fines estratégicos.

En parte, ello servirá de base para fundar las nuevas políticas que debemos instrumentar, si es que nos colocamos a la altura de las exigencias de todo orden impuestas por la presente década, y si no volvemos a subestimar al enemigo.

El hecho de que nos asumamos como tupamaros, en las actuales circunstancias, es natural. No podemos dejar de ser lo que somos, ni renegar de nosotros mismos. Eso no significa desconocer otras tentativas de remonte en curso, ni las que puedan surgir en el futuro, bajo nuestras gloriosas banderas. Tampoco pretendemos ser los únicos representantes del MLN (T), en momentos en que la mayoría de los compañeros permanecen desorganizados, dentro y fuera del Uruguay.

¡Que florezcan “cien flores” entre los tupamaros!

La unidad, que la práctica demuestra imposible en el exilio, tan preñado de subjetivismo, se impondrá como un hecho y una necesidad de la lucha revolucionaria, con los que la procesemos dentro del país. Salvo en relación con aquellos que por razones de principios o de conducta, se automarginaron o se pasaron a tiendas burguesas, y que oportunamente habrá que juzgar.

La práctica es nuestro único criterio de verdad. A ella debemos atenernos. Una vez que se recojan los aportes de las células organizadas y de los compañeros o grupos que asuman la tarea de considerarla, y nos envíen sus opiniones, realizaremos un nuevo examen de la Autocrítica. Enriquecida lo más posible, le daremos una redacción final, para que sea objeto de consideración y aprobación definitiva en una Convención.

El plazo para recibir las críticas y aportes de que se trate, vencerá el 31 de diciembre del presente año.

PRIMERA PARTE

I. LAS ENSEÑANZAS O ASPECTOS POSITIVOS DE LA LUCHA TUPAMARA

*Si no conseguimos liberar a América este año lo conseguiremos el que viene; cuando comenzamos a trabajar fue por liberarla.
Si no somos nosotros, serán los que vendrán detrás de nosotros.*
José Artigas a Fernando Otorgués, abril de 1814.

El MLN (T) estableció claramente sus objetivos políticos para un nuevo Uruguay. Así lo demuestra su programa de gobierno.

También fue certero el método principal de lucha escogido para la toma del poder, a los efectos de instaurar una nueva sociedad, justiciera, igualitaria, proletaria, humanista, socialista.

Como se sabe, introdujo la violencia revolucionaria en el quehacer político oriental. Desbordó y quebró la legalidad burguesa. Es que dejó a un lado el reformismo para actuar de acuerdo a nuevos métodos, que convulsionaron al país entero. De ahí en más, los revolucionarios no se someten en su acción, no se condicionan a la Constitución de la República o a la Ley. Representan el desafío más grande al orden jurídico burgués y su violencia encubierta, disimulada, sofisticada o vestida con oropeles de legalidad: la violencia de la explotación capitalista, de la acumulación de riqueza entre unos pocos en perjuicio de las grandes mayorías, de la injusticia y desigualdades sociales irritantes, de la desocupación, de los salarios insuficientes, del hambre y la miseria, de la mortalidad infantil, de la prostitución, etc.

Se decía en una entrevista de uno de nuestros dirigentes a la revista *Al Rojo Vivo*: “El régimen capitalista burgués es el que impera en el país y es lo que queremos echar abajo. Luchamos porque los que están abajo suban y los que están arriba bajen. No creemos que esos señores que tienen va-

rios autos, chalets en Punta del Este, varias empresas y alguna estancia, se convenzan por las buenas de que es un abuso y cedan lo que les sobra a los que han trabajado toda la vida y no tienen nada”.

Por otra parte, fue igualmente un acierto dosificar esa violencia revolucionaria o atenuarla en sus efectos, en un país que venía de vivir más de 60 años de “paz social” y que no podía asimilarla tan rápidamente. De ahí que en las acciones armadas hubo mucho más ardid, más inteligencia, que tiros. Estos fueron realmente pocos. Como asimismo los muertos y heridos de ambos bandos, si se tiene en cuenta lo que estaba en juego: nada menos que una revolución social para el Uruguay.

Baste decir cómo se tomó un cuartel como el de la Marina –del que se llevaron diez toneladas de armas– sin que fuera derramada una gota de sangre. Lo mismo ocurrió con la fuga de más de cien presos de la cárcel de Punta Carretas. Y con la inmensa mayoría de las miles de operaciones realizadas.

Cuando se lesionó a alguien en la acción, prestamente se le proporcionó atención y los cuidados médicos necesarios, aunque se tratara de un enemigo. Incluso se indemnizó por los daños materiales a pequeños propietarios, pues el Reglamento Interno del MLN (T) dispone: “En la acción revolucionaria es inevitable que violemos la moral burguesa, pero esto no significa que tengamos que actuar sin ninguna guía o norma de orden moral; por el contrario, un militante revolucionario debe actuar en su vida diaria de acuerdo con los principios que sustenta o defiende en la acción política”.

“No alcanza que tenga una ideología revolucionaria, debe vivir como revolucionario” (Artículo 35 del Reglamento Interno).

Pero el artículo 36 del mismo Reglamento es más preciso todavía. Dice: “Debemos hacer una distinción clara entre el significado que debe tener para nosotros la propiedad burguesa y la propiedad de los trabajadores, los pequeños comerciantes y pequeños productores. Debemos proceder con absoluto respeto y, cuando por razones de fuerza mayor, nos vemos obligados a utilizarla, debemos crear para ello un mecanismo de reintegro”.

A todo ello, debe añadirse el claro sentido político con que se efectuó la propaganda armada, la denuncia al régimen. Recuérdesse el impacto que representó la acción sobre la Financiera Monty* y sus similares, en cuyas maniobras dolosas aparecían implicadas las figuras principales de los partidos gobernantes, en contubernio con el capital extranjero.

Lo mismo podemos decir de la distinción que hizo la Organización entre los oligarcas y los agentes policiales o soldados rasos. Tratando de golpear a

* Los asteriscos remiten a los términos definidos en las GLOSAS DE LOS EDITORES.

los primeros y advirtiéndolo a los segundos que la lucha no era contra ellos, sino contra los de arriba, que no daban la cara.

En fin, todo esto y mucho más fue cambiando la fisonomía política del país, que a partir de los tupamaros comenzó a mostrarse tal cual. Tal cual debía ser, como consecuencia de la profunda crisis de la estructura económica de la sociedad que la envolvía y la amenazaba, obligando a la clase dominante a descargar el peso agobiante de esa crisis sobre las espaldas del pueblo trabajador. Con lo que el régimen político vigente en Uruguay, tuvo que presentarse al desnudo, como condición necesaria para que los monopolios extranjeros y un puñado de vende patrias continúen enriqueciéndose y realizando negociados.

Es decir, tuvo ese régimen que volverse de más en más represivo, sanginario, liberticida, fascista, y llenar las cárceles del país, para que un modelo económico inhumano de superexplotación y acumulación capitalista pueda funcionar al servicio del capital financiero foráneo.

En el mismo sentido de flexibilidad táctica y de cuidadoso estilo político, puede situarse el apoyo crítico que el MLN (T) dio al Frente Amplio. Se expresa en la declaración respectiva:

El Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) entiende positivo que se forje una unión de fuerzas populares tan importantes, aunque lamenta que esta unión se haya dado con motivo de las elecciones y no antes.

Hace tiempo que las luchas reprimidas, los luchadores destituidos, presos, torturados y los entrañables militantes asesinados por buscar una misma justicia social, debieron habernos unido en un mismo frente contra un mismo enemigo común. Porque ellos fueron heridos por las mismas balas de la misma policía y sufrieron los mismos calabozos. Y también su hambre fue la misma. Y la sagrada rebelión contra el régimen fue común. Pero aunque la lucha ha sido dramática como nunca, lamentablemente ha habido diferencias metodológicas y hemos presentado un frente desunido.

Hoy muchas fuerzas de izquierda y progresistas parecen haber superado esas diferencias, o algunas de ellas, y se han unido a ese frente que aunque no constituye una integración total de las fuerzas populares, es ya una de las preocupaciones de la reacción.

Mantener nuestras diferencias de método con las organizaciones que forman el frente y con la valoración táctica del evidente objetivo inmediato del mismo: las elecciones.

Sin embargo, consideramos conveniente plantear nuestro apoyo al Frente Amplio.

El hecho de que éste tenga por objetivo inmediato las elecciones, no nos

hace olvidar que constituye un importante intento de unir a las fuerzas que luchan contra la oligarquía y el capital extranjero. El Frente puede constituir una fuerza popular capaz de movilizar un importante sector de trabajadores en los próximos meses y después de las elecciones. Es, o puede ser, un instrumento poderoso de movilización, de lucha por un programa nacional y popular, por la libertad de los presos políticos y sindicales, por la restitución de los despedidos, por el levantamiento de las medidas de seguridad y los decretos dictados bajo su amparo.

Al apoyar al Frente Amplio entonces, lo hacemos con el entendido de que su tarea principal debe ser la movilización de las masas trabajadoras y de que su labor dentro de las mismas no empieza ni termina con las elecciones.

En este ámbito del Frente Amplio, o en relación con él, el MLN (T) contribuyó a crear el 26 de Marzo* como herramienta política de masas. También “la Corriente”*, coordinación de fuerzas políticas de izquierda en la órbita del Frente Amplio y en su expresión parlamentaria. Los entendidos saben que al MLN (T), o a su influencia, podrían atribuirse no menos de la tercera parte de los votos del Frente Amplio.

Finalmente, no podemos dejar de recordar –entre otros aciertos políticos de la Organización– el apoyo que brindó a algunos gremios en huelga. En este sentido quizás debió haber hecho mucho más. A veces estuvo condicionado por sus propias carencias, como fue el caso y la necesidad de apoyar de modo más positivo la huelga de la industria frigorífica en 1969 y también la bancaria de ese año.

Pero nadie como el MLN (T) levantó con más consecuencia y apoyó las banderas reivindicativas de los trabajadores rurales del Norte del país, a cuya génesis organizativa tanto aportó. Ello permitió dar un salto cualitativo en la conciencia de uno de los sectores más explotados. Tanto es así que en sus mítines a lo largo de la República, además de levantar la consigna “Por la tierra y con Sendic”, pusieron al rojo vivo la lucha de clases al proclamar en sus marchas hacia Montevideo: “Basta ya de dialogar, hay que armarse para luchar”.

En el año 1968, con motivo de la movilización a que dio lugar la tercera marcha de UTAA, esta organización distribuyó a su paso por los pueblos y en Montevideo un manifiesto del que transcribimos el presente fragmento:

Tú que como nosotros trabajas en el campo, en chacras o estancias, en changas o jornalero, peón mensual o por día...*

Hacemostu misma vida, somos de la misma clase. Nosotros somos cañeros de Bella Unión, departamento de Artigas, en el rincón donde el Cuareim*

y el río Uruguay forman una rinconada...

Cuando cortamos caña, nuestra es la "aripuca"* de dos aguas; cuando changueamos en chacras o estancias, el galpón es nuestra casa, y el piso de tierra, nuestra cama, nuestra silla, nuestra mesa.

Nuestra comida es el ensopado de grasa, fideo grueso y sal, aunque de nuestras manos salen millones de pesos de ganancias para los ricos, los gringos, el estanciero, como lo llamen.

No tenemos plata para vicios grandes; tomamos algún trago de caña y fumamos tabaco brasileño en pedazos de papel de astraza*, a falta de chala*.

Muchos de nosotros apenas sabemos firmar porque cuando debimos ir a la escuela, tuvimos que trabajar.

Como ves, compañero, nuestra vida se parece a la tuya, nuestra ropa se parece a la tuya, nuestras manos se parecen a las tuyas, nuestra muerte en un hospital o en una desgracia se parecerá a la tuya, y nuestra tumba, como la tuya, estará en el borde del cementerio, como nuestro rancho está en el borde pobre del pueblo.

¿Por qué tenemos que vivir así?

Y nosotros te preguntamos, compañero: Por qué tenemos que vivir así; si la tierra uruguaya es rica, capaz de producir pan, bienestar y mejor vida para los que trabajamos. ¿Es justa o injusta nuestra pobreza? Queremos que sepas esto, compañero. Esta injusticia no es obra de Dios, ni del destino; es obra de los hombres, es obra de la mala organización social, que hicieron los ricos, para vivir ellos bien, a costa de los pobres, que vivimos mal.

Las tierras de nuestro pago de Bella Unión, están tapadas de caña de azúcar; pero nuestros hijos no prueban el azúcar.

¿Por qué es eso? Eso se debe a que la tierra y la fábrica que muele la caña y hace el azúcar, pertenece a los gringos extranjeros, que viven lejos; o pertenecen a uruguayos ricos, que nunca se agacharon sobre la tierra.

Hay que enderezar el lomo.

Esto no debe continuar. Hay que levantar la frente, compañero; hay que enderezar el lomo, compañero. Si la patria es pobre, que sea pobre para todos; si la patria es rica, que sea rica para todos.

Pero así como están las cosas, la caña de azúcar es rica para el patrón que no planta, y amarga para nosotros que la plantamos, la cortamos y la industrializamos.

La principal empresa azucarera de Bella Unión se llama CAINSA y sus dueños son gringos yanquis, viven lejos de nuestro país, en los Estados Unidos de Norteamérica, y engordan a costa de nuestro sudor.

La zafra de la caña de azúcar dura solo cuatro meses, pero tenemos

que vivir los doce meses del año, dar de comer a nuestras mujeres e hijos. Cuando la zafra termina, tenemos que echarnos al hombro nuestras pocas pilchas y como linieras caminantes salir a buscar trabajo.

A veces vamos lejos: a Salto, Paysandú, Río Negro, Soriano, Canelones, buscando trabajo en la zafra de la remolacha, la naranja, la papa, la uva, lo que caiga.

En marzo cruzamos al Brasil y llegamos a Quaraí, Tapitocai, Plano Alto, Itaqui, Uruguayana y Alegrete para cortar arroz.

¡Que un oriental tenga que salir a otras tierras a ganarse el pan, no es justo! ¡Esta es la patria por la cual luchó Artigas! Esta patria así como está, es madre de los ricos y madrastra de los pobres. Artigas quiso y lo dijo en 1815, hace más de ciento cincuenta años, que los más infelices debían ser los más atendidos, y que a los criollos pobres, debía dárseles aquí TIERRAS PARA TRABAJAR.

Hace 153 años que el Libertador dijo esto, y la mayoría de los trabajadores del campo, con la única tierra que contamos, es con los dos metros, para pudrirnos después de muertos.

Nos roban por todos lados

A nosotros como a ustedes, les pasa que cuando cobran deben dejar la plata en el almacén, sobre el mostrador, donde compran la comida y la ropa.

A nosotros, además, nos cargan los precios de la cantina de la empresa, a veces nos pagan en bonos y arreglan la balanza para embrollarnos.

Y mientras nosotros, los pobres, doblamos el lomo dentro del barro, chupados por las sanguijuelas, arriesgando el diente de alguna crucera, los dueños están a la sombra, lustrosos de gordos, recibiendo en su cantina, con la mano izquierda, la poca plata que nos pagaron con la mano derecha.

Este sistema de explotación, donde el rico es cada vez más rico y el pobre es cada vez más pobre, se llama CAPITALISMO: y cuando el dinero va a parar a las manos de los gringos-extranjeros, se llama IMPERIALISMO.

Llegó Raúl Sendic...

En resumen: la lucha armada produjo cambios cualitativos importantes en la vida política nacional y en la conciencia revolucionaria del pueblo. A consecuencia de ello, el país adquirió una nueva fisonomía: dejó de ser lo que era y jamás podrá ser lo que fue.

Todavía no ha escapado a aquel poderoso influjo. De ahí que es inútil pretender desconocer la gravitación que aún tiene el MLN en el Uruguay, sin perjuicio de los errores cometidos. Pues, cualquiera sabe hoy que para el pueblo oriental figura entre las fuerzas políticas más prestigiosas de la izquierda nacional, pese a haber sido el más cruelmente perseguido y calumniado por los delincuentes fascistas que detentan el poder.

II. EL PROGRAMA DE GOBIERNO

Sintético y profundo, el programa para la etapa de reconstrucción del país por un gobierno revolucionario, es: Reforma Agraria radical. Socialización de las grandes fábricas, del Comercio Exterior, de la Banca. Reforma Urbana, poniendo la vivienda al servicio de los usuarios. Planificación de la economía con fines sociales. Expropiación sin indemnización del capital extranjero. Salarios dignos y vigencia de los demás derechos obreros. Gratuidad y promoción de la Enseñanza a todos los niveles, sin distinciones de clase. Socialización y reorganización de la Medicina, poniendo los recursos tecnológicos y científicos al servicio de todo el pueblo. Seguridad social integral, que cubra todos los riesgos. Abolición de la justicia de clase y sanción de códigos que tengan en cuenta los valores humanos esenciales.

“Todas las personas que colaboran en la contrarrevolución, por ejemplo, los que hayan cometido asesinatos y otros delitos al servicio del actual régimen, o los que valiéndose de los medios de prensa hayan incurrido en mentiras y calumnias contra la causa del pueblo, serán penados con cárcel de acuerdo a la gravedad del delito.”

“Defensa armada de la revolución. Tanto el ascenso al poder como el cumplimiento hasta el fin de los objetivos de la Revolución, solo se garantizará armando al pueblo para su defensa.”

Tal el contenido del Programa de Gobierno del MLN (T). No difiere, en lo fundamental, de otros programas ya formulados por las demás organizaciones de la izquierda, desde el Congreso del Pueblo en adelante. Todos ellos apuntan a los cambios de la estructura económica de la sociedad, sin los cuales no hay soluciones a la crisis, ni justicia social posible en el Uruguay.

La formulación de este programa de gobierno, que va al fondo del asunto, no hay duda que constituyó un acierto de los tupamaros y arrojó luz sobre la claridad de los fines políticos perseguidos en la lucha.

III. LA GUERRILLA URBANA

En la década del 60, cuando surgen los Tupamaros, asistimos al furor de la guerrilla rural. Por el triunfo de la Revolución China y de manera especial, por la Cubana, nada podía concebirse fuera del esquema de esta última, de su ortodoxia. La resistencia a los yanquis en Santo Domingo en 1965, arrojaba algún destello en el horizonte político de la lucha revolucionaria de Latinoamérica.

A la sazón, había guerrillas rurales en Guatemala, en Venezuela, en Colombia, en Perú, en Bolivia, en la Argentina, o se preparaban o tentaban en otros países latinoamericanos. En Brasil estaban en auge las Ligas Campesinas de Francisco Juliao. Y las ocupaciones de tierra, con resistencia armada, eran noticia en el continente.

En Bella Unión mismo, se hicieron preparativos para la ocupación de tierras por parte de los cañeros y si no se llevaron a cabo fue porque las armas prometidas para la autodefensa nunca llegaron.

Además, las hazañas y los triunfos de los Comandantes Fidel Castro y el Che, nos tenían deslumbrados.

La Revolución Cubana influyó mucho en nosotros. Nada menos que demostró que la Revolución era posible en nuestros países subdesarrollados y dependientes.

Pero también despertó al enemigo, le abrió demasiado los ojos, lo puso en guardia y lo condujo a prepararse para la contrarrevolución.

Desde entonces, las cosas fueron más dialécticas y difíciles que nunca. Las contradicciones de clase se agudizaron de modo nunca visto y ahora es evidente que nosotros no estábamos a la altura de las circunstancias. No estábamos preparados para enfrentar las responsabilidades que teníamos por delante. Subestimamos al enemigo y simplificamos las cosas, a pesar

de haber hecho grandes esfuerzos y sacrificios y de haber conseguido logros importantes.

En los primeros tiempos había que salir por los campos de la Patria, para conocer el terreno y aligerar las piernas, como lo hicimos, sin mayores resultados.

Es que en el Uruguay no había una Sierra Maestra, ni grandes bosques, ni montañas, ni lugar alguno que sirviera de retaguardia por mucho tiempo. El medio rural era inapropiado para la lucha armada. No tenía accidentes geográficos que la favorecieran o la hicieran posible. Y la densidad de población en el campo era tan mínima, que también hacía que todo se volviera absolutamente desfavorable.

Nada más que ciertas acciones armadas auxiliares y transitorias, con el objetivo de descentralizar y dispersar las fuerzas enemigas, podían y pueden concebirse.

Había, pues, que inventar otra cosa. Nueva, diferente de lo predominante en el continente. De lo que hasta ese momento aconsejaba la experiencia revolucionaria más prestigiosa; la práctica y la teoría vigentes. Y solo el genio de los tupamaros permitió encontrar en aquellas circunstancias históricas, las formas guerrilleras apropiadas al terreno, a las características particulares del país. En consecuencia, lo innovaron todo.

Tuvieron que crear toda la infraestructura necesaria para el accionar armado. Para ocultar armas, hombres y servicios. Y todas las formas organizativas y operativas para el desarrollo de la guerrilla en el medio urbano, en el terreno ocupado por las fuerzas enemigas.

A partir de ahí, quedó demostrado ante América y el mundo que la lucha armada no solo era posible en los campos. Lo era, también, en las ciudades.

Este nuevo acontecimiento revolucionario tuvo tanta trascendencia y gravitación en Latinoamérica, que desde ese momento comienzan a surgir las guerrillas urbanas en la Argentina, en Brasil y en otras partes. Estas son derrotadas –incluyendo la de los tupamaros– como se sabe, por razones que no hacen a su viabilidad, a la esencia del asunto, sino a cuestiones de otra naturaleza, que examinaremos después.

En síntesis: en este punto y partiendo de cero, sin contar con experiencia alguna en el país, es mucho lo que crearon y enseñaron los Tupamaros en el Uruguay y en Latinoamérica. No en balde hubo una época en que en el exterior se conocía más el país por los tupamaros que por otra cosa. Los libros y demás publicaciones hechas en el mundo a su respecto, así lo demuestran.

Es más: muchas de aquellas enseñanzas aún son válidas para nuestros

días, a condición de que se les complementen con otras líneas políticas que faltaron y la observancia de reglas de juego, que se dejaron de lado o no se cumplieron oportunamente.

Por ejemplo: es válido –en tanto se analice prolijamente y en un contexto global que no excluya una nueva concepción de la lucha armada y de masas, dialécticamente combinadas, y un enfoque de clase de todo ello– el saber cómo funcionaba a través de las células el trabajo político clandestino; cómo se montaron y actuaron los talleres de diversa índole, los laboratorios de documentación, las escuelas de cuadros*, etc. Claro que siempre que no se sature el terreno en el que hay que convivir con el enemigo; no quedemos en rojo, en peligro, con pérdida de los márgenes necesarios de seguridad. No olvidar las leyes de esta dialéctica de los hechos, es imprescindible para existir, desarrollarse y avanzar. Para que no nos aplasten, como ocurriría en cualquier parte del mundo en que no respetáramos las leyes del tránsito y nos empeñáramos en cruzar las calles con la luz roja.

Desde luego, que la cuestión no es tan simple como la comparación que acabamos de hacer, por más válida que parezca. Nada menos que pasa por las profundidades insondables de la dialéctica materialista como ciencia y también de un arte: el de conducir, que corresponde especialmente a los cuadros, sin los cuales tampoco es posible la Revolución a esta altura del siglo XX.

Y a pesar de sus grandes aciertos, la cuestión de la formación de cuadros fue una de las cosas más descuidadas por el MLN (T) después que se produjo su gran crecimiento y más todavía, desde 1970 para adelante. Ello dejó, además, un lastre de empirismo con el que aún hoy tenemos que luchar a cada paso.

IV. LA CONTINENTALIDAD DE LA LUCHA REVOLUCIONARIA

En este punto el Documento I de la Organización no puede ser más lúcido. Por su importancia, precisión y coherencia, transcribimos textualmente el capítulo que trata del asunto. Dice así:

1. Es un derecho y un deber que las organizaciones revolucionarias colaboren con sus máximas posibilidades de la construcción y elaboración de la estrategia continental.

2. Las tareas nacionales e internacionales se complementan. Es necesario coordinarlas y conectarlas. No deben perjudicarse mutuamente.

3. La represión y la contrarrevolución se continentalizan. La revolución no debe detenerse en las fronteras nacionales.

4. América Latina, por tanto nuestro país, forman parte del sistema imperialista mundial. Su liberación, entonces, depende de la derrota a escala continental del imperialismo.

5. La derrota a escala continental del imperialismo, implica su derrota definitiva.

6. Por eso el imperialismo se presta a librar una guerra a muerte por su supervivencia en nuestro continente.

7. Es por tanto dable esperar una dura y prolongada lucha.

8. Mientras no se modifique esta situación, es imposible pensar en la liberación en términos nacionales independientemente del resto de América Latina.

9. La posibilidad de intervención del imperialismo en cualquier país, directa o indirectamente, es por el momento indiscutible.

10. Obligar al imperialismo a intervenir directamente si bien puede

significar un inconveniente militar transitorio, puede significar un avance político y una ventaja militar a largo plazo.

11. Hay que hundir al imperialismo en una guerra de desgaste en América Latina. Transformar cada palmo en un terreno de lucha, en una zona que les sea hostil, crear varios Vietnam en América.

12. Es correcto orquestar una estrategia continental que racionalice la aplicación de fuerzas y recursos, en donde mejores rendimientos puedan proporcionar.

13. Dicha estrategia no debe ir en desmedro, dentro de lo posible, de las luchas y el trabajo que hay que realizar en cada país.

14. El desarrollo exitoso de la lucha, en cualquier país, ayuda al desarrollo de la lucha en los demás.

15. Suscribimos en todos sus términos el último documento de Guevara.

16. El hecho de contar con dos poderosos vecinos “gorilas”, no imposibilita el desarrollo de la lucha en nuestro país. (Cuba está a 90 millas del imperialismo, Bolivia también limita con la Argentina y Brasil).

17. La mejor forma de anular o disminuir las consecuencias negativas de la intervención imperialista es obligar a las fuerzas intervencionistas a cubrir muchos frentes.

18. Por ser la revolución continental, la estrategia será continental.

19. Estamos dispuestos a hacer los máximos esfuerzos por insertar nuestra estrategia nacional en el marco de una estrategia continental común.

20. La situación interna de los Estados Unidos, su situación económica y financiera, la carga que significa su papel de gendarme mundial, permiten afirmar que no podrá correr en auxilio de los gobiernos cipayos de América con préstamos o ayudas que permitan superar realmente la crisis económica, impulsar el desarrollo u obtener nuevos márgenes para la maniobra. Por lo contrario, todo concurre a demostrar que se apresta a expoliar –aún más– al continente a través de inversiones y préstamos leoninos que, lejos de mejorar la situación de nuestros países, la empeorarán aún más.

21. La actual política de la URSS, de conceder ayuda económica a los gobiernos reaccionarios de América, no solamente es una forma conducente de pretender sustituir la hegemonía económica de los Estados Unidos, sino una manera de apuntalar a regímenes deteriorados por sus respectivas crisis económicas.

22. Transformar a América Latina en un campo de lucha y desgaste, en lugar de una cómoda retaguardia proveedora, contribuirá a agudizar la crisis interna de los Estados Unidos, y posiblemente a precipitar en su frente interno la lucha decisiva.

Puede advertirse que en cuanto se refiere a la continentalidad de la lucha,

el Documento I resume las mejores teorías del siglo XIX y del XX sobre la materia. Las que se corresponden con los ideales de nuestros próceres de América Latina y se rematan con el pensamiento luminoso y vivo del Che Guevara.

Es evidente que Artigas, San Martín, Bolívar, han servido de fuente y numen imperecederos, desde que aquellas revoluciones políticas del siglo XIX todavía permanecen inconclusas.

Las revoluciones sociales en presencia en América Latina y las que ya fulguran, pondrán en práctica, a cabalidad, tan nobles principios.

V. EL ESTILO DE LOS TUPAMAROS

Fueron multifacéticas las enseñanzas políticas y morales que nos ha legado el quehacer del Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros), aunque por razones de espacio, habremos de dejar la mayoría de ellas de lado.

Pero como toda cosa viviente y humana, también la Organización tuvo contradicciones que crecieron y se desarrollaron, sin haber sido superadas. He aquí los aspectos negativos de la cuestión.

Estos –los segundos– tuvieron mayor gravitación que los primeros. De lo contrario, el resultado que conocemos hubiera sido otro. Por eso, procede poner el acento en el análisis de estas contradicciones o sea de las que fueron negativas y trabaron los grandes logros alcanzados.

Sin embargo, antes de comenzar con este análisis crítico, dejaremos constancia de un hecho, que no por conocido, importa valorar.

Se trata del estilo de vida que observaron los fundadores del MLN (T).

Se caracterizaron por la mayor austeridad en sus costumbres. Es que el mismo Sendic introdujo, además de su visión política estratégica temprana para los principios del 60, el hábito de la pobreza, por no decir la miseria desnuda de los rancheríos del Norte del país.

En ellos forjó –entre un mate y otro, junto a los fogones– sus principales meditaciones políticas, con las que, como adelantando, nos deslumbró a todos. Y cuando después de pasar a la clandestinidad –agosto de 1963– o cuando más adelante el MLN (T) ya había crecido y asombrado al mundo con sus acciones armadas, él seguía viviendo con lo más elemental, en los míseros suburbios con el fueguito de siempre debajo de un árbol, el suelo de costumbre como cama, dentro de la “vivienda” que él mismo había construido con unos apresurados martillazos, en esquivos clavos y maderas, en los que colocaba un techo de paja brava o de dolmenit*.

¿Y quién de nosotros no recuerda el famoso ladrillo de Marenales, que en “Marquetalia”* usaba como única almohada, tendido en cualquier parte del piso, donde se dormía de inmediato, entre sus ropas de fajina, a poco que pudiera robarle escasos minutos a sus abrumadoras tareas?

En fin, a qué seguir. Todo el país conoció aquello y su valor moral, en las mismas circunstancias en que se realizaban expropiaciones multimillonarias, para atender las necesidades de la Organización. Entonces, los dirigentes hacían la Revolución con las ideas y las manos.

Transformaban la naturaleza muerta en los talleres, con el genio siempre oportuno de Manera, que tenía soluciones técnicas para todo: para producir las piezas de un arma, para construir una máquina que sirviera de pulmón artificial en ocasión de operaciones quirúrgicas delicadas, a cargo del servicio de sanidad, para reparar motores en general, fabricar máquinas para el plastificado de documentos o inventar los instrumentos que necesitaba Basini para su original laboratorio químico experimental de explosivos.

Desde la metralleta, hasta la artillería liviana T1, T2 y T3, llegó a producirse en los talleres clandestinos del MLN (T). La logística subió a niveles insospechables, a tal punto de que un informe al respecto de las FFAA elogió la calidad de esas armas y concluyó que esa experiencia demostraba que en el país se podían producir sin inconvenientes, con lo que además se podía quebrar la dependencia extranjera y reafirmar la soberanía nacional.

Por último, tampoco fue poca cosa jerarquizar e incorporar la mujer a la acción revolucionaria, cual lo hizo el MLN (T). Pero de esto hay constancia en todo un capítulo de “Actas Tupamaras” y a él nos remitimos.

SEGUNDA PARTE

I. LAS CONTRADICCIONES NO RESUELTAS O ASPECTOS NEGATIVOS DE LA ORGANIZACIÓN

El MLN no es un organismo acabado y estático. Es dinámico, es además una escuela donde nos auto formamos para la lucha y la nueva sociedad. Provenimos de una sociedad determinada y por lo tanto, traemos de ella grandes deformaciones, toda una ideología. Dentro del movimiento debe haber una constante lucha contra esa deformación, tendiente a ir creando el hombre de mañana en cada compañero.

Esa lucha se inicia hoy en las organizaciones revolucionarias para continuarla mañana en la sociedad socialista.

Esa lucha es en pureza de verdad, la forma más alta de la lucha de clases. Todas las ideas, todos los esquemas mentales (que se trasuntan en hechos) que arrastramos de la vieja sociedad, deben ser combatidos y derrotados por cada uno de nosotros en nosotros mismos y en los demás compañeros para que triunfen las ideas socialistas.

Es por ello que la actitud de todos nosotros en la Organización debe ser proclive al cambio.

Debemos estar dispuestos a cambiar y ayudar a cambiar. No debemos escandalizarnos ni desanimarnos cuando presenciamos grandes errores, grandes fallas de los compañeros; ello es propio de quienes quieren ver el movimiento como algo perfecto, acabado y por lo tanto estático.

Eso es idealismo, falta de realidad.

Para desarrollar esta lucha dentro del Movimiento tenemos un mecanismo: la AUTOCRÍTICA. Ella debe ser empleada lealmente, comprendiendo que la lucha no es contra los compañeros, sino contra determinadas ideas, contra las fallas y los errores del trabajo y a la inversa, para destacar los aciertos. (Ver: Documento II del MLN Tupamaros.)

LA CUESTIÓN DE CLASE

La cuestión de clase es compleja. Ha dado lugar a muchas discusiones, dentro y fuera de la organización. Las más de las veces, sin método. Por impulsos subyacentes o derivados de la ansiedad de la derrota. De manera que no es de extrañar que poco se haya avanzado en el asunto, que nos encontremos con conclusiones esquemáticas y ultra izquierdistas, por un lado, o con posiciones que tienden a negar la gravitación de ese fenómeno en la existencia del MLN (T). Este asunto es de primer orden e importa tratar de esclarecerlo, por dos razones:

1. En primer lugar, por la importancia que en un país como el nuestro tienen las capas medias o pequeño burguesas, las que se situaban alrededor del 60% de la población.

Para peor, la clase obrera propiamente dicha es reducida en el Uruguay. Y más aún, la que pertenece a los sectores más dinámicos o a aquellas formas de producción más favorables para el desarrollo y maduración de la conciencia de clase. Por supuesto que el enfoque de esta cuestión debe ser cualitativo y no cuantitativo.

Sin embargo, en este contexto o en una formación social sui géneris, los hechos demuestran que la conciencia de clase de los asalariados del Uruguay –independientemente de que pertenezcan a los obreros propiamente dichos o a los trabajadores de cuello y corbata– cobra un grado de generalidad y de maduración excepcionales en Latinoamérica. Todo el desarrollo del movimiento obrero uruguayo, sus grandes luchas y la culminación en la gloriosa huelga general de junio de 1973 así lo confirman. Lo que quiere decir que estamos ante una particularidad que debemos analizar prolijamente, sin que sea dado explicarla mediante el socorrido recurso de apelar a la teoría general de las clases sociales, únicamente.

La dialéctica de lo particular y lo general deberá, pues, tener una observancia estricta, metodológicamente insoslayable. Y esto, por sí mismo, nos coloca ante la verdadera profundidad del asunto.

Más. Los hechos nos demuestran que extensos sectores intermedios se radicalizaron en el Uruguay de los años 60 y que en la práctica sindical observaron formas de lucha proletarias. Tal es el caso de los bancarios y otros sectores de la propia administración pública.

¿Esto quiere decir que todo el mundo se proletarizó, sin más? No forcemos las cosas, ni abusemos del método analógico, bastante insuficiente, por cierto. Solo demuestra que estamos frente a fenómenos nuevos. Especiales, en el campo de las ciencias sociales, para los que no basta una explicación en tesis general.

Es un hecho, que ante la crisis y los cambios socioeconómicos que ella produjo, se generaron nuevas formas de conciencia social. ¿Pero estos cambios comprenden a la personalidad global de los individuos y a todas sus formas de conducta frente a la vida? Sí y no.

Es probable que en algunas áreas de la personalidad del pequeño burgués uruguayo se hayan producido ciertos cambios y en otras no. En unas con mayor intensidad que en otras, sin excluir las situaciones recurrentes, tal cual se ha visto con lente de aumento en la cárcel o en el funcionamiento de la organización.

En estos últimos años se han venido produciendo muchos cambios en la estructura de clases de Latinoamérica y del Uruguay mismo, por imperio de la concentración de la propiedad de la tierra y de la introducción de tecnologías avanzadas en las explotaciones agropecuarias. De los peones del campo estamos pasando a los obreros rurales, con lo que las perspectivas de desarrollo y conciencia de clase se vuelven más favorables, por lo menos en el mediano y largo plazo. Pues muchas de estas transformaciones vienen siendo introducidas por el capital extranjero en ascenso, en medio de nuestras economías cada vez más dependientes. Y las regalías y otras prácticas que se adoptan por los monopolios, tienden también a neutralizar las posibilidades de organización y lucha.

También se han venido produciendo cambios en la industria uruguaya, que debemos tener en cuenta. Esta área de la producción sí, ya está casi totalmente dominada por los monopolios extranjeros y el instrumento usado para llegar a tal extremo, ha sido el capital financiero, también en manos foráneas.

El otro hecho significativo está dado por la pauperización de la pequeña burguesía nacional. Lo que hace que ya tienda a desaparecer o quedar reducida a su más mínima expresión. Por lo que el Uruguay ya comienza a ser un país de ricos y de pobres, como cualquier otro de los más representativos del conjunto de Latinoamérica.

A propósito de algunos jóvenes militantes, de origen estudiantil, puede señalarse, que rompieron con los valores o la ideología dominante y se lanzaron a la lucha, sin tiempo de rellenar esas categorías con nuevos contenidos, que no pudieron reelaborar en medio de la impetuosidad en que vivían. De ahí que a veces nos hayan desconcertado por ciertas debilidades éticas y posturas esquemáticas, que vulneran principios. Lo que no impide que siempre estemos obligados a dialogar con ellos, con la mayor comprensión.

En esta subcategoría de la pequeña burguesía o expresión de otra forma más diferenciada de conciencia social en una gran esfera dada, suele

advertirse una predisposición marcada a ubicarse en cargos o responsabilidades. Y cierto apego a los mismos, que parece provenir de las prácticas de los centros estudiantiles y que no siempre consultan los antecedentes y la práctica social de cada uno de los miembros de una célula, en la organización revolucionaria.

Sin duda, que todos debemos estar contentos respecto de la combatividad estudiantil, de su fecundo radicalismo militante. Su cuota de sangre ha sido significativa en todas las jornadas de lucha política de ayer y de hoy. Está destinada a ser relevo de los que hoy tienen la carga de asumir las mayores responsabilidades de conducción. Pero esta situación potencial es propia de toda la juventud, y más aún, de la que pertenece a la clase obrera.

Más por la insuficiencia de la práctica social que por su juventud, el militante de origen estudiantil carece de la maduración política que se requiere para vanguardizar o conducir el proceso revolucionario. Lo que no quiere decir que este sector esté inhabilitado para participar en ese proceso. Significa —entiéndase bien— que no puede conducirlo sin más, ni aspirar a ello como categoría social determinada. O que su integración a todos los niveles organizativos, debe estar proporcionada con el conjunto de las demás categorías sociales y clases, sin excluirse la caracterización estricta de cada militante, según su práctica y los criterios que se hayan adoptado para el reclutamiento, el encuadre, la promoción.

La dialéctica del militante estudiantil suele rebozar de idealismo generoso y también de esquematismo, que a veces lo conducen naturalmente a sectarismos extremos, a la afirmación de un subjetivismo (este sí, perteneciente a las formas del idealismo filosófico burgués), que traduce un individualismo exagerado y que en sus formas extremas, crea grandes dificultades de comunicación. Sobre todo, de diálogo y razonamiento entre revolucionarios. Claro, que esto último solo es posible si los miembros de esta categoría social toman la “manija”, se corporizan con una disciplina férrea en una fracción o integran preponderantemente una organización determinada. En este último caso, la experiencia abundante en el Río de la Plata indica que generalmente concluyen transformándose en una secta, para desaparecer luego, por falta de oxígeno político o por inanición. En la Argentina, por ejemplo, grupos con estas características llegaron a iniciar una guerrilla, pero como no podía ser de otro modo, fracasaron y se desintegraron.

Por otra parte, Lenin, al hablar de la conciencia de clase, ha distinguido entre las condiciones más favorables que se dan para su formación en la gran empresa industrial capitalista, en la mediana y en la pequeña industria o en la actividad artesanal.

Es que las diferentes condiciones materiales de la producción y de exis-

tencia, generan mayores posibilidades o no para la lucha de clases y, por ende, para la formación y maduración de la conciencia de clase.

Esto que nadie discute acerca del proletariado, como la clase más consecuentemente revolucionaria, parecería tener cierta vigencia relativa, más por lo que toca a las formas que a la esencia, a propósito de una categoría social como la pequeña burguesía, en un país como el nuestro. Porque es evidente que la práctica o lucha social de esa pequeña burguesía tan extendida fue también desigual. Y el problema está en saber si ello se debió exclusivamente a las diferentes condiciones materiales de existencia o si en algunos casos fue más determinante lo subjetivo, el papel activo de la conciencia. Esto es, cierta conducción sindical avanzada, la que en su propio mérito o por imperio de la influencia recibida por el desarrollo general y maduración de la lucha de clases en el país, hizo posible que su gremio diera saltos cualitativos y se colocara a nivel de los sindicatos, como un todo. En otros términos: si existieron cuadros que empujaron el proceso y contribuyeron –dentro de ciertos límites– a determinar el grado de organicidad y de lucha de un gremio dado.

Si esto fuera así, habría que distinguir entre la potencialidad de lucha o la capacidad de hacer la revolución, que resultan del hecho de pertenecer o haber pertenecido a uno u otro gremio de trabajadores de cuello y corbata.

Pero dentro de un mismo gremio, sea éste avanzado o atrasado, existen siempre los más o menos avanzados, los que tienen mayor o menor potencialidad resultante de su práctica y conciencia de clase. Unos impulsan la lucha y otros la retardan. Ambos no son iguales. Importa, pues, diferenciar los distintos niveles de conciencia de clase. Y toda diferenciación constituye, dialécticamente, un progreso en el desarrollo de nuestro conocimiento, lo profundiza.

Y, decíamos dialécticamente, porque según Hegel, toda diferencia es igual a contradicción, esta conclusión, tan combatida por otro filósofo idealista (Benedetto Croce), se da en los hechos; siempre que se analice en un proceso o que la abstracción no pierda de vista el sistema con el que interacciona y del que forma parte.

Descubrir la diferencia en los hechos, es no solo dar un paso hacia el conocimiento, sino encontrar la raíz de todo movimiento, de la vida, de la lucha, de la conexión, de la transición, del eslabón intermedio, de la mediación, de la transformación, del desarrollo; en suma: de la dialéctica de la cosa.

Otra diferencia importante de la que debemos dejar constancia es que, cuando hablamos de la pequeña burguesía en el Uruguay y su influencia en

el MLN (T), debemos referirnos a una categoría social dinámica, generalmente organizada en gremios de lucha, hecho este que no se daba cuando los clásicos del marxismo-leninismo caracterizaron a la pequeña burguesía y pusieron de manifiesto sus rasgos esenciales.

Por supuesto que tampoco es lo mismo el estado de ánimo, la conducta social y política del pequeño burgués, cuando asistimos a un auge de la lucha de clases, que cuando estamos en pleno reflujo. Y mucho más todavía, cuando sufrimos los efectos más inmediatos de una derrota, como la que afectó al MLN (T) y a toda la izquierda del país.

Ahí sí, que todo lo que cada uno tenemos dentro de negativo aflora en todos sus términos y sin mecanismos de autodefensa, que impidan poner al desnudo y tal cual es la personalidad del individuo.

Con la introducción al tema que venimos de exponer, apenas hemos señalado las formas más específicas o diferenciadas de la conciencia social, que pueden registrarse en el ámbito de la pequeña burguesía, cualitativamente posibles; aunque todo ello es muy dinámico y a cuyo respecto siempre habrá que atenerse a los resultados del análisis concreto de la situación concreta. Más todavía en la pequeña burguesía, en relación con la cual hay que esperar menos regularidades que en el comportamiento de la clase obrera.

Con el propósito de profundizar en el análisis, hemos preferido hablar de formas de conciencia social, no de la conciencia social como un todo. En este caso, de las que se manifiestan en nuestro país, en un período dado. Pero es sabido que el todo no es igual a las partes, ni a la suma de estas, según la lógica dialéctica. Marx dejó sentado: “No es la conciencia de los hombres la que determina su ser; por el contrario, su ser social es lo que determina su conciencia”.²

La conciencia social, a su vez, se interrelaciona e influye en la conciencia individual del militante, del que aspira a serlo o del que se está procesando en la práctica de la organización revolucionaria. Tenemos, entonces, que la conciencia social (o más específicamente cualquiera de sus formas) constituye el gran eslabón intermedio entre el ser social (o estructura económica de la sociedad) y la conciencia individual. En esta trilogía –ser social, conciencia social, conciencia individual– hay que agregar la base material interna, o sea, el cerebro, como la forma más altamente desarrollada de la materia. Por lo que la psicología, tal cual se viene entendiendo hasta nuestros días, no parece tener un ámbito propio de validez y por sus fundamentos se transforma en biopsicología social.

Más aún. Para que seamos más precisos, lo social debería ser incluido no solo después, sino también antes de biopsicología. Pero esto, que ya planteaba inicialmente Engel en *El papel del trabajo en la transformación*

del mono en hombre, nos llevaría muy lejos en su tratamiento.

Lo que sí importa es que todo ello no lo interpretemos de modo estrecho, dogmático o mecanicista. La infraestructura económica o base material de la sociedad determina, en última instancia, la superestructura, como lo puntualizó el propio Marx.

Más bien debemos comprender que estamos en presencia de unidades dialécticas (contradicciones) que se configuran entre el ser social y la conciencia social. Entre esta y la conciencia individual, la que asimismo forma otra gran unidad dialéctica con su base material interna o estructura neurofisiológica del propio individuo. Son, pues, dos unidades dialécticamente fundamentales, con cuatro categorías y al mismo tiempo aspectos o lados de la contradicción.

Cuál de esos aspectos es principal o más influyente habrá que determinarlo en cada momento. Eso sí, deviene como ley el hecho de que la conciencia individual como tal jamás podrá determinar la conciencia social.

Esta, en determinadas condiciones –las revolucionarias– puede transformar la base material externa al individuo o ser social; aunque sin aquellas condiciones, generalmente la infraestructura económica de la sociedad es el aspecto principal de la contradicción, frente al otro aspecto: la superestructura política, jurídica, religiosa (ideológica, etc.) como formas de conciencia social.

Por otra parte, la base interna de la conciencia individual: el cerebro, es el aspecto principal de esta última relación dialéctica. La conciencia individual es el aspecto secundario; porque cuando el cerebro deja de funcionar no hay conciencia individual posible.

Lo que debe llamar la atención de los filósofos es que las dos unidades dialécticas a que hemos hecho referencia parecen formar un todo por su estructura o tratarse de una unidad dialéctica con cuatro aspectos.

Sea como fuere, apenas llegamos en este esbozo a trazar los fundamentos en que debemos considerar las potencialidades de cada aspirante a integrar la organización, de cada militante, de cada cuadro, sea este intermedio o de conducción, de primero, segundo, tercero o cuarto nivel organizativo.

Como lo que antecede no es más que el contexto o marco referencial, réstanos nada menos que considerar al aspirante, al militante, al cuadro de carne y hueso, que puede ser típico o atípico, corresponderse o no, en cada caso, con los productos de las formas de conciencia social de donde procede o con las que está familiarizado.

De pronto, la constelación familiar o problemas mal resueltos en su infancia o adolescencia, lo han marcado o condicionado excesivamente, a pesar del carácter tan lábil de la personalidad y de los efectos transformadores de la

práctica social. Por lo que en este caso, es en la órbita de la psicología o formas de conducta, donde se sustancia el aspecto principal de la contradicción.

El propio Lenin planteó la necesidad de estudiar “el desarrollo mental del niño, la historia de las distintas ciencias, la del lenguaje, la de la psicología, la fisiología del sistema nervioso superior”, como “los campos del conocimiento con los cuales debe continuar la teoría del conocimiento y la dialéctica”.^{3 y 4}

Vemos, pues, cuán complejo es el asunto que nos ocupa. No faltan los que a río revuelto... o aprovechando tal complejidad, relativizan todo este asunto y alegan: ¿de qué origen social o a qué clase han pertenecido Artigas, San Martín, Bolívar, Marx, Engels, Lenin, Fidel Castro o el Che Guevara? Olvidan, nada menos, que se trata de casos excepcionales. Que en cada siglo sobran los dedos de una mano, para contar, en un continente, los hombres de semejante estatura política, intelectual, científica o revolucionaria. No podemos ser ilusos, ni soñar despiertos. Tenemos que ser objetivos y no practicar el idealismo filosófico subjetivo.

Por lo demás, en cada concepto como reflejo del movimiento de los hechos o de las cosas, en cada interpretación que hagamos de un fenómeno cualquiera, aparece, implícito o explícito, el sello de clase de nuestras ideas. Asoma una ideología que se corresponde con la filosofía materialista-dialéctica revolucionaria o con la ideología idealista-burguesa. Sea por la opción metodológica que hemos adoptado para interpretar la realidad, o por la actitud, origen de clase y formación, que nos conduce a determinadas posturas frente a la vida económica, política y social.

2. Pero el tratamiento más pormenorizado de la pequeña burguesía no solo se impone por lo que decíamos más arriba. Esto es, por la importancia que esta categoría social tiene en el Uruguay, al punto que la Revolución no es posible sin su participación, sin la alianza de la clase obrera con aquella. Se justifica, también, por la gravitación que la pequeña burguesía tuvo en el MLN (T). En un doble sentido.

a) Por la composición o el origen social de los miembros de la organización. Lo que adquirió un peso muy grande, con el desmedido crecimiento. Es decir, desde el año 1968 y se agravó desde 1970 en adelante. En los niveles intermedios y hasta en la dirección –después que cae la dirección histórica– los universitarios, intelectuales y estudiantes cobran un poder de decisión absoluto. Lo mismo ocurre con el 26 de Marzo. Y no porque no hubiera obreros en la organización y en el 26*. Simplemente, porque no se les promovía conforme a sus potencialidades o porque se les alienaba en

los servicios, donde no tenían una práctica política y formativa adecuada. O lo que es peor: a menudo se les sacaba de la producción y de la lucha de masas para ponerlos al servicio del aparato, en sus variadas formas.

En la práctica, la cuestión de clase no es solo de concepción o ideológica, como suele decirse. No basta con asumir la ideología del proletariado. Es necesario que los mismos obreros tengan una participación creciente en el proceso revolucionario y que, conforme a su práctica y a sus históricas potencialidades, sean promovidos a los distintos niveles de dirección, dentro del esquema organizativo. Atendiendo a la maduración de su conciencia, a su formación práctica y teórica y siempre que garanticen las tareas que se les asigne. Si no se les otorgan responsabilidades, yendo de lo más simple a lo más complejo, desde los niveles inferiores o de las propias células de base a las intermedias, y de estas a las de conducción, jamás harán la práctica política que los habilite para su desempeño a todos los niveles organizativos.

Todo ello no quiere decir que los obreros sean los únicos que puedan gravitar y conducir en una organización revolucionaria.

En este sentido no podemos caer en esquematismos o unilateralidades, pasándonos al otro extremo. Pues no deja de ser un mérito descubrir aptitudes reales y potencialidades en militantes que no proceden de la clase obrera, y que en el ejercicio de la práctica demuestren capacidad y desgarramiento de clase, es decir, proceso de proletarianización.

b) Por añadidura, tampoco en el MLN (T) hubo un enfoque de clase en el reclutamiento, en la línea de masas, en la logística, en la formación, en la estrategia político-militar, etc.

Hasta mediados de 1967 la organización fue pequeña. No alcanzaba a cien militantes, incluyendo su periferia. Entonces, comienzan a madurar los efectos políticos provocados por su aparición pública y los reveses* del 22 de diciembre de 1966. Las condiciones ya son propicias para que tenga lugar un reclutamiento sostenido. Quizás por la necesidad natural de salir de la pequeñez (los militantes propiamente dichos no llegaban a cincuenta), pero también porque no se tenía un enfoque de clase ni una política selectiva en la materia, se metió mucha gente en la organización. En su casi totalidad de origen universitario, con marcada presencia de estudiantes. Solo bastaba que se llenaran cuatro requisitos:

1. Que no hubiera problemas de seguridad.
2. Que el compromiso con la lucha fuera firme. (Por lo menos en apariencia o en los entusiasmos iniciales).
3. Que el militante fuera honesto.
4. Que fuera discreto; no autosuficiente.

En el curso de su desarrollo y en la práctica, estos fueron los criterios básicos con que se manejó la organización.

Al no tener un enfoque de clase o más selectivo en el reclutamiento, tampoco lo hubo en la promoción para los cargos o responsabilidades de los distintos niveles que resultaban del esquema organizativo.

Como asimismo se careció de una política formativa fundada, no se vio a cada militante como un proceso en formación y las bases no tuvieron una participación real y activa en la conformación de aquellos responsables o cuadros potenciales. Tampoco ejercieron el contralor necesario sobre los mismos. Hasta el responsable de la célula de base era designado por la dirección (Artículo 8 del Reglamento), que condujo a un exceso de centralismo.

En general, todo ello derivó en el amiguismo o espíritu de camarilla, tal cual puede esperarse en una organización joven, no madura.

Si esto constituía una contradicción seria en los dominios de la dirección histórica y desde los inicios, ¿qué no decir cuando se da el gran salto del crecimiento continuado, o sea desde mediados de 1969? No hay duda de que estas cosas se agravaron por imperio de la necesaria descentralización, a través de las columnas*. Lo que hace que gente con menos experiencia y capacidad tenga a su cargo decidir, a la luz de los criterios insuficientes a que hemos hecho referencia.

Por supuesto, que la descentralización era necesaria, vital. En una organización revolucionaria clandestina, el principio rector es: CENTRALIZACIÓN CON DESCENTRALIZACIÓN. Y esta relación, como todas las que existen, es muy dialéctica. Experimenta los grados e intensidad con que se manifiesta en uno u otro extremo; según lo determine el momento, la situación concreta.

La descentralización debe ser táctica, operativa, administrativa y no política, tal cual lo ha señalado el Documento II.

En la práctica, no puede haber autonomía, porque ello podría conducir a la existencia no de una sino de más de una estrategia, que equivaldría a que existiera más de una organización bajo el mismo lema y dentro de los mismos principios.

Esto es, todas las bases tienen que participar en su elaboración. Pero una vez establecida mayoritariamente y transformada en línea de la Organización mediante sus órganos competentes (Congreso, Comité Central, Comisión Política, etc.) pasa a ser la única política que disciplinadamente debe aplicarse en todos los ámbitos organizativos del Partido, del Ejército y demás frentes de lucha. La política, pues, una vez que se resuelve responde a un mando central único, en cuanto a impulsar su ejecución. Está centralizada y se aplica creativamente en las regiones, en las zonas y en los diferentes frentes de lucha, en combinación con las políticas especiales que se hayan

establecido en cada caso o para cada situación particular.

En el Simposio de septiembre de 1968 se resolvió la descentralización en columnas, de la Organización. Allí se discutió ampliamente este asunto. Se puso de manifiesto que la centralización era muy grande y que ello entrañaba el riesgo de recibir golpes vitales a cargo de la represión, si no se operaba la descentralización. El Comité Ejecutivo o dirección tenía, entonces, todo en sus manos o en torno a él giraban todos los recursos de que se disponía. Especialmente en logística, o sea en servicios, armas, etc. Cada columna –se sostuvo– tiene la finalidad de reproducir la Organización en todos sus términos: en lo militar, en servicios, en política. De tal manera que si era golpeada una columna, las otras seguían funcionando y aseguraban la continuación del funcionamiento del MLN (T) en todos sus órdenes.

Las previsiones del Simposio de septiembre de 1968 se cumplieron cuando la descentralización estaba en sus comienzos o comenzaba su ejecución. Es así, que la propia represión viene a acelerarla y a darle una urgencia dramática, a raíz de la caída de “Marquetalia” y del “10 de Pando”, los dos grandes cantones en los que se concentraban, en tales circunstancias, los mayores recursos con que contaba el MLN (T). En el primero de los locales o refugios caídos estaba más de la mitad de las armas de que se disponía, además de talleres y laboratorios.

El lugar estratégico en que estaba ubicado el cantón*, permitió observar señales que advertían de su inminente asalto por las fuerzas represivas, y el cerco pudo romperse. Incluso salvarse las armas y las cosas más valiosas que allí había.

No ocurrió lo mismo en el cantón 10 de Pando, donde cayeron un hospital de campaña completo, muchas armas y todos los miembros de la Organización que radicaban en él.

Las columnas, al fin, se crearon con la ayuda del enemigo y cumplieron su función descentralizadora. No sin contradicciones, desde que ya se estaba en pleno crecimiento y como veremos después la formación del militante no estuvo en relación con las necesidades crecientes.

Ni siquiera se logró configurar un equipo de trabajo en la dirección de cada columna o comando, que se integraba con tres miembros, más uno de la dirección central o Comité Ejecutivo. Afloró lo que en jerga de la Organización se llamaron los feudos.

En otras palabras: el responsable de lo militar hacía y deshacía por su cuenta y sin mayor contralor de los otros tres miembros restantes. Lo mismo ocurría con el que tenía la responsabilidad del montaje y funcionamiento de los servicios. Otro tanto acontecía en el área política, en la que su responsable reclutaba, encuadraba y promovía sin más, aplicaba criterios políticos sin

mayor contralor de sus pares o de las mismas bases.

Esto es, no regía el principio de la dirección colectiva y no se aprovechaban las ventajas del trabajo en equipo, sin perjuicio de la especialización o responsabilidad individual de cada uno dentro de la división correspondiente del trabajo. De ahí aquello de los feudos, de los que tanto se habló, o del responsable todopoderoso, que funcionaba sin sujeción a las bases, por un lado, y al margen de la dirección colectiva o de la célula que integraba, por otro.

Después de agosto de 1970 –caída de Almería– esto se vuelve crítico. Culmina en las desviaciones que se ponen de manifiesto en el Simposio de marzo de 1972. Pero este mismo Simposio demuestra que hubo una reacción saludable en el seno de la Organización, pues se adoptaron importantes rectificaciones, en virtud de las cuales se rompe el espíritu de camarilla y triunfa la democracia interna. Es así que Eleuterio Fernández Huidobro y Candán Grajales acceden a la dirección. Y que Amodio Pérez y Alicia Rey son sancionados. (Posteriormente ambos caerían en manos de la represión y se transformarían en traidores.)

Los vicios organizativos que nos ocupan estaban muy extendidos en las columnas y a nivel intermedio y no eran fáciles de erradicar. Lo que se comprobaría después, cuando se produce la ofensiva contrarrevolucionaria de las FFAA y a pesar de que a esa altura también Raúl Sendic se había incorporado a la dirección, a raíz de la caída de Eleuterio Fernández Huidobro, el 14 de abril de 1972.

c) No hubo una correcta línea de masas en el MLN (T). Así lo prueba el Documento III de la Organización, de factura netamente foquista* y de suyo unilateral. Y ojo, que sobre el foquismo en Latinoamérica no se ha dicho aún la última palabra. Ese es un fenómeno del que mucho se ha hablado, pero del que no existe un estudio serio, ponderado y en especial sobre las teorías del Che Guevara, las cuales no han sido prolijamente examinadas, en lo que atañe a los países de población preponderantemente campesina y en los que se impone la guerrilla rural.

El Documento III no resiste el menor análisis. Desconoce las complejidades del movimiento obrero, al compararlas y confundirlas con las características propias de los cañeros organizados en UTAA. De carácter zafral, en su casi totalidad, que se alistaban en las marchas hacia Montevideo, y se radicalizaban al influjo de conducciones avanzadas, que no siempre representaban la conciencia posible de esas masas rurales. Esto es, que estaban muy por delante de ellas en sus planteamientos, aunque no así en sus modos más radicales de acción contra la represión. Es que estos modos tenían por fun-

damento las condiciones socioeconómicas de las que procedían los cañeros y expresaban su natural agresividad militante.

Ciertamente, que el trabajo político-sindical fue intenso en los marcos de UTAA, y hubo compañeros como Colacho Esteves y Rodríguez Beletti, entre otros, que lo llevaron adelante con tesón y sacrificio.

Las propias asambleas fueron ejemplo de combatividad. Pero más por el carisma y la capacidad de agitación de quienes las conducían, que por el estado y maduración de la conciencia de clase en general.

Sin embargo, llegó a sostenerse que aquellos trabajadores sufridos de Artigas conformaban el sector más dinámico y combativo de la clase obrera. Lo que era más aparente que real, a pesar de lo cual se puso el mayor esfuerzo y recursos en su organización.

A menudo se indicaba al gremio de los cañeros como ejemplo, sin establecer, en los hechos, estas diferencias y sin jerarquizar, como corresponde, a los obreros de las grandes industrias, por lo que tiene que ver con sus potencialidades reales y perspectivas de desarrollo consecuente de la conciencia revolucionaria.

Esta puntualización, de carácter estratégico, no disminuye el gran mérito a que nos referimos antes en cuanto sacó a ese gremio (UTAA) de la postración y lo organizó pujantemente. Por tanto, mucho idealismo y poca objetividad tenemos en el Documento III.

En cuanto al trabajo político de masas y la naturaleza del 26 de Marzo, es poco lo que pudo avanzarse, ya que todo giró en torno a la desviación militarista, de la que hablaremos más adelante.

En realidad, la cuestión de los sindicatos en general se dejó, en los hechos, a cargo del Partido Comunista.

El problema de las masas, como condición necesaria para que la revolución fuera posible, no entró debidamente en la conciencia de las conducciones y menos de los miembros del MLN (T) que estaban fascinados por el aparato armado y su “indestructibilidad”.

No obstante, en el Documento IV se dice: “[...] El MLN hoy, ya con lo que tiene, con lo ganado, debe jugar la carta de las masas. Apostar a las masas antes de que nos hagan polvo lo que tenemos, lo que hemos ganado”.

Obsérvese que las masas aquí tienen una significación más táctica que estratégica. Si se lee lo que dice antes el Documento, o se concuerda su interpretación con la totalidad de los mismos y las declaraciones del MLN (T), se comprobará que había que recurrir a las masas como una exigencia del aparato, para que el mismo no fuera destruido o atenuar los embates de que venía siendo objeto, por parte de la represión.

En ese contexto, las masas eran la tabla de salvación, pero no la cues-

ción estratégica fundamental, que quedaba librada a la lucha armada por sí misma, al consiguiente aparato armado que conduciría a la Revolución, en su confrontación con el aparato represivo.

En suma: la cuestión era de un aparato contra otro aparato. Este fue, sin duda, uno de los errores estratégicos más importantes del MLN (T). No se consideraba que en las masas había que hacer un trabajo político estratégico, planificado, y a largo plazo. Paciente. Ni se advertía, que es imposible llegar a las masas y ganarlas espontáneamente, con métodos cortoplacistas o sin un gran empeño organizativo, el que sí puede acelerarse por el estímulo de la lucha armada, aunque esta no puede sustituirlo. Es a esto a lo que la conducción del MLN (T) no le dio la debida importancia.

Sin duda, que las cosas pueden realizarse de otro modo en los países latinoamericanos de gran densidad de población, ubicados preponderantemente en las áreas rurales. Por sus mismas condiciones socioeconómicas, allí el grado de *espontaneísmo* puede ser mayor.

Decimos grado de espontaneísmo porque lo espontáneo no puede nunca considerarse excluyente en relación a lo organizativo, ni viceversa. Si no somos esquemáticos, tenemos que ver estos términos (lo espontáneo y lo organizativo) como una unidad dialéctica. Habrá momentos en que se precisará un grado mayor de organización de la clase para poder actuar. También momentos en que el estado de ánimo de las masas puede ser óptimo y con un grado menor de organización ser posible realizar grandes acciones armadas y poner en jaque al enemigo. Incluso desembocar en una situación insurreccional, que conlleve la toma del poder. Todo dependerá del análisis concreto de la situación concreta.

Más quien tenga experiencia en lucha de masas, ha podido ver como una minoría de activistas sindicales, en medio de condiciones favorables, es capaz de arrastrar a todo un gremio a la lucha y radicalizar en un proceso a los sectores de trabajadores con conciencia dormida o atrasada. Semejante es lo que ocurre en situaciones revolucionarias, cuando las masas están aptas para la toma del poder. Si los cuadros existen para valorar adecuadamente ese momento y lanzan las consignas oportunas, que llamen a ese quehacer revolucionario fundamental, el poder político será conquistado.

d) El aparato terminó por estrangular la Organización. Ya dijimos a este respecto que no se pueden violar las leyes de juego. Que el terreno, donde la guerrilla urbana tiene que convivir con el enemigo, o está expuesto a su acción, no se puede saturar por los clandestinos, sus refugios y los medios necesarios para que estos actúen.

Hay un umbral que debe respetarse. De lo contrario, todo lo que existe

organizado se pone en peligro. Porque al facilitarse la represión y darse una caída, suelen producirse otras, o el enemigo obtiene datos que con posterioridad van a determinar nuevas caídas de locales, con personas, armas, talleres, etc. A veces las caídas tienen lugar en cadena, aunque el enemigo en principio haya podido tomar una punta de la misma y mediante el procesamiento de datos o inteligencia –más la violencia y el terrorismo de Estado– haya logrado lo demás. Por eso, cuando estamos frente a una caída, es imperioso que rápidamente destruyamos el eslabón con que ella está unida al resto de la Organización, que esto sea previsto en el esquema organizativo, antes que las caídas se produzcan. Por supuesto que en esto tenía experiencia el MLN (T).

El Documento IV, de enero de 1969, ya plantea el asunto. Dice: “[...] a.2- Descuido de las medidas de seguridad y/o menosprecio del enemigo. Este factor o causa ha actuado intensamente en todo este proceso. En la mayoría de los casos se nota. Al punto que consideramos que la mayoría de los golpes han sido fruto más de nuestros propios errores que de la labor represiva. Ya sea porque el enemigo trabajó mal delatándose, no respetamos la alarma que lo anunciaba”.

No obstante, el aparato aumentó de modo monstruoso y sin límites, a consecuencia del crecimiento desmesurado de la Organización. Esto fue más grave en el MLN (T) por dos razones:

Una, porque en su concepción toda su existencia organizativa y movimiento descansó en su propia infraestructura, en la que se iban creando, mediante renovados artificios, locales con “berretines” cada vez más perfeccionados, formas de entrar y salir de los mismos para no ser vistos por los vecinos, etc.

Dos, porque la falta de un enfoque de clase no permitió que la infraestructura necesaria se situara más en las masas que en el aparato. Más en el militante legal, vinculado a la producción, que en el clandestino. Se invirtieron los criterios adecuados y por eso mismo, no se sacaron clandestinos para el exterior cuando su número era excesivo y creciente y obligaba a multiplicar el aparato o sus locales-refugios, poniéndolo todo en riesgo.

Por aquella razón inherente al enfoque, es que no hubo un trabajo político consecuente en las masas para que fueran estas las que dieran cobertura a los clandestinos, que imprescindiblemente debían estar en el escenario de la lucha; o para que en su mismo seno, estuvieran los guerrilleros que trabajaran de día y combatieran de noche, y en tanto que gente legal, pudieran moverse con mayor comodidad en el terreno dominado por el enemigo.

Hoy pensamos que las dimensiones del aparato y el aspecto cuantitativo de la clandestinidad, no es una cosa inseparable de las masas. Debe estar en

relación con el trabajo político que se ha hecho en su seno. El nivel mismo que tenga la lucha armada en su momento dado, no puede desconocer esta regla, ni el grado de la lucha de clases en el país.

La experiencia guerrillera en la Argentina es rica en cuanto a la aplicación de una línea de masas, a propósito de la logística. Allí pudo verse cómo una organización revolucionaria logró desmontar sus talleres clandestinos o reducirlos al mínimo. Es que las piezas de las armas que en ellos se fabricaban se dieron a militantes para que las hicieran de a ratos en sus propios lugares de trabajo. Igualmente importantes fueron las formas organizativas a que dio lugar el asunto, en lo que colaboró mucha gente, sea dando cobertura o haciendo vigilancia mientras el tornero fabricaba la pieza o sacando del establecimiento el material terminado.

e) La carencia de este enfoque de clase condujo a la desviación nacionalista burguesa, que se expresa en el Documento V y que en la práctica se profundiza durante fines de 1971 y 1972, para culminar en un sector que traiciona los principios del MLN (T) adoptando la ideología del tradicionalismo burgués, blanco o colorado.

Lo expuesto no significa que seamos contrarios al nacionalismo revolucionario. Ni que nuestra posición en materia de política de alianzas sea tan estrecha que no conciba alianzas tácticas y circunstanciales con algún sector de los partidos burgueses, en el marco de la resistencia general contra el régimen fascista uruguayo.

Eso sí, somos contrarios al nacionalismo a secas o burgués. Cuando éste no responde a un enfoque de clase o cuando tal enfoque toma distancia frente al marxismo-leninismo, es porque ya no se trata del nacionalismo auténtico, revolucionario. No importa que se hable de socialismo y nacionalismo y se afirme que ambos términos están ligados, como sostiene el Documento V. Es que hay muchas clases de socialismo y hasta la socialdemocracia europea usa ese término de modo ambiguo y cargado de contenido burgués.

El socialismo y también el nacionalismo deben pasar por el tamiz del marxismo-leninismo, para que sean revolucionarios y genuinos.

Debe puntualizarse igualmente que el socialismo se torna abstracto y es inconcebible sin el nacionalismo o cuestión nacional. A su vez, el nacionalismo sin socialismo marxista-leninista deviene en una simple ideología burguesa, que pone la nación, transformada en un ente metafísico, por encima de las clases y tiende a desconocer el hecho mismo de la existencia de la lucha de clases en la sociedad. Naturalmente, que también niega el papel de esa lucha de clases como fuerza motriz de la historia.

De la línea de pensamiento burguesa que establece el Documento V

sobre el nacionalismo, es que se desprenden todas las interpretaciones erróneas sobre las perspectivas políticas de ciertos países latinoamericanos y sobre el “peruanismo” de las FFAA. No es raro que por imperio de esa misma concepción y no del movimiento real de los hechos, se establezca erróneamente que la contradicción principal está dada por los [términos] opuestos imperialismo-nación.

En fin, otras posiciones político-estratégicas fueron erróneas en el MLN (T) como resulta de todo lo ya expuesto y de lo que se expondrá más adelante.

Entre ellos y a modo de ejemplo, cabe que concluyamos dejando constancia de un hecho que no puede repetirse más. Se trata de cómo se usó y abusó de los colaboradores. Con una deshumanización o desprecio de la persona que solo la inmadurez política y el predominio de un sector determinado de la pequeña burguesía puede explicarlo.

A menudo se usaba la casa o el coche de un simpatizante o periférico, de modo irresponsable. Sin explicar debidamente los riesgos que ello entrañaba y sin consultar el grado de conciencia posible del que prestaba esa colaboración. Es decir, sin tener en cuenta su desarrollo político y la observancia de reglas mínimas de seguridad. Y lo que es peor: sin darle la debida atención y formación política y técnica, ni graduar el tipo de tareas que se podía esperar de cada uno, de acuerdo con su conciencia y su maduración política.

Es así que cayeron muchos colaboradores que no estaban preparados para enfrentar la salvaje represión y que, naturalmente, desorganizaron su conducta hundiéndose en un abismo psicológico, de no fácil salida.

Por tanto, habrá de tomarse nota de esta mala experiencia, que no solo rigió en el Uruguay, sino también en el exterior y especialmente en Chile. Y no usar sin más a los colaboradores. Sin darles el grado de participación y organicidad, que corresponda al grado y evolución de su conciencia política, sin que se les proporcione la información política que corresponda a su nivel y sin habilitarlos para enfrentar con dignidad los infortunios resultantes de la acción revolucionaria, sea de la naturaleza que fuere.

II. EL PROBLEMA DE LA TEORÍA MARXISTA-LENINISTA

La historia del siglo XX enseña que no son posibles las revoluciones sociales sin marxismo-leninismo. O lo que es lo mismo: que hasta ahora no se ha producido ninguna revolución social, sin tal ingrediente.

Esto no quiere decir que las masas o el pueblo deban estar familiarizados con la teoría o que para ser un revolucionario se requiera ser un teórico. No. Se trata, simplemente, de que los cuadros que conduzcan o posibiliten que las masas hagan la Revolución estén formados en la teoría marxista-leninista.

A veces, pocos de los cuadros o miembros de la conducción han tenido el dominio de la teoría. Pero han sobrevivido a los azares de la guerra revolucionaria, garantizando la corrección general del proceso. Tal el caso de la Revolución Cubana, tan señera, por más de un concepto. O de la nicaragüense, en la que la mayoría de sus comandantes manejaban con solvencia la teoría marxista-leninista, antes de desatarse las acciones militares e instaurarse triunfalmente el poder revolucionario popular. Todas las conducciones que ahora vanguardizan los procesos en auge en El Salvador y Guatemala cuentan con miembros seriamente formados en la teoría marxista-leninista.

Véase que decimos seriamente. Y esto es muy importante, porque a menudo nos encontramos con organizaciones y militantes revolucionarios que han simplificado la teoría o tienen una visión superficial de ella. La que suele encontrarse en los manuales o divulgadores de toda laya.

Incluso la mayoría de los académicos soviéticos no son recomendables a los efectos de la formación teórica que necesitamos. Y algunos de esos expositores del marxismo leninismo contribuyen más a deformar que a formar. El propio Yuri Andropov ha tenido el acierto de formular una aguda crítica al respecto. Dijo: “El perfeccionamiento de nuestra democracia pasa

por eliminar la excesiva 'organización' burocrática y el formalismo, todo cuanto entorpece la iniciativa y encorseta el pensamiento creador y la obra de las masas. Contra tales fenómenos hemos luchado y lucharemos con mayor energía y tesón".

En el mismo discurso añade el dirigente máximo soviético: "Toda subestimación del papel de la ciencia marxista-leninista y de su desarrollo creador, la estrecha interpretación programática de sus tareas, el menosprecio de los problemas fundamentales de la teoría, el predominio de un enfoque coyuntural o la *teorización escolástica* [el subrayado es nuestro] están preñados de graves consecuencias políticas e ideológicas. La experiencia y la práctica han confirmado reiteradamente la justedad de la tesis leniniana de que 'quien se dedique a los problemas particulares sin antes resolver los generales, fatalmente *tropezará* a cada paso con estos problemas sin tener conciencia de ello. Y tropezar ciegamente con ellos en cada caso particular equivale a condenar la propia política a las peores vacilaciones y falta de principios'" (V. I. Lenin, *Obras completas*, tomo V, pág. 368).⁵

También nos hemos topado con los que se ufanan por haber participado en los cursos de filosofía marxista-leninista, que se dan en Moscú para latinoamericanos. Y la verdad es que no tenemos motivos para envidiarlos, ni parece que allí se alcance una formación sólida, fermental, adecuada a las exigencias del quehacer revolucionario hoy día en nuestro continente. Por lo menos así está documentado en *Materialismo dialéctico* de F. Burlatski y otros, editado por la Editorial Progreso, en Moscú, 1981. Además de exponerse la teoría con un estilo "escolástico", dogmático, se demuestra cuán lejos están de la naturaleza de los procesos revolucionarios latinoamericanos, cuando después de mezclar y poner en una misma caracterización a Celso Furtado, Rui Mauro Marini o Jacques Chonchol, se escribe:

Las cuestiones que inquietan a los teóricos radicales de izquierda latinoamericanos no son inventadas ni de gabinete, sino al contrario, se trata de problemas candentes, planteados realmente por la historia y que reclaman solución. Por ejemplo, los referentes a la relación que guardan el elevado desarrollo de la metrópolis imperialista y el atraso de las colonias y los países dependientes; la interconexión del desenvolvimiento capitalista en América Latina y la conservación de las relaciones precapitalistas en el sector agrario y de materias primas; la mísera situación del campesinado y las capas marginales y su potencial revolucionario.

Al mismo tiempo es preciso decir con toda claridad que los trabajos de los sociólogos radicales de izquierda latinoamericanos, sus principales esquemas teóricos y metodología siguen encerrados en el círculo de las concepciones

pequeño burguesas, lo que les lleva irremediablemente a deformar el cuadro del presente, el pasado y el futuro de sus países y la comunidad mundial.

Los teóricos radicales de izquierda conciben el logro de la nueva sociedad y la justicia social como una revolución violenta, armada, “total”, realizada por las masas campesinas y marginales bajo la dirección de la elite revolucionaria, procedente de la pequeña burguesía y la intelectualidad pequeño-burguesa. A su juicio, la elite revolucionaria se depura de las reminiscencias pequeño burguesas en la etapa incubatoria preliminar de la lucha que libran las “vanguardias” armadas estrechas: nuevo tipo de organización revolucionaria que viene a sustituir los partidos revolucionarios “tradicionales”. Tras dicho período de noviciado revolucionario, una vez templada en las “situaciones límites” de la lucha contra el peligro mortal, las debilidades propias y la salvaje naturaleza, la “contra elite revolucionaria” se dirige a las masas, en las que la energía de la organización espontánea dormita bajo la cobertura del conformismo y la inercia. Despertada por el ímpetu espiritual de los líderes radicales de izquierda, esta organización espontánea de las masas cobra, según ellos, la fuerza incontenible de un torrente magmático sin necesitar más de mando político o teórico.

Su interpretación del carácter de las clases, más territorial que de producción, condujo a los teóricos radicales de izquierda al completo alejamiento de toda la burguesía nacional y las capas medias (excepto, naturalmente, los participantes escogidos de las “vanguardias revolucionarias”) de la revolución, a la actitud hostil con respecto a todo lo extranjero y lo urbano. De esta forma en la zona de desconfianza entraban la clase obrera urbana y sus organizaciones –profesionales y políticas–, las teorías revolucionarias nacidas en países industrializados y la experiencia del socialismo realmente existente en la Unión Soviética y los países de Europa Oriental.

Los teóricos radicales de izquierda se esfuerzan en vano por superar la incongruencia de la metodología sociológica burguesa y de la filosofía social en general. De aquí dimana que entiendan el marxismo como un “holismo dialéctico” de supremacía absoluta del todo sobre los elementos constitutivos y que traten de vencer las contradicciones de la teoría con el esfuerzo psicológico, con la acción política directa.

En realidad, los sociólogos radicales de izquierda aplican procedimientos formales y estructuralistas que deforman los principios de la concatenación, destruyen la integridad del objeto de investigación y originan dicotomías rígidas que no admiten transiciones: montaña-ciudad, extranjero-latinoamericano, pacífico-armado, etc. El intento de concretar los procedimientos de análisis clasistas en las condiciones de América Latina los lleva a mezclar las relaciones clasistas y las coloniales y, a veces, incluso las étnicas sin que

puedan establecer la cosubordinación de dichas relaciones. Varios trabajos de teóricos radicales de izquierda latinoamericanos se estructuran sobre bases francamente elitarias y sociologizadoras o sobre los principios del agnosticismo historicista.

La crisis de la ideología latinoamericana radical de izquierda, en la forma específica en que nació y se desarrolló en la década del 60 y a principios de los años 70, no significa, por supuesto, que desaparezca para siempre de la escena. Se conserva la situación de crisis de las sociedades latinoamericanas, preñadas de nuevos agravamientos. Se conserva el medio social que alimenta la ideología radical de izquierda, cuyas recidivas son posibles y hasta inevitables. Precisamente por eso, la crítica de sus fundamentos teóricos generales y metodológicos sigue siendo un importante sector de la lucha ideo teórica que las fuerzas del socialismo científico libran por las transformaciones revolucionarias en América Latina. (Págs. 203-205, del libro ya citado.)

Parece increíble que se digan las cosas que anteceden, después de ocurrido el triunfo de la Revolución Sandinista y la de Granada, y cuando ya estaba en auge la lucha guerrillera de El Salvador y Guatemala. O que se confundan las tesis de los académicos de izquierda latinoamericanos con la de los revolucionarios como Fidel, el Che Guevara, Masetti, Roberto Santucho, Miguel Enríquez, Raúl Sendic, Marighela y tantos otros, que las escribieron con sangre y heroísmo. Razón por la que, las tesis que dejaron escritas son inconclusas o fragmentarias; aunque sobre la burguesía nacional en América Latina quedaron las sabias enseñanzas tempranas de José Carlos Mariátegui, confirmadas por el desarrollo de nuestras formaciones económico-sociales y hoy más vigentes que nunca.⁶

Más arriba puntualizamos que se trata de “la mayoría de los académicos soviéticos” o de los más divulgados o traducidos al español, ya que buscando mucho se pueden encontrar notables libros de filósofos soviéticos, originales, que han aportado realmente al enriquecimiento de la teoría marxista-leninista. Es el caso de la *Dialéctica como Sistema* (hay una agotada edición de la Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1978), de Z. M. Orudzhev. O *Lógica dialéctica*, de P. V. Kopnin, de la que también hay una edición cubana para los especialistas y que es muy difícil de conseguir. Igualmente interesantes son los ensayos de E. V. Iliénkov, publicados con el título de *Lógica dialéctica*, por la Editorial Progreso, Moscú, 1977.

Claro, que aquí no estamos ante manuales y se trata de obras de profundización. No para iniciados en la teoría. Ellas se caracterizan por no repetir

los esquemas o dogmas conocidos. Es que los autores manejan con solvencia y creativamente toda la filosofía. Desde la Antigüedad clásica griega hasta nuestros días, pasando por la Edad Media, y dándole a la Filosofía Clásica Alemana el tratamiento que corresponde. No dicen que Hegel es un filósofo idealista burgués, sin más. Lo han estudiado con detenimiento, como lo hicieron Marx, Engels y Lenin, a pesar de las dificultades que ello implica y saben lo que nuestros maestros le deben al más grande de los filósofos idealistas objetivos de Alemania. Naturalmente, que lo superan críticamente, a partir de Marx, Engels y Lenin, pero teniendo en cuenta y no ocultando lo que genialmente aportó aquel para que la dialéctica materialista deviniera realmente en una ciencia.

Más, sobre estos temas, nuestro enfoque del marxismo-leninismo, el modo de abordar su estudio y la bibliografía que debe usarse, publicaremos un trabajo próximamente.

En suma: hay que recurrir a las fuentes, a los clásicos, y abreviar en ellos, aunque no siempre esto es posible y obliga a dar rodeos y a serios trabajos preparatorios, para los que se inician en la formación.

No debe identificarse esta teoría científica tan fecunda con la interpretación que de la misma tienen ciertos partidos comunistas, o con la línea reformista de algunos de ellos.

En la Segunda Convención del MLN (T), realizada en enero de 1968, se adoptó una resolución clara sobre lo que nos ocupa. Sin dejar de tener en cuenta la pluralidad ideológica en el seno de la Organización (en la que podían y pueden coexistir marxistas-leninistas, cristianos, anarquistas o con otras concepciones filosóficas) destaca la importancia de formar los cuadros en el marxismo-leninismo y en especial en el método dialéctico, como herramienta científica de la revolución.

Esta resolución es poco conocida por la base. Se ha perdido en alguno de los locales tomados por el enemigo y parece ser que no podremos contar con ella hasta que no la rescatemos de los archivos de la represión.

A decir verdad, las respectivas direcciones del MLN (T) han ignorado aquella resolución y poco se ha hecho para ponerla en práctica.

Más aún. El texto único o Documento II que surgió de esa Convención, recogió tibiamente o en un solo párrafo aquella resolución, con el agravante de que la puso en crisis a través de una afirmación categórica e incompatible con aquella resolución y que fue la que en definitiva aplicó la Organización, conduciendo a efectos negativos.

Dice el Documento II:

La formación de los compañeros

Para enfocar el tema de la formación de los compañeros que integran el movimiento, podríamos comenzar por dar una idea del militante que el movimiento necesita. Las características de ese militante las da fundamentalmente el carácter político-militar de nuestro movimiento. Por lo tanto, el militante revolucionario integrante del movimiento debe ser un individuo conciente y convencido de la lucha que debe desarrollar, capacitado técnicamente para llevarlo adelante.

El cuadro revolucionario será aquel que reúna en su persona:

a) La CAPACITACIÓN POLÍTICA que le habilite para comprender y a la vez enseñar cuál es la situación política del momento y sus soluciones.

b) Que entregue todas sus posibilidades al desarrollo de la lucha, expresando así su VOLUNTAD REVOLUCIONARIA.

c) La CAPACITACIÓN TÉCNICA y la experiencia producto de la ACCIÓN que deberá llevar a cabo para imponer su ideología.

En la medida en que se den esas condiciones, el militante del Movimiento se estará acercando a ser un cuadro revolucionario cabal. Hacia ello debemos tender cuando intentamos formar un compañero.

Los compañeros entran al Movimiento provenientes de una sociedad que los ha formado para sus fines. Traen consigo una serie de carencias, de déficit, con respecto a lo que debe ser un militante. De ahí la necesidad de formar a ese compañero que ha tomado conciencia de la injusticia del régimen y ha llegado a la conclusión de que la única vía para que ella desaparezca es la lucha armada. Ese déficit será tanto en el plano ideológico como en el práctico y militar. En el aspecto ideológico podemos citar: el individualismo, el verbalismo*, las deformaciones que han engendrado otros tipos de militancia, la falta de capacidad mínima, etc. En el orden práctico militar, podemos señalar déficit de capacitación física y técnica.

¿Cómo se plantea, entonces, concretamente, el Movimiento llevar a cabo esa formación? FORMARSE EN LA PRÁCTICA. Ese será nuestro gran principio.

Concretándolo, deberá contemplar cuatro aspectos fundamentales a desarrollarse en forma lo más equilibrada posible: entrenamiento, capacitación política, estilo de trabajo y fogeo.

El entrenamiento contempla los aspectos físicos y militares.

La capacitación política, los aspectos imprescindibles para poder calibrar correctamente una situación determinada: informativos, históricos, doctrinarios.

Ya en el primer apartado de este capítulo del Documento II, se apela más al convencimiento sensible que al racional. Se dice:

El integrante al Movimiento debe ser un individuo “consciente y convencido de la lucha que debe desarrollar”. Como no se explica por qué métodos se llega a ese individuo “consciente y convencido”, hay que interpretar que la vía para llegar a ello es la sensible. Más aún si este apartado concuerda con el resto del capítulo y la propia práctica del MLN (T).

Naturalmente, que por la vía sensible somos despertados y llegamos a la lucha política y social todos aquellos que provenimos de la clase obrera o que nos hemos incorporado a la lucha sin que mediara una decisión o fundamento de orden intelectual.

En otros términos: los que fundamos la determinación de luchar en nuestra experiencia sensible, relacionada con nuestras propias condiciones de existencia o práctica social que emana de la lucha de clases. Pero esta convicción o conciencia de clase, es primaria. No alcanza para formar el “cuadro revolucionario” de que se habla. Y, menos aún para alcanzar “la capacitación política” que habilite para comprender y a la vez enseñar cuál es la situación política del momento y sus soluciones.

Las razones de fondo a este respecto las daremos más adelante.

Entre tanto, veamos que se indica que el militante debe estar capacitado técnicamente para “llevar adelante la lucha”. No obstante no se advierte que esa “capacitación política” a que se refiere el inciso a) no puede dejar de precisarse en su especificidad y que no es la corriente. Es que no se trata de una formación política general, ni la que se logra en el estudio de la historia del país –sin descontar que esta también es necesaria– sino de la formación en la teoría marxista-leninista y en especial en una de sus partes, o sea, en la filosofía, de la que se desprende el método dialéctico, con el que el cuadro debe “comprender y a la vez enseñar cuál es la situación política del momento y sus soluciones”. Pero esto será tratado con más detenimiento después.

Sin embargo, desde ya conviene formular una precisión que es de principio. Es que el cuadro revolucionario o el que hoy día hace falta en las organizaciones revolucionarias y especialmente en el Partido marxista-leninista de cuadros y de combate, no se forma en la teoría exclusivamente, por más que se profundice en ella y se estudie todos los libros habidos y por haber. *Se forma, sí, en la práctica y en la teoría.* Si en el militante no hay una práctica social detrás y en especial en la lucha de clases, no llegará nunca a transformarse en el cuadro necesario, por más consecuente que sea

en el estudio de la teoría y por más que asista a las mejores academias del mundo. Sólo logrará formarse en el teoricismo, que es otra cosa distinta o que es una forma deformante de la pretendida formación teórica, cuando ella se aborda de modo unilateral. ¿Esto quiere decir que los que no cuentan con una práctica social no deben perder el tiempo en los libros sobre la teoría marxista-leninista?

No. Algo pueden adelantar, en tanto se van familiarizando con la terminología de la materia y adquiriendo algunos conceptos y categorías básicas de ellas. Pero la interpretación correcta de la teoría y el enfoque de la misma, solo lo van a alcanzar cuando se hundan en las implicaciones de la práctica, es decir, cuando logren una proletarización a fondo y sellen su vida con los hábitos y el destino histórico de la clase obrera en medio de sus luchas transformadoras.

Aquí el TODO ineludible para la formación del cuadro pasa por la indisoluble unidad dialéctica, representada por esos dos aspectos, que son la teoría y la práctica.

Como entre la práctica y la teoría hay diferencia, entre ambas hay contradicción. El aspecto principal de esta contradicción es la práctica, si estamos ante un militante de origen pequeño burgués. O es por el contrario, la teoría si se trata de un militante proletario, el que tendrá tanto más potencialidades, si ha trabajado en la gran industria y tiene experiencia en la lucha de clases y en especial en la de masas. De ahí que es erróneo y unilateral lo que afirma el Documento II, cuando con mayúscula escribe: “FORMARSE EN LA PRÁCTICA. Ese será nuestro gran principio”.

Es cierto –como lo veremos en el capítulo correspondiente– que las condiciones psicológicas propias del combatiente se logran en el fogueo de la práctica. Pero no hay que confundir un combatiente con un cuadro. El cuadro debe ser también un combatiente, pero mucho más que eso.

En el MLN (T) a menudo no se distinguió entre el cuadro y el combatiente, ni se hizo la valoración que corresponde a uno y a otro. Quizás por el mismo empirismo o reinado de la práctica, que tuvo lugar en todos sus dominios y que tanto dificultó y sigue dificultando la formación en la teoría marxista-leninista.

En esta falta de distinción apropiada entre el combatiente y el cuadro radican muchos errores del MLN (T). Allí radican las herejías políticas, que muchos combatientes con “cartel” realizaron en el frente de lucha y en el exilio.

La limitación que nos ocupa, es la que hizo predominar por tanto aquella fórmula empírica que decía: “Los hechos nos unen, las palabras nos separan”.

Sin duda, que en los inicios y frente al teoricismo estéril, que pretendía explicarlo todo con citas mal asimiladas de los clásicos del marxismo-leninismo, no dejaba de tener cierta validez aquella sentencia del MLN (T).

Lo que no se explica es que, después de que la revolución en el Uruguay dejó de ser una simple gimnasia para transformarse en un proceso de la vida política del país, todavía se siguiera sosteniendo aquello de la primera hora, a pesar de que los mismos hechos revolucionarios estaban exigiendo un profundo cambio de mentalidad a su respecto.

Finalmente, digamos que sea cual fuere el nivel que un revolucionario pueda alcanzar en los dominios de la filosofía marxista-leninista, y en la incorporación de categorías racionales o lógicas a sus modos de pensar, jamás puede despojarse de aquella sensibilidad primaria de la que hablamos al principio y que sigue formando parte de su ideología. En este caso, lo ideológico comprende los valores más inmediatos con que el militante o el cuadro mismo reaccionan cotidianamente frente a los hechos de la vida. Que constituyen su estilo de vida, su hacer y pensar espontáneos. Los que pueden estar incorporados a su ser con el concurso de la teoría, pero que no se expresan en forma teórica sino que más bien son la expresión de su patrimonio ideológico.

Si el militante y sobre todo el cuadro no fueran sensibles a todo lo que es humano, se deshumanizarían.

En relación con lo sensible, hay que aclarar que el cuadro no puede expresarse ante las masas con categorías lógicas propias del método dialéctico, con que debe analizar la situación concreta en la que está operando o fundar la estrategia dentro de la célula del Partido. Debe, simplemente, usar el mismo lenguaje que emplean las masas, en el frente de lucha donde le ha tocado actuar. En ese medio no puede expresarse como un teórico, sino como un agitador corriente en el seno de la clase. Esto es, a nivel sensible. Expresando la política a través de cosas que sienten las masas y que laten en su corazón.

Por otra parte, después de haber caído la dirección histórica en 1970 y ya en pleno desbarajuste, se hablaba del método científico y a su respecto se organizaban unos cursos que duraban un día y medio, de tiempo completo. Se trataba de algunos principios metodológicos para conducir con mejor orden y mayor participación las reuniones y algunas otras cosas de interés, pero secundarias.

Muchos creían que aquello era el método científico marxista-leninista, que se desprendía de la filosofía materialista dialéctica.

Como se sabe, captar el método dialéctico, en el ámbito de la filosofía

marxista-leninista e incorporarlo a la conciencia para aplicarlo a la práctica, requiere un estudio sistemático de muchos años, unido al quehacer revolucionario. Es esta una tarea que no se agota nunca, que cuanto más se profundiza con responsabilidad, más sorpresas y enriquecimientos nos depara.

Según nuestra experiencia pasamos por tres grandes niveles, que son igualmente tres fases en el proceso de formación en la teoría marxista-leninista. *Una*, de carácter dogmática. Con gran esquematismo y poca reflexión. Pretendemos conocer la realidad, nada más que citando los clásicos, sin más. Como si todo el conocimiento del medio que deseamos transformar estuviera en los libros. Nada más negativo e impropio que esto. *Dos*, sin tanto apego formal a los textos, comenzamos a reflexionar con alguna independencia de los mismos, y a vincular los hechos que deseamos dominar con la teoría. Esta fase ya no se puede calificar de negativa. Es más crítica y acaso sirva de puente para llegar a la tercera, a la necesaria en el proceso de formación teórica. Pero es a nivel de esta fase en la que quedan la mayoría de los militantes y los cuadros intermedios, ya que los grandes cuadros o los de mayor nivel –cuyo proceso de formación lleva décadas, no años– hay que ubicarlos en la fase siguiente. *Tres*, cuando se profundiza en la filosofía marxista-leninista y de ella se ha aprehendido el método de análisis, como guía para la acción. Cuando se ha incorporado la dialéctica a la conciencia, como diría Lenin.

Entonces, la teoría marxista-leninista está cada vez menos en libros que la informan, para emerger del quehacer revolucionario, de la evaluación “crítica y revolucionaria”, que sistematizamos en nuestros balances periódicos de la acción, profundizando de más en más el conocimiento de la realidad y situando la dialéctica en los hechos cotidianos con los que nos relacionamos, analizamos y transformamos.

En la Argentina, la organización de los compañeros montoneros hablaba igualmente del método científico, que se entendía como el marxista y que también resultaba ser una caricatura del mismo. Por oposición al PRT, que transformó el marxismo-leninismo en una consigna e incurrió en semejante superficialidad a propósito de su estudio.

Con todo, lo importante conforme a nuestro enfoque del marxismo-leninismo, es poner el acento en el estudio de una de las partes: el materialismo dialéctico, generalmente tan descuidado como necesario.

Particularmente, porque del materialismo dialéctico o filosofía marxista-leninista, podemos obtener el método. Precisamente, la herramienta suprema e indispensable para realizar científicamente el análisis concreto de la situación concreta. Para no caer en conclusiones subjetivas o unilaterales,

en la apreciación de la realidad en la que nos toca actuar y transformar. Cubrirnos así del riesgo de subestimar al enemigo o sobreestimar nuestra acción, como nos ocurrió a los tupamaros.

Confundiendo los deseos, con la interpretación objetiva del movimiento de los hechos económicos, políticos y sociales.

Por otra parte, el método y la teoría marxista-leninista en su conjunto nos servirán de guía para la acción. Sobre todo, nos permitirán sacar la teoría revolucionaria que nos exige la hora actual, no de los libros, sino de nuestra propia práctica; aunque aquellos sean indispensables en el camino largo de nuestra formación y maduración.

Como ya se dijo en un trabajo que se produjo en la cárcel de Punta Carretas, de la teoría marxista-leninista como un todo, también surge imperativamente –como necesidad– la puesta al día de un análisis de clase del país y de la organización, el requerimiento de formular una correcta línea de masas, las ideas fundamentales del centralismo democrático y su enriquecimiento por la práctica, como garantía de la democracia interna; los principios esenciales que hacen a la construcción del partido, etc.

Todo ello es lo que no tuvo en cuenta el MLN (T). Envuelto en la vorágine de la acción y de las urgencias provocadas por el gigantismo del aparato y de un crecimiento sin medida ni control, desembocó en un empirismo incompatible con las exigencias políticas más globales y profundas del quehacer revolucionario positivo. No advirtió que no es posible sino reclutar a los que se está en condiciones de formar. Como esta regla se violó sistemáticamente, el nivel ideológico de la organización concluyó por empobrecerse cada vez más. No solo porque los recién ingresados traen todos los viejos vicios apenas reprimidos o simulados, que se adquieren en el marco de la ideología dominante o burguesa, desde la familia o el banco de la escuela. Porque mezclándose con los demás miembros de la organización y participando en su quehacer de modo de más en más gravitante, rebajan el nivel ideológico general de la misma y concluyen por imponerse, haciendo venir a menos a aquellos a los que en principio pudo dárseles una formación mínima, o que tuvieron la oportunidad favorable de militar y aprender –cuando la organización era chica– junto a los cuadros históricos o fundadores.

A partir de mediados de 1968, los hechos quedaron fuera de control en ese sentido. En vez de gobernarlos, hubo que dejarse gobernar más y más por ellos.

III. LA CONSTRUCCIÓN DEL PARTIDO

El carácter político-militar de nuestro movimiento entorpece la comprensión de cuales deben ser los criterios generales en materia de organización. A los efectos de tener una referencia y definir nuestra posición, manifestamos que el concepto que se debe tener de Organización, es el concepto leninista. A nuestro juicio, eso debe ser así porque la experiencia indica que es el mejor. (Ver: Documento II.)

En el Documento I, de noviembre de 1966, se dice:

Creemos necesario contar con un Partido Revolucionario profundamente arraigado en las masas, para hacer la Revolución Socialista; ese Partido hoy no existe como tal si bien puede existir embrionaria o potencialmente.

[...]

12. Sin embargo, no podemos vaticinar en qué etapa del proceso se logrará el Partido Revolucionario. Ni siquiera si será antes o después de la toma del poder. Tampoco podemos vaticinar a través de qué caminos se acumularán las fuerzas, los medios y las voluntades necesarios para crearlo. La construcción del Partido Revolucionario es un producto de la lucha de clases y no se pueden adoptar recetas sobre el mismo.

13. Es indudable que si contamos con un partido fuerte y numeroso, será infinitamente más fácil la tarea. Pero creemos que el grado de desarrollo del Partido Revolucionario no puede ser condición principal para iniciar la lucha armada.

14. No podemos hacer de la construcción del Partido un fetiche, y con el pretexto de construir el Partido, pretender que la lucha antiimperialista se detenga, hasta que nosotros tengamos el suficientemente pulido y numeroso

partido. Las experiencias históricas confirman este planteo en el sentido de que la violencia sistemática puede ser iniciada sin la construcción a priori del Partido y que este se conforma en el transcurso de la lucha.

15. La inexistencia del Partido Revolucionario no supone la inexistencia de la organización revolucionaria. Muy por el contrario: la creación del Partido Revolucionario pasará por el desarrollo de los embriones de la organización revolucionaria.

16. Debemos combatir la mezquindad en boga de partido que lo identifica con una sede, con reuniones periódicas y posiciones sobre todo lo que lo rodea, con el conformismo de esperar pacientemente que los “partidos” se disuelvan ante las andanadas verbales y pasen a sumarse a él con sus bases y el pueblo.

17. Esto es lo que se ha hecho durante 60 años en el Uruguay y el resultado está a la vista.

18. El mayor compromiso de los revolucionarios debe ser con el pueblo y lo objetivo es que el pueblo en su mayoría aún sigue siendo blanco y colorado. Hay que reconocer que hay revolucionarios auténticos en todos los sectores de la izquierda y muchos más que no están organizados. Tomar todos esos elementos o grupos donde estén y unirlos es una tarea para cuando los sectarismos queden atrás. Mientras esto no suceda, la Revolución no puede esperar. A cada revolucionario, a cada grupo revolucionario solo cabe un deber:

Prepararse para hacer la revolución “con o sin partido”.

Lo primero que debemos señalar es el gran aporte del Documento I en este punto. Realmente brillante para aquella época: fines de 1966.

Lo segundo: que la dirección histórica tenía ya una idea bastante aproximada, acerca de la necesidad de la construcción del Partido. No así de qué partido era necesario, a pesar de haber insinuado qué partido era negativo o no contribuía al desarrollo del proceso revolucionario. Eso sí, sostuvo con mucha lucidez: “SI CONTAMOS CON UN PARTIDO FUERTE Y NUMEROSO SERÁ INFINITAMENTE MÁS FÁCIL LA TAREA”.

“Partido fuerte”, sí. Pero ¿numeroso? No. El Partido de cuadros que necesitamos hoy no tiene que ser numeroso ni debe serlo, en tanto que clandestino. No puede ser de masas, como erróneamente se dice en otro lugar. Debe estar insertado en las masas, que es otra cosa distinta. Por lo menos en esta etapa y por razones que surgen de lo ya expuesto más arriba.

Lo tercero: es que cuando se volvió al tema, en 1971, se lo enfocó de modo muy estático, casi escolástico, polémico, apologetico; sin aprovechar la formidable práctica realizada y penetrar –a partir de ella– en la exigencia

principal o esencia del asunto. Veamos:

a) Se afirma “que no podemos vaticinar en qué etapa del proceso se logrará el Partido Revolucionario. Ni siquiera si será antes o después de la toma del poder”. A esta altura de la autocrítica ya podemos plantear tres cuestiones metodológicas centrales y entrelazadas.

Uno: que las causas de la derrota del MLN (T) o de cualquier otra organización revolucionaria no pueden girar en torno a una sola cosa. A la traición de Amodio Pérez, a los hechos del 14 de abril de 1972, a la falta de construcción del Partido o a otro aspecto, por importante que sea; salvo que se trate de la contradicción principal, que, por sí misma, y en determinadas condiciones, pueda determinarlo todo. Quien desconozca esto, cae fácilmente en subjetivismo, en unilateralidad. Y ojo, que junto a la contradicción principal –en nuestro caso, la de clase– siempre encontramos otra, que a nuestro juicio puede sustituirla o que por su importancia, entre las secundarias, adquiere una gravitación tal, que obliga imperiosamente a ponerla bajo control. Por ejemplo, la que se refiere a la necesidad de asumir la teoría marxista-leninista.

Sea como fuere, hay que estar atentos, ya que como se sabe estas contradicciones pueden cambiar de lugar en el desarrollo del proceso: la principal puede agruparse entre las secundarias y una de estas ocupar el lugar de aquella.

Por tanto, se trata de abordar el análisis global de la problemática o contradicciones internas de la organización y jerarquizarlas, a los efectos de saber dónde hay que poner el esfuerzo principal para superar tales contradicciones.

Solo así, con este método de totalidad, es posible dominar una cosa tan compleja, cual es un proceso revolucionario y asegurar su desenvolvimiento, su avance. De manera que, como recuerda Lenin, al *TODO* procede dividirlo en partes; pero para reconstruirlo enriquecido después, mediante el análisis y la síntesis correspondiente.

Dos: esta síntesis enriquecida del *TODO*, es la que proporciona la materia prima para los planes de acción que se instrumentarán y de donde han de emerger las tareas, así como las políticas que se seguirán y, en parte, es también en ella que se funda la estrategia político-militar de corto, mediano y largo plazo. Como quiera que sea, cualquier intento reorganizativo que soslaye una autocrítica cuidadosa y profunda no sabrá cómo fundar gran parte del quehacer revolucionario en el Uruguay; no recogerá las enseñanzas de la historia y carecerá de las bases empíricas necesarias para articular líneas de acción en torno a cuestiones fundamentales.

Es lo mismo que empezar de nuevo, después de que dimos la oportunidad al enemigo para que ensayara y aprendiera con nosotros mismos.

Echar a andar sin reparar en la práctica anterior y sus implicaciones. Esa postura, que por tanto tiempo ha predominado en el MLN (T) conduce al absurdo y es expresión de primitivismo político, que al fin comienza a superarse.

Si esto es así, ya que no podemos dejar de analizar un proceso revolucionario si no es en su evolución dialéctica, lo es igualmente en lo que hace a la necesidad ineludible de consultar el TODO de ese proceso. Si el enfoque no es de totalidad, el objeto en análisis quedará desdibujado. Su representación ideal será parcial, unilateral, insuficiente en cuanto a la síntesis y conclusiones que saquemos de él. En otros términos: el análisis será incorrecto. No abarcará a cabalidad el objeto o proceso revolucionario en análisis. Este principio o exigencia del método dialéctico se vuelve tan válido a propósito del análisis, como en lo que tiene que ver con la formulación de las líneas políticas que deben ponerse en práctica a fin de transformar la realidad en la que nos proponemos operar. Porque si estas políticas no comprenden el TODO; si no tienden a poner bajo control la contradicción principal que plantea la realidad –más sus contradicciones secundarias más destacadas– esa realidad jamás será transformada, y, por tanto, el proceso revolucionario no avanzará, porque será mayor la presión de lo objetivo sobre lo subjetivo. Entonces, el esfuerzo realizado a favor del cambio de la situación no será suficiente o no alcanzará el umbral necesario para que se produzcan los saltos cualitativos y cambios correspondientes. De manera que si las políticas que han de implementarse no comprenden el TODO en sus múltiples direcciones, el actual estado de cosas no podrá ser revertido en el curso del proceso. No ignoramos que esto es crucial. Es el gran desafío a partir de la debilidad presente, sin perjuicio de lo cual estas reglas de juego son ineludibles. He ahí la relación estrecha, la interacción dialéctica entre lo lógico y lo histórico, cómo uno y otro enfoque constituyen una unidad, cómo lo abstracto es inseparable de lo concreto y viceversa.

Tres: tenemos otro principio metodológico insoslayable, que se vio patente en el contenido del proceso revolucionario desatado por el MLN (T). Es el siguiente. Mientras una organización es pequeña y no incide mayormente en la vida pública nacional, todo resulta fácil. Nada queda fuera del contralor de su dirección. Es como si las contradicciones internas de la organización no existieran o aún no se hubieran generado. No ocurre lo mismo, a poco que la organización revolucionaria empieza a crecer y menos en la forma y cómo creció el MLN (T). Algo así como leche hervida.

Si a esto se agrega una gravitación cada vez mayor de la organización en

la cosa pública –tal cual ocurrió en Uruguay– entonces las contradicciones internas antes dormidas afloran con intensidad y se agudizan. Tanto más cuanto que en momentos de la vida política nacional, esa organización revolucionaria se constituye en la contradicción principal del régimen burgués vigente.

A partir de ahí, ya no basta la inteligencia o el talento de tales o cuales dirigentes revolucionarios para gobernar esas contradicciones, encauzarlas o ponerlas bajo control. Hacen falta los cuadros formados en la práctica y en la teoría marxista-leninista. Los que están familiarizados con el materialismo dialéctico y el método que le es propio y no “formados” a través de manuales. Esta es la superioridad –la de dominar el método científico materialista dialéctico– que tienen los cuadros revolucionarios hoy, frente a los del enemigo.

Es que la inteligencia y las propias técnicas o el nivel operativo que es posible alcanzar en una academia o universidad burguesa tiene por límite, según Hegel, el entendimiento. El que es compatible con la lógica formal.

Precisamente, la filosofía marxista-leninista hace posible incorporar a la conciencia la razón dialéctica, que comprende también la lógica y la teoría del conocimiento. Y que constituye un eslabón más alto que el entendimiento o es el nivel superior en tanto que posibilidad de conocimiento. El que más necesitamos como guía permanente para la acción cotidiana, como método científico de análisis, que nos permita comprender, dominar y transformar los hechos.

Aprehenderlos en el movimiento de los procesos que le son propios, para concebirlos no en su apariencia sino en su esencia; sin excluir los que corresponden a toda nuestra práctica y a la organización a que pertenecemos, a fin de formular un diagnóstico adecuado del presente y prever los comportamientos que tendrán lugar en el corto, mediano y largo plazo.

Pero para que estos cuadros de dirección con el nivel cualitativo precedente se conformen, es necesaria la construcción del Partido. Solo a través de una organización cualitativamente superior, altamente especializada y férreamente disciplinada, exigente en grado máximo, es posible formarlos.

Porque el Partido no ha de ser de cuadros, únicamente. Ha de ser marxista-leninista, de cuadros y de combate. Con políticas formativas en todas las direcciones: prácticas, teóricas, técnicas.

El hecho es que el MLN (T) no supo o no pudo, en su desarrollo, transformarse en un Partido. O columna vertebral de la organización, como se ha dicho por los compañeros de la dirección histórica y a propósito de la necesidad de formar los cuadros, previa determinación de los niveles y potencialidades de cada militante, como condición para centrar el esfuerzo

formativo en terreno fértil, y por razones de urgencia y de economía de tiempo, ya que a la larga todos pueden reunir los requerimientos más favorables o necesarios.

Por tanto, es admisible que en 1966 no fuera posible “vaticinar” si el Partido se lograría antes o después de la toma del poder. Lo que no es lógico, es que en un proceso tan rico como el del MLN (T) —que generó tantas contradicciones internas en la organización— no se hubiera advertido que el partido de cuadros era una exigencia impostergable, impuesta por los hechos a determinado nivel del proceso. Tanto así era, que el Partido de cuadros se creaba en la propia marcha, como quién cambia los rieles gastados de un tren en marcha, o los hechos resultaban ingobernables. De ahí que la organización, en vez de dirigir el proceso revolucionario, pasó a ser dirigida por él, o sea, por la contradicciones internas generadas en su seno.

Volviendo al símil del tren, tenemos que lo que parece ser imposible de resolver por los ingenieros, tenía que haber sido resuelto por los revolucionarios.

Ciertamente que, como se ha alegado, en Cuba el problema se resolvió de otra manera. Acaso porque como ya dijimos, la contrarrevolución continental estaba dormida y las cosas no eran tan difíciles o complejas. Si lo fue la construcción del Socialismo, en virtud del subdesarrollo reinante y el bloqueo y hostilidad imperialistas. Lo que hizo que sin el Partido marxista-leninista de cuadros y de combate, no hubieran podido sortearse los escollos que se presentaron después de la toma del poder. Este mismo ejemplo indica que se reaccionó rápido y a tiempo, en ese sentido, poniendo las contradicciones bajo control y creando las bases organizativas para superarlas.

Desde luego, que las contradicciones no mueren nunca. Acaso no se erradicarán ni en la propia sociedad comunista, donde otras aparecerán; aunque sean de una índole hoy desconocida.

Serán naturales, previsibles, no antagónicas. Por eso mismo, no peligrosas, ni amenazantes, como las que acechaban a la Revolución Cubana en sus primeros tiempos.

A veces se dice que el 26 de Julio era policlasista y no un partido de cuadros. Ciertamente. Pero en su dirección figuraban cuadros, como Fidel, Raúl, el Che y algún otro. Es sabido que este último tuvo a su cargo la formación teórico-política marxista-leninista en México, antes del desembarco del Granma. También que dominaba con solvencia los tres tomos de *El Capital* y que la dialéctica la tomó de allí, donde estaba implícita y es más fecunda; aunque exija una ímproba y previa formación marxista-leninista global para recogerla en ese manantial de metodología aplicada.

El hecho es que el MLN (T) no tuvo en su conducción compañeros

formados en la teoría marxista-leninista, como los hubo en el 26 de Julio. Lo que es más: nunca tuvo una política formativa aplicada a este respecto, a pesar de las suficientes orientaciones votadas en la Segunda Convención, y que, como ya dijimos, quedaron en el olvido.

También es cierto que el compañero Eleuterio Fernández Huidobro era el más preocupado y rumbeado en esta materia. Pero el “Ñato” era asimismo el más joven de la dirección histórica.

Candán Grajales, de origen social tan humilde, ya estaba madurando realmente en el estudio de la teoría y revelaba las más serias potencialidades en esa dirección, antes de que fuera asesinado en abril de 1972. Se perfilaba como un cuadro con mayúscula.

Las nuevas direcciones que se sucedieron a la caída de Almería no estuvieron a la altura de los acontecimientos.

Por tanto, los resultados conocidos no podían ser de otro modo. Nada es porque sí, en este mundo.

b) Por lo demás, allá por fines de mayo de 1971 se constituyó una Comisión en la Cárcel de Punta Carretas, para producir un documento sobre la cuestión del Partido. De allí salió “Foco o Partido-Falso Dilema”.

Uno: en los capítulos II, III y IV, el documento titulado “Foco o Partido-Falso Dilema” dice:

Capítulo II. La acción guerrillera y su carácter político

Habitualmente se trata de hacer dos categorías: la acción política y la acción armada. Es otro sofisma. El secuestro de un personaje odiado del régimen llega a la masa y transforma más la vida de un País que muchas publicaciones y actos públicos de la izquierda tradicional. Una represalia contra un torturador, la muerte de un militante con las armas en la mano, constituye un cálido mensaje humano que cala en las entrañas del pueblo mejor que los más elocuentes discursos. No se puede colocar al que habla en una asamblea o en un acto público como el único que se comunicase con las masas, cuando una acción guerrillera llega a los más recónditos rincones de la campaña con un mensaje dramático y sentido de lucha contra la oligarquía, de rebeldía, de esperanza en la organización que está asediando a un gobierno odiado por el pueblo.

Si la acción armada en sí no tuviera ninguna importancia para el trabajo de masas, no habría ninguna explicación para el hecho de que el MLN haya llegado a un consenso siempre superior al 20% de la población a su favor. Sin tener en cuenta porcentajes de hasta un 90% para algunas acciones del tipo Mailhos o Monty*. El gobierno se ha visto obligado hasta a prohibir*

el nombre del Movimiento para neutralizar este creciente avance de los Tupamaros en la masa.

Para acentuar el carácter político de la guerrilla, un hecho singular en las guerrillas del mundo en los últimos tiempos es que las guerrillas han logrado instalarse en el centro sacramental, donde salen las recalcitrantes soluciones despóticas contra el pueblo: las grandes ciudades. Hasta ahora se peleaba en los campos y en los montes, pero los gobiernos gozaban de un amable coto de tranquilidad en sus bien guarnecidas ciudades.

Los gobernantes eran atacados por una guerra popular, sus ministros, sus altos funcionarios tenían hasta ahora la cómoda consigna: “armémonos de valor y vayan a la guerra”. Y era la guerra del pueblo contra el pueblo. Al instalarse la guerrilla en las grandes capitales, las cosas han cambiado: los altos funcionarios, los oligarcas, son los primeros prisioneros de la guerrilla del pueblo; los máximos gobernantes son tan clandestinos, deben moverse con tantas precauciones, como el más requerido de los guerrilleros. La oligarquía tiene que armarse de valor y sufrir también la guerra.

Esto le da mayor valor político a la acción de la organización armada. Los comandos urbanos podemos copar oficinas y poner en descubierto grandes negociados, castigar a los torturadores y patrones arbitrarios, hacer prisioneros a los grandes déspotas, y establecer su propia ley, en definitiva es el doble poder en la propia capital del enemigo.

Como consecuencia de ello, la dirección de la guerrilla debe ser lo más sutilmente política y los que la componen, lo más sólidamente formados doctrinariamente de los militantes revolucionarios y a despecho de la imagen que se quiere vender de ellos. El dirigente guerrillero debe dosificar o abrir las compuertas a la violencia según el pulso del pueblo en la calle. Debe compaginar el interés militar de la hora (desgastar al enemigo, hostigarlo, quitarle las armas) con el interés político del momento, expresar plenamente al pueblo en sus oleadas de indignación y rebeldía, o tomar la ofensiva en sus horas de sosiego.

Debe saber cuando debe acompañarse a lo que puede asimilar el pueblo y cuando debe lanzarse a nadar contra la corriente tras objetivos más mediatos o trascendentes.

Porque aparte de los fines políticos más inmediatos que analizamos aquí, la guerrilla tiene el objetivo magno de tomar el poder, lo cual significa medidas técnicas militares para desgastar al enemigo hasta derrotarlo. Si la guerrilla fue llamada por un estrategia como la “prolongación de la política”, para un movimiento revolucionario puede ser la principal forma de hacer política.

Capítulo III. Organizaciones políticas y organizaciones político-militares

En consecuencia de todo lo expresado, creemos que las organizaciones de la izquierda no se dividen en “partidos” y “focos”, en organizaciones que están por el trabajo de masas y otras que no lo están.

Se trata de clasificar a las organizaciones por planteo estratégico (y no por su doctrina, como también podría ser), podríamos dividir las en dos categorías: 1) Organizaciones que están por la lucha armada y el trabajo de masas, y 2) Organizaciones que están por la mera acción política (llámese trabajo de masas), formación del partido y acumulación de fuerzas.

Desde luego, ambas clasificaciones son para esta etapa de la vida del país, porque por ejemplo muchas de las organizaciones que ahora están por la vía pacífica pueden estar por la lucha armada más adelante, porque cambiaron las condiciones del país o porque ya construyeron el partido de masas que habían puesto como condición previa para lanzarse a la revolución por las armas, etc.

Capítulo IV. Experiencia de otras revoluciones

La historia real, porque también está la idealizada, es ilustrativa sobre el rol que ha cumplido la lucha armada en el desarrollo del partido y sobre el papel complementario que ha jugado la lucha armada y el trabajo de masas en las etapas decisivas de los procesos revolucionarios.

Dos: este Documento, en su conjunto, pone el acento en tres aspectos centrales, que serían válidos si se hubiera abordado en profundidad el principal, o sea, las resultancias del mismo proceso revolucionario o problemas generados de la dialéctica interna del MLN (T). Estos aspectos centrales son: 1) La guerrilla como continuación de la política por las armas y sus efectos en la conciencia del pueblo. 2) La experiencia histórica que surge en relación con las enseñanzas que arroja la teoría general de las revoluciones. 3) La reafirmación o defensa de lo hecho por el MLN (T), en concordancia con las “OLAS y las ideas tupas”.

Véase que el capítulo “La experiencia del MLN (T)” no alcanza a una carilla, si se excluye la larga cita sobre las “OLAS”. Y aquí salta a la vista otra cuestión de principios para la lógica dialéctica o problema metodológico.

- *Que un aspecto del todo no puede tomarse aisladamente, sin analizar la multilateralidad de aspectos, con el que se conexiona e interacciona. Este es el enfoque unilateral que se da en el punto uno, o sea, a la guerrilla y sus efectos. Por si mismo es válido o puede no merecer objeciones. Más, a poco*

que profundicemos, no en sus efectos en la conciencia del pueblo, sino en las carencias internas en que se desembocó, por la misma unilateralidad con que se practicó ese método de acción armada, podemos explicarnos el derrumbe de la organización que se produce durante 1972.

No basta, pues, con generar conciencia revolucionaria y simpatía creciente en el pueblo. Hay que administrar adecuadamente ese florecimiento de la conciencia social y recoger los frutos de la acción orgánicamente. Para que pesen en la balanza de la correlación de fuerzas en lucha. Y ahí es donde fallamos, precisamente. “Jugar la carta de las masas”, sigue siendo para nosotros un gran desafío, un problema no resuelto, acaso el principal problema o contradicción que teníamos y tenemos por delante.

Cuando decimos “orgánicamente”, no debe interpretarse que deseamos organizar a todo el mundo en el MLN (T) o en el Partido. No. Pero porque esto sea imposible –y demasiada gente ya se puso dentro del MLN (T)– no quiere decir que este problema o contradicción no tenga solución organizativa.

Muchas veces hemos dicho que tenemos que ser flexibles en lo organizativo. Ser amplios y estrechos, a la vez. Dialécticos. Cualitativos y Cuantitativos. Encuadrar a cada uno según su conciencia posible, sin olvidar la dialéctica de esta conciencia, su poder de desarrollarse, avanzar y madurar mediante saltos cualitativos. Porque no solo la Revolución es un proceso que pasa por etapas y dentro de estas, por niveles. Lo somos nosotros mismos un proceso, en tanto que seres vivos y agentes políticos de la revolución en el lugar o nivel organizativo que nos corresponda actuar, ya sea como simples opositores al régimen vigente, como simpatizantes, militantes o cuadros de la revolución o de la lucha de clases en general; según la infinidad de niveles que pueden darse en una o en otra categoría. En el campo del pueblo en general, de los sindicatos en particular, del ejército popular o del Partido.

Por sus características, unos podrán ser organizados en un grupo de reflexión de una parroquia, donde el sacerdote sea progresista, estimule y active la solidaridad con los presos políticos y ayude a sus familiares; otros, en una Comisión de Fomento vecinal para la lucha por las reivindicaciones barriales o en el Comité de Base del 26 de Marzo o de otra organización de masas clandestina; los de más allá para militar en las actividades políticas legales o clandestinas que puedan realizarse en torno al movimiento cultural, artístico y científico del país; muchos tendrán como encuadre natural y terreno de lucha sus respectivos sindicatos. Aquellos, cuyo nivel de conciencia y potencialidades se destaquen, habrá que tratar de formarlos en escuelas de cuadros y prestarles la mayor atención política, por los cuadros del Partido; los que se perfilen para la acción militar y lo hayan demostrado en los grupos de

autodefensa o en las milicias, podrán ingresar luego al MLN (T), que en este esquema organizativo hará las veces de Ejército Popular. Los que a través de su formación en la práctica de la lucha de masas, de la militar y de la teórica pinten como cuadros, pasarán al Partido, en donde también tienen que haber niveles de formación y de conciencia de clase.

Naturalmente, que todo es formación dentro de un proceso revolucionario. Lo es la práctica, lo es la teoría, lo es la crítica y la autocrítica, el balance que hacemos de la ejecución de nuestros planes y de la conducción de los mismos, en tanto que responsabilidad colectiva de la célula y también individual de los miembros que la integran, por lo que se refiere a su gestión.

El propio quehacer político cotidiano, cualquier *acción* de la índole que sea, o relación de nosotros mismos con las cosas y los hombres que deseamos transformar –al tiempo que nos transformamos a nosotros mismos– es esencialmente formativo.

El trabajo es formativo por antonomasia. No solo aprendemos y conocemos intelectualmente, por los libros. Las masas aprenden por la experiencia sensible. Más afectiva que racional.

Más, las distintas formas cualitativas de conciencia social que registra la historia y su evolución son fuente inagotable de la teoría del conocimiento, que no es solo una cuestión universitaria o del dominio exclusivo de los académicos. Los cuadros del Partido, o intelectuales orgánicos, como diría Gramsci, aunque nunca hayan podido ir a la universidad o no llenen los requisitos formales para estar en una academia, pueden producir teoría de la mayor originalidad y de nivel científico.

En este contexto, extraña que a menudo no se comprenda que los niveles de los simpatizantes, de los militantes y de los cuadros existen en los hechos. Y los hechos no se discuten; se interpretan. Porque basta aguzar la observación para encontrar los niveles o verlos en todos los procesos, sea de la naturaleza que fueren, en todo lo viviente.

Esto que parece tan obvio estuvo cargado de cierta nebulosa en la práctica del MLN (T) y aún hoy nos encontramos con remanentes de ello.

Acaso porque después que la Organización empieza a crecer los responsables van adquiriendo mayores poderes. Y sea porque no estaban formados para el nivel de responsabilidades que les tocaba ejercer; ora porque se invocaban criterios de la dirección, que a menudo no eran claros ni debidamente fundados; ya porque solía no distinguirse una orden (la que debe cumplirse sin discusión) de una orientación política, que podía y debía enriquecerse a propósito de su cumplimiento, o, finalmente, porque a veces los responsables identificaban sus criterios con los de la Organización o promovían a los que se identificaban con ellos, se desnaturalizó el cen-

tralismo democrático. Es que era mucho más centralismo que democracia. Naturalmente, que a veces tiene que ser así por imperio de los hechos. Pero sin que la dialéctica de estos términos opuestos respondiera a las alternativas de la acción, a la mayor o menor represión o a la exigencia de la vida interna de la organización, en tanto es ineludible que de un modo u otro, según el momento, haya una dosis adecuada de democracia, a fin de que no se produzca el divorcio entre las bases y la dirección. Demás está decir que cualquier organización revolucionaria, a la larga, degenera, se hipertrofia, si funciona desvinculada de las bases o si no tiene una adecuada interacción dialéctica con ellas.

En esta interacción necesaria entre las bases y la dirección toca un papel fundamental a los cuadros intermedios. Si estos no transmiten prolijamente a las bases las orientaciones que bajan de la dirección; si las deforman –simplemente por falta de nivel político o carencias formativas inherentes a esa función– la dirección está perdida, por más lista que sea. Sencillamente pierde el contralor y la comunicación con las bases. De ahí que no es cuestión de crecer sin estar en condiciones de formar, o más allá de tales posibilidades, como dijimos antes.

Lo mismo ocurre cuando por las razones ya expuestas, los cuadros intermedios no recogen pormenorizadamente las posiciones y críticas que las bases plantean. Y peor aún, cuando no se estimula o se frena esa crítica o se la ve con subjetivismo, a pretexto de las exigencias de las tareas prácticas impostergables. Entonces, el círculo vicioso en que cae la organización revolucionaria es crítico, vital para su salud moral y su destino político. Algo de esto ya se veía, después de 1968. Una vez que cae la dirección histórica, este asunto se torna grave, al punto de dilucidarse en el Simposio de marzo de 1972.

Por eso, la cuestión de los cuadros a todos sus niveles y la formación que merecen para ser tales, es capital. Como se puntualiza en el Documento IV, ello es distinto en relación con la guerrilla rural, que no tiene las mismas exigencias.

En suma: los cuadros son vitales para la organización revolucionaria, a poco que esta adquiera importancia en su desarrollo, como es el caso del MLN (T).

En el documento “Foco o Partido-Falso Dilema”, los cuadros ni se mencionan. Cuando se habla del Partido se alude al de masas, no al de cuadros precisamente. Se tiene en cuenta la experiencia de los partidos de masas, legales en Uruguay, ante los que con razón se toma distancia o se critican. Pero no se entra al fondo del asunto, que constituye la razón de ser del Partido clandestino, como órgano supremo en la formación especializada

de los cuadros y en la conducción de la Revolución.

Se hacen dos clasificaciones de las “organizaciones políticas y organizaciones político-militares”: “1) Organizaciones que están por la lucha armada y el trabajo de masas, y 2) Organizaciones que están por la mera acción política (llámese trabajo de masas), formación del partido o acumulación de fuerzas”.

Queda claro que en el análisis se dejó afuera lo central: el Partido de cuadros, el que debió crear el MLN (T) para dar el gran salto cualitativo necesario en el curso de su desarrollo.

El partido marxista-leninista de cuadros y de combate no tiene que ser numeroso. Tampoco de masas.

¿Esto quiere decir que el Partido esté compuesto por una elite? De ninguna manera. Sus miembros han de desplegarse en los distintos frentes de lucha. Deben tener por cobertura las masas. Vivir en su propio seno. Estar entrañablemente ligados a ellas y es de su ámbito de donde recogen las mejores enseñanzas.

Los cuadros van a las masas y no las masas al Partido, como parece desprenderse del Documento que nos ocupa. Cumplen, asimismo, funciones técnicas y de conducción en el MLN (T), como ya dijimos. El que debe quedar tal cual: policlasista, heterogéneo en el orden ideológico, o con miembros que provienen de distintas concepciones ideológicas: marxista-leninistas, cristianos, anarquistas, etc. Tienen como definición común la destrucción del Estado burgués, mediante la vía de la lucha armada, como expresión superior de la lucha de clases y forma que conduzca a la independencia nacional, a la democracia popular y revolucionaria y al Socialismo en el Uruguay y a la uruguaya.

Por lo que el Partido no sustituye al MLN (T). Lo complementa armónicamente, participando en su conducción. No como un acto de autoridad o jerarquía –a pesar de los resguardos formales reglamentarios que se instituyan– sino por consentimiento. Por imperio del prestigio que le den quienes lo integran, de lo que enseñen en el orden de la moral revolucionaria, en el técnico, en el teórico y en el político, a través de la práctica en su esfera de acción. Del legítimo respeto que le guarden los demás compañeros, a raíz del dominio que demuestren en punto a lo que tienen entre manos, de su formación multifacética, de su ejemplo de modestia y sacrificio, de su eficacia en todo lo que hagan.

No es que articulemos una imagen idealizada del cuadro. No. Nada es porque sí. Ni el cuadro se forma por arte de magia ni se improvisa. Es la resultancia de un proceso constante e infinito, que solo termina con su vida. Es el producto del quehacer revolucionario consecuente, entregado a la causa

de la clase obrera y del pueblo. De varios años de práctica en la lucha y de robarle muchas horas semanales al descanso, para dedicarlas al estudio de la teoría marxista-leninista. De disciplina férrea para organizarse en el trabajo, en la militancia y en el hogar, para rendir el máximo a la Revolución. De su vocación a toda prueba y de su voluntad inquebrantable para enfrentar con dignidad y valentía las exigencias de la dura lucha: la militancia cotidiana en todas sus formas, en la relación con la producción material, donde debe moverse entre la clase, como el pez en el agua; promover directamente e indirectamente la lucha de masas, demostrar arrojo y consecuencia en el combate con las armas en la mano, tener una conducta ejemplar en la cárcel y la tortura. Hasta la muerte misma, debe entrar constantemente en el cálculo de las consecuencias propias de su quehacer, del que provienen peligros tan habituales, como el pan de cada día.

El cuadro debe estar más en los distintos frentes de lucha de clases, en las organizaciones colaterales, que en el mismo ámbito orgánico del Partido. Naturalmente, que se reúne con sus iguales en la célula del Partido. Para informar de lo que está haciendo y someter todo ello al balance crítico y autocrítico. O para elaborar nuevas líneas de acción política en el área donde trabaja u opinar sobre las que provengan de otras esferas o cuya discusión promueva la dirección.

Pero el cuadro revolucionario del Partido del nuevo tipo que nos ocupa, debe estar siempre en movimiento. Incluso estar habituado a vivir en medio de las condiciones más precarias y penosas. Ha de ser, pues, lo menos parecido a un burócrata.

Por último, el Partido marxista-leninista de cuadros y de combate fue necesario para evitar la derrota del MLN (T) como lo es hoy día para que el proceso revolucionario en el Uruguay se desarrolle y madure.

Hoy más necesario que ayer, si es que no subestimamos al enemigo. Si tenemos en cuenta que el nivel de formación mínimo y la capacidad que tuvimos para realizar muchas cosas importantes en el pasado, hoy ya no son suficientes. Esta década en que vivimos, que ya es de auge de la Revolución Tecnológico-Científica, nos exige un nivel de formación y una aptitud operativa mucho mayor. Y no solo por esto, sino por lo que el propio enemigo ha aprendido con nosotros y de la experiencia contrainsurgente internacional, que le transmite la CIA.

Añadamos, todavía, la interrelación de las FFAA en el ámbito del Cono Sur y la experiencia viva que se intercambian: amén del tiempo que ha tenido el Estado terrorista uruguayo para procesar su experiencia represiva y la ajena, perfeccionarse al máximo y enseñar a los nuevos oficiales, mientras la mayoría de nosotros ha hecho poco por organizarse y formarse, a fin de

que cada uno se ponga a la altura de las exigencias de nuestros días, y de los que vendrán.

Que sobre la teoría de las revoluciones en general, a la que se ha dedicado el mayor espacio ("Foco o Partido-Falso Dilema") estamos contestes en su importancia y lo fecundo que resulta su estudio para nuestra formación. Ello es indudable.

Como lo es igualmente, que las enseñanzas que podamos recoger en esa esfera del conocimiento, no es suficiente para desarrollar con éxito el proceso revolucionario en nuestro país.

Con lo que, a pesar de la ayuda que tal estudio nos reporta queda en pie, lo principal. Estudiar a fondo y globalmente las particularidades del país en que tenemos que actuar y transformar. Más un agregado: que tal estudio, en gran parte, ha de realizarse en el curso mismo del proceso y a partir de la práctica política y militar en nuestra organización.

Sin esa teoría, a partir de lo particular, en cuyo escenario se mueve nuestro proceso de lucha, la revolución no es posible. Si examinamos con detenimiento las causas que produjeron la derrota del PRT en la Argentina, esto podemos verlo con lente de aumento.

Por último, tenemos en este punto otro principio metodológico que debe quedar claro. Es que lo externo, lo universal, influye pero no determina, salvo en el caso de una invasión a cargo de un país extranjero, que imponga sus designios por la fuerza⁷. Entonces, la influencia externa se da generalmente a través de las contradicciones internas del país o de la organización revolucionaria, en el caso que nos ocupa.

Se trata de la vigencia de otro principio de lógica dialéctica, ya desarrollado por Hegel, en la segunda parte de su *Ciencia de la Lógica*, esto es, en la teoría de la esencia y que los clásicos del marxismo-leninismo hicieron suyo, materializándolo. O sea que el desarrollo de toda cosa, en este caso de la organización revolucionaria, está determinado por sus contradicciones internas, las que le son inmanentes.

Georg Wilhelm Friedrich Hegel, de lenguaje tan embarazoso como profundo, al comparar principios esenciales de la dialéctica y de la lógica formal, escribe:

Todas las cosas están en contradicción en sí mismas, y esto justamente en el sentido de que esta proposición expresaría, frente a las otras, mucho más la verdad y la esencia de las cosas. La contradicción que se destaca en la oposición, es solo el desarrollo de la nada, contenido en la identidad, y que se presentó en la expresión que afirmaba que el principio de identidad no dice nada. Esta negación se determina ulteriormente convirtiéndose en

la diversidad y oposición, que ahora representa la contradicción puesta.

Pero es una de las ideas preconcebidas fundamentales de la lógica aceptada hasta ahora y de la representación habitual el creer que la contradicción no es una determinación tan esencial e inmanente como la identidad; más bien, cuando se tuviera que hablar de un orden jerárquico, y cuando ambas determinaciones tuvieran que ser mantenidas como separadas, entonces la contradicción tendría que ser considerada como lo más profundo y lo más esencial. En efecto, frente a ella, la identidad es solo la determinación de lo simple inmediato, del ser muerto; en cambio la contradicción es la raíz de todo movimiento y vitalidad, pues solo al contener una contradicción en sí, una cosa se mueve, tiene impulso y actividad. [El subrayado es nuestro].

Algo se mueve no solo porque se halla en este momento aquí y en otro momento allá, sino en uno y en el mismo momento se halla aquí y no aquí, porque en este aquí existe y no existe conjuntamente. Hay que conceder a los antiguos dialécticos las contradicciones que ellos señalan en el movimiento, pero de esto no se sigue que por eso el movimiento no exista, sino más bien que el movimiento es la contradicción misma en la existencia.⁸

De manera que para que una organización política de cualquier naturaleza exista, tiene que tener movimiento, energía. “El movimiento es el modo de existencia de la materia”, declaró Engels, siguiendo a Feuerbach y a los materialistas franceses premarxistas.

Para que haya movimiento tiene que haber contradicciones. Estas son algo así como el motor del movimiento de las cosas o su fuerza motriz, aunque su impulso es todo lo contrario del mecánico.

En el movimiento dialéctico, la causa es solo un momento o accidente del proceso. Es que el efecto mismo que produce se transforma en causa o cadena de causas y efectos; por lo que asistimos a la relación dialéctica de causa y efecto (todo efecto a su vez se transforma en causa) que es lo mismo que decir a propósito de la sociedad: que la infraestructura o base económica de la sociedad es causa de la superestructura política, ideológica, moral, religiosa y de las demás formas de conciencia social. Pero a su vez estas formas de conciencia social tienen un grado de autonomía relativa para generar nuevos hechos, nuevas formas de conciencia social, que devienen en causa de la que se derivan fenómenos nuevos a nivel de la superestructura política, por ejemplo, y frente a los cuales debemos estar atentos, tenerlos en cuenta y comprenderlos debidamente.

O en el caso del MLN (T), la contradicción que se dio entre la existencia de la Organización tal cual se desarrolló y su efecto ineludible: el gigantismo del aparato.

Las contradicciones en su desarrollo determinan el giro del movimiento, su dirección y su carácter. Para que esta dirección se desenvuelva conforme a los propósitos perseguidos, tenemos que remover, poner bajo control las contradicciones internas que se oponen a ello. En el caso del MLN y a partir de cierta fase de desenvolvimiento, se trataba de remover la contradicción que resultaba del peso predominante de una categoría social dada, para dar la participación que corresponde a la clase obrera en el proceso revolucionario. Y resolver mediante la formación teórica la contradicción relativa a la necesidad de asumir el marxismo-leninismo, por los cuadros a todos los niveles y la carencia que se tuvo de esa teoría. Sobre todo, a partir de un crecimiento que concluyó por ser desmesurado o sin límite y más aún, después que cayó la dirección histórica. Lo mismo podemos decir en punto a la contradicción inherente a la necesidad de haber constituido el partido marxista-leninista de cuadros y de combate y su carencia, debido a que no se jerarquizó esta contradicción y no se puso el empeño que se requería para resolverla. Igualmente, en cuanto a las contradicciones resultantes de la falta de una correcta línea de masas, de una aplicación adecuada del centralismo democrático, de una política de formación en lo político-teórico y en lo técnico, etcétera.

En suma: nos encontramos no con una contradicción sin resolver, encauzar o dominar. En los hechos estamos en presencia de un ramillete de contradicciones, algunas de las cuales ni siquiera teníamos conciencia de ellas, alienados como estábamos por una práctica cotidiana desbordante, impuesta por el aparato y sus accidentes y las órdenes de hacer cosas, que muchas veces no sabíamos su por qué y para qué y ni siquiera teníamos tiempo de reparar en ello. Lo que condujo a un empirismo deformante, alimentado por la urgencia impuesta por una sobre valoración de nuestras fuerzas y una subestimación del enemigo, propio de una concepción exitista, cortoplacista y superficial. Más aparente que real, como se viera luego.

Cuando estamos frente a estas debilidades o contradicciones internas no resueltas y tiene lugar una ofensiva contrarrevolucionaria del enemigo, el éxito de esta ofensiva no puede imputarse a su omnipotencia o a que las FFAA sean invencibles. Por el contrario, hay que ver que la eficacia del enemigo se expresa o actúa a través de nuestras propias debilidades o carencias. Por eso hemos dicho más arriba, que la derrota del MLN (T) se debe exclusivamente a sus contradicciones internas. Si a estas contradicciones no resueltas se les hubiera dado la atención debida y se hubiera puesto el empeño necesario para resolverlas, el giro o rumbo del movimiento de nuestra organización podía haber tomado un curso distinto del que conocemos hoy día. Precisamente, porque es operando sobre las contradicciones internas o

puntos débiles, que el enemigo pudo ganar una batalla –la del año 1972– de efectos tan profundos aunque no haya ganado la guerra.

Por otra parte, las contradicciones devienen en obstáculo, en una traba para que la organización cumpla sus fines revolucionarios, si no las resolvemos o no le damos la atención debida para superarlas, aunque con algunas de ellas tendremos que luchar hasta mucho después de la toma del poder. Por ejemplo, con la contradicción que resulta de nuestra falta de formación política y teórica y la necesidad de formarnos sistemática y disciplinadamente. Cuando logremos esta disciplina y hagamos del estudio una militancia más –habitual– y empecemos a recoger los frutos de esa férrea voluntad creadora y lleguemos a profundizar y madurar en la formación marxista-leninista, entonces daremos un salto cualitativo. El que se refleje en el perfeccionamiento y la eficacia de las tareas prácticas que se nos han confiado. Hemos avanzado, pues. Estamos en condiciones de hacer avanzar la conciencia política de los que trabajan con nosotros o reciben nuestra influencia. Si otros compañeros de la organización hacen lo mismo y si como es natural se trata de los que tienen responsabilidades de conducción central e intermedia, entonces ya no es determinado compañero o grupo el que se supera y avanza. Es toda la organización que da un salto cualitativo y se sitúa en el nivel superior de formación y de mayor eficacia para la acción. Es el intelectual colectivo el que progresa en el despliegue de sus potencialidades. Pero para que esto ocurra, hay que tener y llevar a la práctica una política de formación a todos los niveles.

Importa saber igualmente si ese nivel de formación es el que se precisa para cumplir con las exigencias que la lucha impone en una etapa determinada del proceso revolucionario o si todavía hay que avanzar más en la formación, para estar a punto.

Por supuesto, que la necesidad de la formación es infinita. No acabamos nunca de alcanzarla a plenitud. Los nuevos avances y desarrollos de la lucha y las nuevas contradicciones que ella genera, nos van a crear nuevas y más profundas necesidades en esta materia.

Igualmente significativo, en cada momento, es saber qué contradicciones o grupo de contradicciones nos están trabando el desenvolvimiento, para poner el mayor esfuerzo de la militancia en su solución o control.

Si las abordamos con este método, que es el método dialéctico, las contradicciones se vuelven fecundas para impulsar favorablemente el desarrollo de la organización.

Pongamos otro ejemplo. Supongamos que hemos hecho una buena campaña interna por elevar el nivel ideológico, político y teórico de los com-

pañeros y que con la organización y funcionamiento de escuelas de cuadros y la insistencia en el estudio personal de cada militante, el avance logrado ha sido notable y tiene efectos en todos los órdenes. Pero aún estamos detectando demasiado liberalismo en el movimiento de los militantes y en su estilo de trabajo y que esta contradicción nos presiona peligrosamente. Entonces procede que pongamos las mayores energías, ahora, para poner al tope la cuestión de la seguridad y la implantación de nuevos métodos organizativos y de trabajo, que nos permitan poner bajo control esa contradicción, o sea, aquella debilidad que nos amenaza. Todo ello sin detener el quehacer global de la organización en todos sus frentes o manifestaciones.

Igualmente puede ocurrir si nos proponemos llevar adelante niveles cualitativos más elevados en el quehacer militar y nos encontramos con una contradicción de orden técnico que nos obliga a realizar un gran esfuerzo para superarla. El uso de morteros, por ejemplo, y la contradicción que resulta de no contar con los materiales para construirlos, de la mano de obra especializada o de los combatientes con la capacidad técnica requerida para hacerlos accionar.

Lo mismo podíamos decir del trabajo político de masas, si evaluamos esa tarea y concluimos que se está realizando mal, que se cometen errores en esa esfera de acción y que ello constituye una contradicción que impide nuestro desarrollo normal. Si formamos cuadros para el trabajo de masas y tratamos de reclutar y contar con militantes que tengan experiencia en el trabajo de masas, entonces esa contradicción que nos ocupa comenzamos a superarla y el trabajo político tiene que darnos buenos frutos.

En otros términos: de lo que se trata, pues, es de transformar —en cada caso y paso a paso— lo negativo en positivo. De manera que las contradicciones son muy fecundas para el desarrollo a saltos de la organización revolucionaria, y muchas veces debemos estimularlas y agudizarlas, como condición para que puedan ser concientizadas y resueltas por la militancia; pero a condición de que podamos encauzarlas, valorarlas y dominarlas oportunamente. De lo contrario, pueden provocarnos retrocesos y hasta la misma desintegración.

Sobre el tema, queda aún un problema o contradicción nada chica para resolver y del que se han ocupado Hegel y Lenin. Escribe el primero de los filósofos nombrados:

Por tanto, la representación tiene, sin duda, por doquier la contradicción como su contenido, pero no alcanza a tener conciencia de ella; queda como reflexión extrínseca, que traspasa de la igualdad a la desigualdad, de la relación negativa al ser reflejado de los diferentes en sí. Tiene estas dos de-

terminaciones opuestas entre ellas de modo extrínseco, y tiene a la vista solo aquellas, pero no su traspasar, que es esencial y contiene la contradicción.

Una reflexión aguda (para mencionarla aquí) consiste al contrario en comprender y enunciar la contradicción. Aunque no exprese el concepto de las cosas y de sus relaciones, y tenga como su material y contenido solo determinaciones representativas, sin embargo las pone en una relación que contiene su contradicción y deja vislumbrar, a través de esta, el concepto. Pero, la razón que piensa agudiza, por así decir, la diferencia obtusa de lo diferente, la pura multiplicidad de la representación, para convertirla en la diferencia esencial, es decir en la oposición. Solo después de haber sido llevados al extremo de la contradicción, los múltiples se vuelven activos y vivientes uno frente al otro, y consiguen en la contradicción la negatividad, que es pulsación inmanente del automovimiento y de la vitalidad. (El subrayado es nuestro. Ver obra citada, pág. 388.)

En *Cuadernos filosóficos*, su obra mayor, Lenin va más allá en la profundización del asunto, cuando manifiesta: *“El fondo del problema reside en el hecho de que el pensamiento debe aprehender toda la ‘representación’ en su movimiento, pero para eso el pensamiento tiene que ser dialéctico”*. (El subrayado es nuestro. Ver obra citada, tomo 38, pág. 220.)

Y para que el pensamiento sea dialéctico o se transforme en razón dialéctica, debe dialectizarse la conciencia. ¿Cómo? Mediante un consecuente y programado estudio de la Filosofía Marxista-Leninista y su profundización, hasta que al cuadro le sea dado familiarizarse con el método dialéctico y de suyo incorporarlo a la conciencia, de tal manera que pueda aplicarlo con solvencia a la aprehensión de los hechos en su esencia y alcanzar su correcta interpretación.

Pero esto que es fundamental, difícilmente pueda lograrse si no es en el partido de cuadros del que ya hemos hablado.

Por eso debemos concluir que el partido revolucionario de cuadros es inseparable de la teoría marxista-leninista y ésta no puede aplicarse cabalmente sin la construcción de aquel.

A pesar de lo que proclamó el Documento II y que figura en el acápite de este capítulo, en la práctica no hubo consecuencia al respecto y todo quedó en el papel. No se comprendió que el partido se crea en la marcha. Y tan pronto como haya cinco o diez militantes con potencialidades suficientes para ir formando las escuelas respectivas, a las que se les irán agregando poco a poco las que se vayan formando con los que en la práctica revolucionaria tengan el mérito de objetivar las condiciones que le permiten dar ese salto cualitativo. La práctica revolucionaria que acredite tal carácter puede ser

política o militar. Razón por la cual puede haber militantes con experiencia en la lucha de masas, que se hallen en condiciones de ingresar al partido, sin que antes hayan militado en el MLN (T).

De todo lo expuesto se sigue que, nos guste o no, estemos o no preparados para ello, no nos queda otro recurso que volver la mirada hacia nosotros mismos. Mirar para adentro de la organización que hemos construido con tanto sacrificio y amor, por la que hemos luchado hasta sus últimas consecuencias y que tanto idealizamos, al punto que llegamos a amarla más que a nuestra propia vida. Porque la concebimos como el medio más idóneo para alcanzar la liberación de nuestro pueblo.

IV. LA DESVIACIÓN MILITARISTA

La socialdemocracia no ha considerado nunca la guerra, ni la considerará tampoco ahora, desde un punto de vista sentimental. La socialdemocracia, que condena irrevocablemente las guerras como medio bestial para resolver los conflictos de la humanidad, es consciente de que las guerras serán inevitables mientras la sociedad se halle dividida en clases, mientras exista la explotación del hombre por el hombre. Para acabar con esa explotación evitar la guerra, que desencadenan, siempre y por doquier las propias clases explotadoras, dominantes y opresoras. Hay guerras y guerras. Hay las guerras como aventuras que sirven a los intereses de una dinastía, a los apetitos de una banda de salteadores, a los objetivos de los héroes de la ganancia capitalista. Hay también la guerra –que es la única guerra legítima– contra los opresores y esclavizadores del pueblo. Solo los utópicos o los filisteos pueden condenar por principios semejante guerra. Solo los traidores burgueses a la libertad pueden, hoy en Rusia, repudiar esta guerra, la guerra por la libertad del pueblo. (V. I. Lenin, Obras militares escogidas, La Habana, Instituto del Libro, 1970, págs. 88 y 89.)

Volvamos al Documento I del MLN (T). Allí se manifiesta:

- 1. En nuestro país hay condiciones objetivas para la acción revolucionaria.*
- 2. En nuestro país no hay condiciones subjetivas (conciencia, organización, dirección).*
- 3. Las condiciones subjetivas se crean luchando.*
- 4. Descartamos la posibilidad del tránsito pacífico hacia el poder, en nuestro país (Pensamos que en términos de años y no de siglos).*
- 5. La única vía para la liberación nacional y la revolución socialista será*

la lucha armada. No hay casi posibilidades de radicalización de la lucha de clases que no desemboque en la violencia. Las verdaderas soluciones para nuestro país implican un enfrentamiento directo y violento con la oligarquía y sus órganos de represión. La lucha armada no solo es posible en el Uruguay sino imprescindible: única forma de hacer la revolución.

6. La lucha armada será la principal forma de lucha de nuestro pueblo y a ella deberán supeditarse las demás.

7. La lucha armada no será solamente instrumento para el asalto al poder burgués, sino que, como en el resto de América Latina, será el mejor instrumento para la movilización de las masas, el mejor instrumento para crear condiciones revolucionarias.

[...]

12. En el Uruguay lo decisivo para el futuro es la apertura de focos militares y no políticos. Se va de un foco militar al movimiento político.

13. Entendemos que es necesario para las organizaciones revolucionarias rebasar el marco de los manifiestos, de las declaraciones, de los enunciados teóricos referentes a la revolución, etc., comprendiendo que son fundamentales las acciones revolucionarias, las que precipitan las condiciones revolucionarias.

14. La tarea fundamental de hoy es la construcción de un aparato armado.

15. El pueblo realmente desconforme con las injusticias del régimen y que desea un cambio optará mucho más fácilmente por el camino directo que encarna la organización armada y por su acción revolucionaria, que por el improbable y remoto camino que se le ofrece por medio de proclamas, manifiestos o acción parlamentaria.

16. Es necesario fortificar los sindicatos, radicalizar sus luchas y conectarlas con el movimiento revolucionario.

17. La lucha armada será, en el Uruguay, predominantemente urbana. La lucha en el medio rural cumplirá tareas auxiliares. Por lo tanto, es necesario crear bases para desarrollar la guerra en los dos terrenos.

18. Podríamos definir la línea militar de nuestra lucha como una estrategia de guerra prolongada de lucha predominantemente urbana, en la que la guerrilla rural jugará un papel auxiliar. Guerra prolongada será, porque no existen condiciones, hoy, para la insurrección victoriosa, porque el Estado no ha sido deteriorado por ninguna derrota militar y, porque el movimiento de masas no está preparado militarmente para el asalto al poder. Debemos, pues, empezar una lucha que será prolongada, y no esperar prolongadamente una guerra que será corta.

[...]

20. *Fases de la lucha: (llegamos al esquema solo por razones de claridad en la exposición, estas fases deben ser encaradas solo como signos generales del desarrollo, con criterio dialéctico, dinámico).*

a) *La tarea principal es desarrollar el aparato armado, crear la infraestructura de apoyo, capacitar y probar su organización de combate, desarrollar los servicios fundamentales. Implica acciones de pertrechamiento, ejercitación, propaganda (destinada al apoyo de la población, fundamentalmente, acompañamiento, apoyo y radicalización de la lucha de clases con los mismos objetivos, y para la creación de condiciones subjetivas). Al procesar hechos que violentan la legalidad burguesa se genera conciencia, se organiza el aparato, se consolidan y desarrollan las condiciones que posibilitan la creación del movimiento político que debe rodear al aparato armado y que es su brazo semilegal.*

b) *La realización de la base anterior significa que la represión se generalice y el aparato pase al enfrentamiento directo de los organismos de la represión de la oligarquía, profundizando sus consignas y en defensa de los intereses del pueblo, y, con su apoyo, el aparato armado actuará en defensiva estratégica, pero en constante ofensiva táctica. Hará una guerra de desgaste.*

c) *La tercera etapa significa la inversión en la relación de fuerzas y el pasaje de la ofensiva estratégica al asalto definitivo al poder.*

Repetimos que no creemos que las luchas se van a dar exactamente dentro de esos carriles, que establecemos solo por razones de claridad de exposición. (Ver: Documento I.)

Estamos de acuerdo con los cuatro primeros puntos. Aún hoy tienen vigencia. En cuanto a lo demás, debemos precisar:

1. Es cierto que “la única vía para la liberación nacional y la revolución socialista será la lucha armada”. Pero esto no quiere decir que la forma principal de la lucha revolucionaria, en todo momento, sea la armada. Hay que diferenciar la vía de acceso al poder –lo que se dará a partir de etapas decisivas– con las formas de lucha inherentes a un proceso revolucionario. En determinadas circunstancias de ese proceso revolucionario, la forma principal de lucha puede ser la de masas, por ejemplo. Es el caso, cuando esta forma de lucha de masas está en ascenso o ha entrado en una etapa de auge. Lo que hace que el papel dirigente del proceso político general del país esté a cargo de los movimientos huelguísticos, como ocurrió en el Uruguay de 1968 o de mediados de 1973. También la forma principal puede ser de carácter simplemente político, de organización y trabajo político selectivo primero y de inserción en las masas después, para comenzar a instrumentar

la aplicación de una línea de masas, la que puede estar o no estimulada por acciones de propaganda armada o de otra naturaleza, o por otras formas de lucha, según resulte del estado de ánimo del pueblo en general y del análisis concreto de la situación concreta. En otros términos: no puede confundirse la táctica con la estrategia, aunque aquella no puede divorciarse de ésta y tienen que armonizarse y funcionar en interacción recíproca, ya que la táctica y los resultados de su aplicación sirven para enriquecer y modificar la estrategia y esta actúa como la mejor guía de la táctica.

La táctica no puede desprenderse, pues, de la estrategia, por más sujeta que esté a la situación concreta y al momento político operativo. Porque la propia estrategia –si es correcta– ha de tener como fundamento las resultancias del análisis global de la situación económica, social, política, militar, etc., del Uruguay en sus grandes tendencias o leyes; debe apoyarse en el programa político revolucionario de gobierno estructurado y en la teoría marxista-leninista como un todo, sin descartar las experiencias que arroja su aplicación en el campo de los procesos revolucionarios del Cono Sur, del resto de Latinoamérica y del mundo.

Por eso, el gran principio estratégico de que la vía de la toma del poder pasa por la lucha armada, no puede absolutizarse como lo hizo el MLN (T). No puede ser un dogma. Ni cerrar los caminos que conducen a todas las formas de lucha: las clandestinas y las abiertas, o las legales e ilegales o semilegales, las violentas o pacíficas o semi-pacíficas, las armadas y las no armadas, las de masas y las de comandos, etc.

Tampoco podemos oponer las acciones armadas a las de masas. Es que las propias acciones de masas o de las organizaciones de masas pueden ser armadas o contener en germen la lucha armada. Por ejemplo: la auto-defensa puede ser necesaria en cualquier momento, en el propio ámbito sindical, amenazado por el terrorismo político de grupos paramilitares, que ya se han detectado hoy día, al nivel propio en que se mueve la lucha de clases en el Uruguay.

Y las acciones a cargo de las milicias son también de masas. Acaso las más posibles y gravitantes en el futuro, desde que no requieren de la existencia de ningún aparato visible o localizable y solo exigen para su vigencia y desarrollo, directivas muy generales de orden político y técnico. Que el pueblo mismo recrea y enriquece en medio de la mayor descentralización y autonomía táctica, como ocurre en El Salvador, donde por la radio o el volante se informa de cómo y con qué se pueden hacer armas caseras eficaces para golpear al enemigo.

Por supuesto, que esto no significa dar directivas para lo que debe hacerse en este momento en el Uruguay. De lo que se trata es de ilustrar el análisis

crítico, ya que sobre el quehacer mismo en el país y en un momento dado, no es cosa que deba establecerse desde Europa y menos sin la participación de quienes están llamados a ejecutar la línea política que corresponda en el trabajo de masas o en el militar.

Sin embargo, hoy día pueden resultar fecundas algunas viejas indicaciones de Lenin, que parece coincidir con ciertas experiencias actuales de la guerra popular revolucionaria en Latinoamérica y la necesidad de jerarquizar el quehacer militar de masas, como condición para sortear los obstáculos que presentan la vigencia y el desarrollo de los aparatos armados. Dice Lenin:

*Los propagandistas deben dar a cada uno de los destacamentos breves y sencillas fórmulas para la fabricación de bombas, deben explicarles de la manera más elemental todos los tipos de trabajos a realizar y después que ellos mismos desplieguen toda su actividad. Los destacamentos deben inmediatamente comenzar la instrucción militar a base de operaciones inmediatas, sin más tardanza. Unos destacamentos, desde ahora mismo, darán muerte a un confidente de la policía, provocarán la voladura de una comisaría, otros emprenderán el asalto de un banco para la confiscación de medios con destino a la insurrección, otros realizarán maniobras o levantamiento de planos, etc. Pero obligatoriamente, hay que comenzar en seguida a aprender en la práctica: no temáis estos ataques de prueba. Pueden, naturalmente, degenerar en extremismos, pero esta es una desgracia del día de mañana: hoy la desgracia está en nuestra rutina, en nuestro doctrinarismo, en la inmovilidad propia del intelectualismo, en el temor senil a toda iniciativa. Que cada destacamento realice su aprendizaje aunque no sea más que zurrando a los guardias municipales: decenas de bajas nuestras serán recompensadas con creces, porque darán centenares de combatientes expertos, que mañana conducirán tras de sí a cientos de miles.*⁹

Sin perjuicio de lo expuesto, debemos tener en cuenta que ahora mismo el PIT se propone ampliar su plataforma de lucha gremial y aliarse con otros movimientos sociales, como el de los jubilados, pequeños productores, cooperativistas, madres de presos y desaparecidos, estudiantes, etc. Es posible que esta sea la forma de lucha más viable, en este momento, en que los sindicatos están tan débiles y necesitan el respaldo de otras fuerzas sociales, que les den el oxígeno necesario para superar las dificultades organizativas y la opresión política y económica que padecen los trabajadores.

De pronto esta es la única línea de masas posible, por ahora.

Si está claro que no debemos confundir las formas de lucha con la vía de acceso al poder, resulta evidente que todas las formas de lucha posibles

son válidas. Cualquiera de ellas será la principal en un momento dado y cuáles serán las secundarias, no es una cuestión que pueda decidirse a priori. Dependerá del giro que tome la lucha de clases. De la particularidad de las contradicciones que genere y de cómo ellas se sustenten. En fin, de su carácter.

Las manifestaciones de la vida y la lucha sociales son muy ricas y diversas. No pueden simplificarse o esquematizarse demasiado. Desde luego, que hay que sintetizarlas para llegar a lo concreto, pero como resultado del análisis de lo que nos es dado. De ahí que contrariamente a lo que se dice en el punto 5, hay períodos en que la radicalización de la lucha de clases no desemboca en la violencia. Tenemos como ejemplo lo que viene ocurriendo desde principios de 1982 en la Argentina. Allí se ha producido una radicalización de la lucha de masas. Sin embargo, la violencia ha sido mínima o no ha existido, a pesar de que esa lucha vigorosa y creciente ha debido moverse frente a un feroz aparato represivo. Por supuesto, que en ese país, como en el nuestro, están faltando las vanguardias revolucionarias organizadas; que influyan realmente en la conducción de ese proceso de radicalización de la lucha de clases.

2. Por otra parte, el determinar si las masas reclaman o no la violencia y si están dispuestas o no a desatarla, a participar en ella, es de importancia capital. Precisamente, porque el accionar militar debe estar subordinado y condicionado por esa determinación. Por el hecho de que es el estado de ánimo de las masas el que hace posible o no el ejercicio de la lucha armada. Dicho de otro modo: es la temperatura ideológica de las masas, la que debe dar la pauta en punto al grado en que debe desarrollarse la lucha armada, el tipo de acciones a realizar en cada momento, su localización y nivel operativo.

Pero esta determinación esencial –que debe ser tan precisa como insoslayable– no puede ser de orden metafísico. Requiere, por tanto, que la organización político-militar, o sea, el Partido, esté inserto en las masas.

De lo que se deduce, que las formas cualitativas de lucha no pueden responder solo a las formas cualitativas de conciencia social, como ya se dijo en otro capítulo. Dependen igualmente del estado de ánimo de las masas y del cuadro general de la lucha de clases en un momento dado y, asimismo, de la inserción en ellas y en su conducción, de los cuadros del Partido, de los que ya hemos hablado. Por lo que el grado y la cualidad del quehacer militar dependerán, en última instancia, del grado de inserción del Partido en las masas. A mayor inserción y conducción, mayores posibilidades de elevar el nivel militar.

Pero esta inserción no es cosa tan simple. No significa estar en el seno del pueblo, sin más. Importa que los cuadros del Partido estén en todos los frentes de lucha y participen de su conducción en la práctica, que puede ser por arriba o por abajo, ligados realmente a las masas.

No basta, pues, decir –como se dice tantas veces en los documentos del MLN (T)– que la lucha armada crea conciencia. Eso no es más que abonar el terreno. Falta todavía sembrar con la organización; organizar para recoger los frutos. Es decir, “jugar la carta de las masas”, obliga a pasar del dicho al hecho. Ese 20 por ciento de apoyo mínimo popular de que se ha hablado importa y no es desdeñable; pero en tanto que masas organizadas en distintos frentes de lucha y no simplemente registrado en los muestreos de opinión pública.

Sin embargo, esto tampoco debe entenderse como que los cuadros del Partido van a encontrar las formas mágicas para que las masas se organicen en medio de la represión. No. Debe quedar claro que son las propias masas las que siempre encuentran o las únicas que pueden encontrar, con dificultades o no, con limitaciones, las formas clandestinas de lucha que les permitan cumplir con sus objetivos históricos. Es mediante la dialéctica del desarrollo de las formas de conciencia social, de las que las masas son protagonistas, que surgen las formas de organización y de lucha, necesarias y posibles en un momento dado.

De lo que se trata, pues, es de que los cuadros que recogen y expresan la síntesis de esas formas de conciencia social –a través de esa otra forma de conciencia social superior o intelectual colectivo que constituye el Partido– estén realmente ligados a las masas para poder influir en su conducción, si es que manejan con solvencia este arte que les es propio; si tienen la práctica social necesaria y si para ello han sido formados en la teoría marxista-leninista.

Y en esto de insertarse en las masas y organizarlas para procesar todas las formas de lucha, es en lo que fue débil, limitado, insuficiente, el MLN (T). ¿Por qué? Porque puso el esfuerzo principal en “desarrollar el aparato armado” y su “infraestructura”, como dice el apartado 20, inciso a), ya transcrito más arriba, o lo remarcan otros documentos y la propia práctica del MLN (T). Con lo que el “aparato armado” estuvo desfasado de las masas. Y lo que es peor y natural: se encerró en sí mismo. Se enredó en la lucha de un aparato contra otro aparato o en las implicaciones de esta concepción. Esto es, se hipotecó su destino político y su propia suerte en la práctica alienante de montar una infraestructura para el funcionamiento y el accionar armado, que así como se construía, era destruida por el enemigo.

A tenor de lo expuesto, no es de extrañar que en el punto 12 se afirme

que “lo decisivo para el futuro es la apertura de focos militares y no políticos”. Tampoco que se desdeñen “los manifiestos” y “los enunciados teóricos referentes a la revolución”, no ya practicando sino postulando el empirismo; lo que es más grave todavía.

3. Más. Cuando el enemigo maduró y se perfeccionó, lanzó su conocida ofensiva del segundo trimestre de 1972 y concluyó por aniquilar la organización. Porque las masas se movían por un lado y el MLN (T) por otro. Esto es porque se carecía de la inserción suficiente en las masas, para que le dieran cobertura y apoyo combativo; porque quedó aislado y así resultó fácil presa de la ferocidad de las fuerzas represivas. Los “berretines” y la famosa infraestructura, construida, tras el gigantismo del aparato, se volvió absolutamente vulnerable. Esta gran experiencia no puede caer en saco roto.

Los compañeros montoneros, a pesar de estar tan cerca de nosotros por más de un concepto, volvieron a repetirla unos años después y los resultados fueron los mismos que en el MLN (T). O sea, el aparato y los berretines fueron hecho trizas por la represión.

Como quiera que sea, el Documento II estampó un fragmento, cual rayo de luz en este panorama, cuando expresó: “A medida que crecemos, crece también el abanico de posibilidades de actuar en distintos frentes y de muy distintas formas, no solo a través de la acción directa. Esta deberá ser gradual y simultánea con otras formas de acción a veces más sutiles, pero casi siempre tan importantes e imprescindibles: el crecimiento, la propaganda en sus diversas formas, los sindicatos, el fortalecimiento interno, los servicios, la elaboración técnica, la infraestructura de apoyo, la influencia”.

Esto, que podría haber significado una rectificación positiva en relación a lo que ya vimos del Documento I, tuvo poca incidencia en la práctica. Quedó reducido a esfuerzos locales o de algún compañero –como la incidencia en algún sindicato o la experiencia a determinado nivel social, en la Teja*– sin alcanzar a constituirse en una línea efectiva de acción, que compensara o atenuara la omnipotencia del aparato armado y su desarrollo unilateral; lo que condujo a poner el esfuerzo y los recursos casi totales en ese sentido. De modo que el eje de la organización giró en torno a la lucha armada y sus requerimientos logísticos, con desmedro de la lucha de masas y otras implicaciones políticas.

El mismo Documento II expresó, en cambio, con más objetividad el curso de las cosas en el seno del MLN (T), cuando ya en enero de 1968 llamó la atención sobre “deformaciones de la acción” –que en el correr del tiempo en vez de corregirse se agravaron– al puntualizar:

Cuando se analiza el accionar de la organización creemos ver algunas deformaciones.

Estas deformaciones, fundamentalmente dos, aparecen a cada momento, salpican la vista del movimiento, lo jalonan. No estamos libres de caer en ellas dado el tipo de nuestra militancia y de ahí la importancia que tiene hacer conciencia de ellas y del riesgo que implican para el movimiento. Riesgo “que puede ser fatal”.

Que quede constancia, además, que esas deformaciones aparecen tanto en la base como en los organismos de Dirección.

A) Una la definiríamos como militarismo. Consiste en poner algunas cuestiones técnico-militares por encima de todo en forma desmesurada, olvidan por completo el sentido especialmente político de nuestra lucha y de nuestra organización. Un afán de preservación desmesurada del aparato, como si fuera un fin en sí. Un cariño casi enfermizo por los bienes materiales logrados en forma que nos coloca al servicio de ellos y no a la inversa. Ello lleva a olvidar que a veces es necesario arriesgar, que a veces por preservar podemos perderlo todo, que en determinados momentos políticos aún a riesgo de perder lo logrado, se garantiza la multiplicación de logros para el futuro.

B) la otra, más importante que la anterior por haber cundido entre filas, la definiríamos como “izquierdismo”. Consiste en creer que todo radica en “espectaculares acciones gloriosas; en reaccionar con tremendismo, la impaciencia, el idealismo de plantearse acciones de cualquier tipo y en cualquier momento, perdiendo de vista a veces la realidad interna y otras la realidad externa. Es la pose guerrillera que desvaloriza vanidosamente todo lo demás, todo lo que sea no dar tiros o realizar grandes acciones”.

Es la tendencia a creer que constituimos el monopolio del coraje. Esta deformación pierde la perspectiva de nuestra larga y dura lucha, que estará llena de fracasos y derrotas, creando por eso condiciones para que cunda la desmoralización, la desilusión. Vestida de un ropaje de firmeza y de dureza, es la mayor vacilación y blandura que puede traernos. Es necesario hacer carne en todos nosotros de que nos espera una dura y larga lucha, que en ella tendremos que batirnos en retirada quizás muchas veces, que no puede haber por el momento salida cortoplacista.

Todo lo que antecede parece haberse echado al olvido a poco andar, cuando un año después en el Documento IV, se recae en lo mismo de lo mismo y se reafirma una práctica constante al señalarse: “1. Por las condiciones del país, por la situación del Continente, por la expectativa creada a nuestro alrededor, debemos pasar a una etapa superior de lucha, que en nuestro caso

es la instauración del foco armado operante, al menor plazo posible”.

En suma: de lo que se trataba y de lo que se fue consecuente en la práctica era de crear “el foco armado operante, en el menor plazo posible”.

La cuestión estratégica y también toda la línea política era esa. Limitada, unilateral. Foquista. Desatendiendo todo lo demás. Tratábase de poner el acento y crear el aparato armado, sin correspondencia con la aplicación de una correcta línea de masas, que por lo demás no existía como tal.

En la concepción teórica y práctica del MLN (T), la revolución social que con acierto se postulaba pasaba por el “aparato armado operante” y no por las masas o la guerra popular.

Este fue el gran error estratégico del MLN (T), que no podía menos que conducir a la derrota.

Se confundió la vía armada necesaria para alcanzar la toma del poder con el “aparato armado operante”, que es otra cosa distinta y que no es sino una de sus tantas manifestaciones o formas de lucha armada. Que puede tener lugar en un momento dado, pero que tiene que compatibilizarse con todas las formas de lucha de clase y corresponderse con la dialéctica de la guerra. Con los cambios y nuevos niveles por los que debe pasar la propia lucha armada, en el desarrollo del proceso revolucionario. Ejemplo: por la guerra de guerrillas, de bajo y mayor nivel operativo—incluyendo las milicias populares—, por la guerra de movimientos, como un nivel mayor de lucha armada. De la guerra de movimientos, por imperio de la dialéctica de la lucha armada, puede pasarse a la guerra popular, como un nivel aún mayor de lucha y también de masificación de la lucha armada. Este ascenso de la lucha armada puede conducir de la guerra popular a las insurrecciones locales y de estas a las insurrecciones generalizadas, como formas superiores de lucha armada de masas y como medio para que la cuestión del poder quede dilucidada a favor de la revolución, sin perjuicio de que pueden darse otras tantas formas originales de lucha armada o el desenlace final no darse a través del esquema clásico de la insurrección.

Eso sí, en el fondo de todas las formas de lucha y de toda estrategia de guerra revolucionaria, hay algo esencial, insoslayable y decisivo: las masas y la práctica que resultan de la acción militar. Sin esto, no hay estrategia o teoría de la guerra popular, y por ende, la cuestión del poder no deja de ser una ilusión.

El propio “aparato militar”, tal cual lo concibió y lo puso en práctica el MLN (T), con la mística que lo envolvió, se vuelve una contradicción insoluble. Es como la “máquina que mata a su inventor”. Es un cuello de botella de tal índole que, llegado a determinado nivel de desarrollo y crecimiento, desemboca en un callejón sin salida. No solo por el gigantismo del aparato,

sin el cual no subsiste y que todo lo pone en crisis, como ya vimos, sino porque llega a un punto de empantanamiento, de estancamiento, que los efectos de la propia acción armada se relativizan y no generan conciencia política como al principio. Por el contrario, provocan rechazo en el pueblo, si no se pasa a mayores niveles cualitativos de lucha armada. Y no se puede pasar a mayores niveles de lucha armada, porque no se resolvió concomitantemente la cuestión de la inserción adecuada en las masas y se carece de las formas organizativas y de los cuadros formados para construir las, porque finalmente las masas no han participado en la lucha armada y no están en condiciones de producir los saltos cualitativos, que modifiquen la correlación de fuerzas y permitan salir del estancamiento, que pronto deviene en retroceso. Con lo que el círculo vicioso ya no tiene arreglo.

En los fundamentos del plan de lucha, de marzo de 1972, la nueva dirección que se constituyó después del simposio de ese mes ya tenía claro, en parte, lo que venimos exponiendo. Claro que a esa altura ya era tarde para producir cambios tan profundos como los que eran necesarios.

En ese documento, titulado “Los tupamaros hacia una alternativa de poder”, se decía:

1. Nuestra acción militar hasta hace poco altamente dinamizadora va cayendo en forma cada día más notoria en la impotencia respecto a la creación de situaciones nuevas, a la dinamización del proceso y su definición. Acciones hasta hace poco altamente eficaces pasan hoy desapercibidas. La causa principal de ese fenómeno no está constituida por el silencio impuesto en torno a nosotros.

2. La causa principal y de consecuencias más graves para el futuro consiste en que el régimen, el pueblo, la oligarquía, la sociedad toda, se está “acostumbrando” a nuestra presencia.

3. Una forma gráfica de explicar este “acostumbramiento” puede ser esta: la organización y su acción han operado como una vacuna que por imperio de las circunstancias propias del país se ha ido introduciendo de a poco en el cuerpo social. Al principio ocasionó convulsiones, pero luego el cuerpo fue generando defensas, que le permiten por ahora coexistir sin riesgos fatales, pero que pueden terminar inmunizándolo en forma definitiva.

[...]

7. La principal forma de acción militar realizada hasta ahora fue correcta, pero debemos cuidarnos de permanecer atados al pasado transformando en esquema paralizante lo que ayer fue virtud dinamizadora. Podemos correr el riesgo –producto del pasado– de habernos adaptado tanto a ciertas circunstancias, que hoy somos incapaces de adaptarnos a circunstancias diferentes.

8. Si no le damos a nuestro accionar militar de nuevo virtud polarizadora definitoria, dinamizadora, si no creamos hechos nuevos, estaremos esterilizándonos, permitiendo que sigan abriendo al pueblo salidas engañosas. No podemos a esta altura arriesgar nuestra posición de vanguardia, dejarla vacante, ni dejar de ser uno de los polos claros en que se divide el país. La gente tiene que tener claro –no podemos dejarle dudas– que lo que nos planteamos es la revolución. En ese sentido no puede seguir sucediendo que cada una de nuestras acciones dé origen a toda una plañidera y mentirosa argumentación en contra; desde cuando detenemos a un periodista, hasta cuando ajusticiamos a un verdugo o herimos a un policía. Esto hasta ayer era inevitable, pero ahora podemos estar siendo nosotros mismos quienes nos enredemos en esa situación. Debemos buscar que lo que se discuta, sean nuestras victorias y nuestras derrotas.

9. No podemos seguir manteniendo a través de las acciones un diálogo con el régimen: a cada gesto una acción, a cada tortura un ajusticiamiento, a cada editorial mentiroso, un chanchito*..., porque en ese terreno solo perdemos. Fue útil ayer como modo principal, pero hoy ya no lo es y lo peor es que en ese diálogo estamos creando un “léxico” ininteligible, imposible de seguir para la mayor parte del pueblo. Cumplió su función. Cerró un ciclo, preparó las condiciones para “otra cosa”. Es hora de esta “otra cosa”.

[...] De lo que se trata lisa y llanamente, es de pasar al hostigamiento directo y sistemático de las fuerzas represivas, como principal modo de acción, militar y política. Venimos a proponer entonces, sacar esta cuestión del plano de la perspectiva teórica para colocarla en el plano de las tareas inmediatas.

En suma: definiríamos la línea inmediata así: debemos pasar a través de un plan concreto al hostigamiento directo y sistemático de las fuerzas represivas como modo principal de acción.

Era evidente que ya era la hora de otra cosa, después del alarde que se había hecho a través del “aparato armado”, como el desideratum.

¿Cómo salir, pues, de la trampa en que el mismo MLN (T) se había metido? Ciertamente, ya no había salida. La ofensiva del enemigo no se hizo esperar y cayó en plena crisis interna. Lo ocurrido después, o sea, la derrota, era inevitable. Podían haberse atenuado sus efectos, desmontando rápidamente el aparato y sacando a los clandestinos para el exterior. Esto era perfectamente posible. No se hizo a causa de la mentalidad exitista reinante, de la “indestructibilidad del aparato”, que se había hecho carne en los militantes del MLN (T) y que no permitió un repliegue ordenado ni una preservación de sus mejores dirigentes, habida cuenta de los ingre-

dientes de clase e ideológicos que gravitaban en todo ello y a los que nos referimos más arriba. Estos mismos ingredientes de clase determinaron la peor táctica militar, ante la ofensiva del enemigo, que se desencadena a partir de abril de 1972.

Salvo excepciones individuales muy valiosas y heroicas, la dirección no pudo organizar un contraataque. Los planes que en ese sentido se articularon –por aquello de que no hay mejor defensa que un ataque– no pudieron ponerse en práctica.

Es así que solo desde abril a setiembre de 1972 cayeron 1276 compañeros (de los cuales 35 muertos). En gran parte, obligados a rendirse al ser cercados en sus locales o refugios, por efectivos muy superiores en hombres y armamentos. Es decir, permaneciendo en posiciones fijas y pasivamente.

El enemigo ocupó 501 armas, que no se usaron y 58.175 proyectiles. En definitiva, extraña que ese plan de marzo de 1972 demuestre que la dirección estaba tan lejos de la situación real de la organización, de sus profundas contradicciones internas no resueltas. Igualmente, que se subestimara de manera tan patente al enemigo, especialmente cuando se define la “línea inmediata” así: “Debemos pasar a través de un plan concreto al hostigamiento directo y sistemático de las fuerzas represivas como modo principal de acción”.

Finalmente, recordemos que el Jefe del Departamento América del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, en un interesante trabajo¹⁰, atribuye al compañero Fidel Castro el haber formulado tres ingredientes decisivos para alcanzar el triunfo de la Revolución: “LA UNIDAD, LAS MASAS Y LAS ARMAS”.

Es evidente que en el Uruguay de la guerrilla de los tupamaros, faltaron por lo menos dos de esos ingredientes fundamentales: LAS MASAS Y LA UNIDAD.

Sobre lo primero ya hablamos. En cuanto a lo segundo, está claro que no hubo unidad de acción y de táctica en la izquierda en su conjunto. Por el contrario, las diferencias fueron ostensibles y nuestra propia mentalidad triunfalista y el sectarismo que reinaba en la izquierda nacional, hacía que las condiciones no estuvieran maduras para alcanzar tan trascendente objetivo. Sin duda, por aquello de que a golpes se aprende, acaso sea posible que en el frente de lucha podamos ir superando los obstáculos que impiden la unidad de acción; aunque de ello no se puede hablar aún seriamente en el ámbito del exilio.

Para nosotros, corresponde jerarquizar la unidad por niveles:

1. La unidad en el marco del MLN (T).
2. La unidad de acción y con sentido estratégico en el ámbito de la iz-

quierda en general. Subsidiariamente con otros sectores políticos, en caso de que ello fuera circunstancialmente posible, en torno a la resistencia general al régimen fascista uruguayo.

3. La unidad en el plano de las organizaciones y partidos revolucionarios del Cono Sur.

4. La unidad con el resto de los partidos revolucionarios de Latinoamérica y en especial con los de Cuba, Nicaragua, El Salvador, Granada, Guatemala, que conforman la vanguardia de la revolución continental.

5. La unidad y las relaciones con las demás organizaciones revolucionarias que luchan en el mundo, sin excluir el campo socialista.

Por último, cabe puntualizar que la hora en que nos toca vivir y actuar nos exige una insoslayable voluntad de cambio. Debemos estar dispuestos a cambiar nuestros enfoques y nuestra mentalidad, toda vez que ello se imponga por los cambios que se están produciendo en la historia de nuestros pueblos y por las lecciones que debemos aprender del sentir y hacer de las masas. En ese sentido, ya tendríamos que ir borrando del léxico de la izquierda la palabra vanguardia y toda intención sectorial vanguardista. Cada partido u organización revolucionaria contribuirá a ella en más o en menos. Lo importante es que comprendamos que seremos parte de la misma y que no podemos quedar al margen de la historia, a cuyo quehacer y devenir debemos contribuir en la medida de nuestras fuerzas y de lo que hayamos podido construir y aportar en los hechos.

6. Por lo demás, el MLN (T) no tuvo una estrategia global, como lo admiten sus fundadores más caracterizados en una autocrítica que daremos al terminar este capítulo. Pero tampoco tuvo una estrategia de la guerra revolucionaria. Lo peor, es que no podía tenerla. Porque la teoría revolucionaria de la guerra tiene dos vertientes:

Una, la que arranca con los clásicos burgueses de la teoría de la guerra. Desde Mat-Set y Sung-Set hasta Clausewitz. Fundamentalmente este último, en su libro *De la Guerra*, en que abrevaron Lenin y otros marxistas. Pero sobre todo la propia teoría marxista-leninista de la guerra revolucionaria, cuyos exponentes principales han sido Engels, Marx, Troski, Mao, Fidel, el Che Guevara y Giap. Este último, montado en los anteriores y a partir de su fecunda práctica y de su gran manejo del método dialéctico, pudo llevar esta teoría marxista-leninista de la guerra revolucionaria a niveles culminantes.

Dos, la otra vertiente está representada por la teoría de la guerra revolucionaria que surge de la propia práctica militar. Sin esta teoría, que recoge las particularidades del desarrollo de la guerra en un país y circunstancias históricas determinadas, el triunfo de la revolución no es posible. Por una cuestión de método, sobre la que hemos insistido ya en esta autocrítica.

Es decir, que la teoría general es importante, formativa, pero no basta. No nos exime, en este caso, de producir nuestra propia teoría, a partir de nuestra propia práctica, como condición para dominar el medio en que debemos actuar y conocer, sin descartar nuestro propio enemigo, sus recursos y los nuestros. Uno de los sabios principios ya milenarios de Sung-Set dice que si quieres ganar la guerra, deberás conocer al enemigo tanto como a tus propias fuerzas. Si esta simple regla se hubiera tenido en cuenta por el MLN (T), el plan de marzo de 1972 a que hemos hecho referencia no se hubiera formulado.

Pero lo esencial es que en el MLN (T) no hubo una estrategia o teoría de la guerra revolucionaria y tampoco podía haberla. ¿Por qué? Porque no alcanzó a haber una práctica militar. Solo hubo una práctica en la acción, lo que es distinto. Para que haya una práctica militar no bastan los tiroteos esporádicos, tienen que haber combates con el enemigo. Enfrentamientos por el dominio de posiciones, en los que se formen los combatientes propiamente dichos. Y estos comienzan a formarse cuando están fogueados, cuando pueden tirar con eficacia y puntería al enemigo, en el mismo momento en que este les está tirando. En otras palabras: cuando la conducta en combate no se desorganiza por los tiros y es posible dominar la situación en las condiciones más desfavorables, sin perder la iniciativa.

Como es sabido, la guerrilla tupamara asombró con grandes acciones. Pero estas se caracterizaron por su limpieza e inteligencia. Eran puro ardid. Si el enfrentamiento podía presentarse, la operación se levantaba o el enemigo se eludía. De ahí que hubo mucha planificación y pocos tiros o enfrentamientos. No alcanzó, pues, a configurarse un enfrentamiento militar y esa práctica como tal no tuvo lugar.

De lo expuesto se concluye que el MLN (T) no podía salir de la situación dramática en que lo había colocado su estrecha concepción aparatista. Queda claro, pues, que su derrota no responde a la omnipotencia del enemigo. Pero tampoco puede decirse que esa derrota es solo el producto de la desviación militarista.

Sobre todo, nos faltó una estrategia global para la toma del poder. De ahí que no basta saber únicamente cuál es la vía de acceso al mismo. Hay que saber cómo se crean las condiciones materiales para el tránsito, para que esa vía estratégica sea posible.

Y no hubo una estrategia global, por el hecho esencial de que se careció de una correcta línea de masas y de un enfoque de clases en todos los órdenes.

Finalmente, porque no se asumió cabalmente la teoría marxista-leninista, de la que se desprendía un método científico de análisis para conocer el

Uruguay y también las orientaciones rectoras para que las demás políticas fueran posibles.

Por eso mismo es que tuvo lugar la desviación militarista que ahora nos ocupa, la nacionalista, la de clase y otras.

A esta altura parece oportuno incorporar a esta autocrítica, la que se realizó en la cárcel en 1973. Precisamente, por parte de la dirección histórica del MLN (T) y otros presos calificados. El carácter sumario impuesto por las condiciones carcelarias en que debió producirse no le quita importancia. Por eso la transcribimos textualmente. Dice así:

Carta de los presos, compañeros de la cárcel (agosto de 1973)

Conclusiones de la autocrítica sobre estrategia

Nuestro principal error no fue la desviación pequeño-burguesa, sino el error original de línea que luego dio lugar a esa desviación. A partir del 69, aproximadamente, la Orga se quedó sin estrategia. Desde 1963 al 68 siempre tuvimos el gran rumbo estratégico claro; primero fue construir el aparato mínimo (63-66), luego la acción genera conciencia y organización (66-69); en este último período, tratamos de pasar del pequeño grupo inicial a un gran movimiento, creando conciencia a través de la acción. Todo este tiempo (63-69) fue el más típicamente foquista. Pero ya en el documento IV (enero 69) decíamos que el reto histórico era crear la telaraña MLN-pueblo, era quizás el comienzo de una proposición estratégica que no se profundizó adecuadamente. No nos dimos cuenta cabal de que justamente por haber sido correcta la estrategia de que la acción genera conciencia y organización, y haberse plasmado en la práctica, era necesario responder a los nuevas interrogantes que la organización y la conciencia lograda planteaban. Esta situación fue haciendo crisis dentro del MLN, al principio, en 1969, casi imperceptiblemente, luego con más fuerza en el 70 y en forma más aguda en el 71, particularmente después de las elecciones. Lo peor fue que no solo no dimos con esa estrategia justa, sino que no hicimos conciencia de esa carencia. Durante ese tiempo creímos tener estrategia cuando lo que hacíamos era seguir aplicando una ya caduca, la acción genera conciencia, etc., o elaborar tácticas circunstanciales a las que por error denominábamos estrategia: desarmes, secuestros, satanes*, cacao*, cárceles del pueblo, doble poder, etcétera.*

El hundirnos en este error significa que siguiéramos dando importancia desmesurada al aparato armado, cuyo crecimiento se transformó en el principal fin de nuestro trabajo en todos los frentes. Significó que no elaboramos a tiempo respuestas militares adecuadas a nuestra nueva envergadura. A esto se agregó que dado el crecimiento desordenado e irracional del aparato

armado, este creara sus propias necesidades de acción, que muchas veces dieron origen a planes o tácticas inconducentes o francamente impolíticas. No dimos una cabal respuesta al frente de masas, por el contrario, el gran apoyo que con nuestra acción generamos, lo frustramos, pues como única respuesta teníamos la posibilidad de integrar a la gente al aparato militar, lo cual perjudicó tanto al aparato militar como a la perspectiva en el frente de masas.

Recién en 1971, ya con el agua al cuello, por imperio de los acontecimientos, comenzamos a crear los mecanismos de aparato de masas, pero ya era tarde. La desviación pequeño-burguesa no se instala en la Orga por arte de magia, sino que al irrumpir en la organización los nuevos contingentes generados por el prestigio logrado en las clases medias, no lo hacen en forma selectiva. Dado que lo que precisábamos eran combatientes de inmediato, y dado que al frente de masas, concretamente a la clase obrera, le dábamos relativa importancia, los estudiantes salieron beneficiados en esa selección. Pronto pasaron a ocupar los puestos claves en la organización.

Si esta visión autocrítica es correcta, ello significa que aún hoy podemos estar en grave omisión, porque ¿tenemos una cabal respuesta estratégica? Pensamos que la principal pregunta que comenzó a plantearse en 1969 y que debió ser respondida era y es: ¿cómo tomaremos el Poder? Y ¿cuáles serán los grandes pasos de aproximación al poder? Cómo será el camino de la revolución en el Uruguay, qué papel jugarán las clases, el Partido, la organización, la lucha armada, etc., en las nuevas batallas. Esta es, pues, una tarea pendiente y urgente; al no estar resuelta esta cuestión comenzamos a patinar en el plano ideológico, organizativo y táctico. Fuimos cayendo en una búsqueda incesante y a veces desordenada, en todos los planos; la improvisación sustituye a la planificación. Pretendimos seguir conduciendo una organización enorme, con responsabilidades enormes y con complejos problemas, con los mismos organismos de dirección del pasado. Peor aún, con menos mecanismos de dirección que los que teníamos cuando éramos un puñado; abandonamos la costumbre de los simposios, no realizamos las convenciones nacionales, mantuvimos escuálidos C.E., recién al final asistido penosamente por un secretariado. El error que venimos señalando es un error típico de dirección.

En el plano militar, no hicimos a tiempo conciencia de que la estructura guerrillera que poseíamos, tenía un plafond organizativo y táctico eficiente para la época en que la estrategia era crear conciencia y organización con acciones, pero incapaz de dar respuestas militares superiores.

En lugar de crecer ideológica, organizativamente y a la vez, cualitativamente, caímos en la artesanía. Por la ausencia de un gran rumbo estratégico

claro, incurrimos en la constante búsqueda táctica y organizativa, errando muchas veces gravemente. Luego, muchas desviaciones que tuvieron origen en el error principal cobraron mayor importancia y actuaron, a su vez, en forma determinante de nuevos errores.

Hasta aquí las conclusiones referidas a los errores de orden estratégico, principales a nuestro juicio, respecto a todo lo que nos pasó. A ellas nos referimos cuando decimos que a cierta altura llegamos a una edad crítica a la que no supimos dar las respuestas estratégicas necesarias y adecuar la organización y la táctica a esas respuestas. Queda pendiente entonces, la gran tarea de elaborar nuestras respuestas estratégicas a la luz, ahora también, de los golpes recibidos; hay rubros que también deben cubrirse en materia autocrítica: funcionamiento y organización, táctica, dirección y dirigentes. 1972-73, tal vez mandemos algo al respecto.

Una idea para pelotear* y aplicar si se considera viable: unir en un solo movimiento a todos los grupos que constituyen la Corriente, incluso el 26; argumento: es gente probada en las peores, con ellos no podemos tener contradicciones mayores que en el pasado, la unión multiplica las fuerzas disponibles, estamos débiles para la ofensiva que en el frente de masas hay que llevar a cabo. Condiciones: un programa, una disciplina férrea, una sola dirección, un solo esquema organizativo, adecuarse a las actividades legales y clandestinas en el frente de masas; prioridad de trabajo en la clase obrera, representación de la organización en la dirección de los puestos claves. Que quede claro que se debe colaborar activamente con la organización y a la inversa, reclutamiento para la organización en el seno de ese movimiento; control por parte de la organización de la faz formativa y de seguridad internas.

Pasos a dar: conversaciones privadas, un congreso de unificación, una declaración pública y un llamado al pueblo; unificación organizativa, plan de trabajo global y para todos los frentes. Los frentes deben ser: movimiento obrero, estudiantil, comité de familiares, religiosos, barrios claves (Cerro, La Teja, Maroñas, Cerrito), marginados, propaganda, Frente Amplio, alianzas y relaciones.

En estudiantes incluir docentes y funcionarios; en obreros, empleados; en propaganda, una política global para todas las formas de propaganda. Otros frentes: el de pequeños productores.

En función de esto, concebida la Orga como el Partido, establecer por tanto, con este movimiento a crear, una relación dialéctica de polea de transmisión MLN-pueblo; el grueso de nuestro trabajo de masas en esta etapa, debe ser hecho por este movimiento; la Orga debe dividirse en aparato armado y político de masas, este último se encargará del bancamiento* y la acción

en el nuevo movimiento, nuestro aparato de masas debe ser una columna vertebral de cuadros selectos: tener claro que en el 72 muchos amigos de la Corriente respondieron en gran forma. Más adelante mandaremos concepción y criterios en torno al Partido; estamos peloteando estos conceptos:

1) La Orga constituye el elenco revolucionario probado a que se refería Lenin para llevar a su fin la revolución.

2) De hecho ya un movimiento de masas (tendencia) lo acepta como vanguardia aún en los momentos de mayor crisis (mediados del 72).

3) Ese Partido debe corregir sus deformaciones buscando una mayor integración obrera.

TERCERA PARTE

DESPUÉS DE LA DERROTA DEL AÑO 1972

Reconocer abiertamente un error, poner al desnudo sus causas, analizar la situación que lo ha engendrado y discutir atentamente los medios de corregirlo; eso es lo que caracteriza a un partido serio; en eso consiste el cumplimiento de sus deberes; eso es educar e instruir a la clase y después a las masas. La actitud de un partido político ante sus errores es uno de los criterios más importantes y seguros para juzgar de la seriedad de ese partido y del cumplimiento efectivo de sus deberes hacia su clase y hacia las masas trabajadoras. (V. I. Lenin, Obras completas, Tomo XXXI, pág. 52, edición ya citada.)

En lo que acabamos de exponer, consideramos que figuran las cuestiones centrales, propias de la autocrítica del MLN (T).

Lo que acontece después de la derrota de 1972 es secundario. Y no puede sino interpretarse como las derivaciones naturales de aquella y de sus causas esenciales. Trataremos, pues, de abreviar, ya que el contexto de esta autocrítica va siendo demasiado largo para su consideración cuidadosa, por parte de las células del Movimiento por la Reorganización del MLN (T) y de los compañeros no organizados que se dignen realizar su aporte crítico a la misma. Sin descontar los sectores ya organizados en el marco del MLN (T) y en otras corrientes y de los cuales esperamos que concurren críticamente a enriquecer la presente contribución autocrítica.

1. Ya dijimos que en el curso de la ofensiva del enemigo de 1972 no se produjo la respuesta táctica de rigor, desde que no se pusieron en práctica los planes de contraataque articulados, ni se organizó el repliegue ordenado que correspondía. De cualquier manera, fueron muchos los compañeros que

ingresaron entonces a Chile, donde radicaba el centro de la organización del MLN (T) en el exterior, habida cuenta de las condiciones favorables que ofrecía ese país proletario y combativo en las circunstancias en que estaba en el gobierno la Unidad Popular.

La verdad es que a partir del segundo trimestre de 1972, ya comenzó a llegar a Santiago de Chile un aluvión de tupamaros y de colaboradores o periféricos de los mismos. Con todos los problemas derivados de lo que estaba pasando en Montevideo. Miles de presos y torturados salvajemente. Algunos muertos en combate o eliminados tras los apremios físicos de los interrogatorios.

Todo un mundo de cosas, para las que aún no había una explicación racional y que ponían en crisis todos los valores concebidos hasta ese momento.

Sin tiempo para reelaborar semejante conflicto interior en la personalidad de cada uno; sin poder rellenar semejante vacío con nuevos valores, ni poder atinar a transformar lo negativo en positivo, en razón del bajo nivel político e ideológico reinante. Con lo que la desorganización natural de la conducta fue lo predominante, a raíz de la gran batalla que ganó el enemigo en 1972.

A esta desorganización de la conducta no escapó casi nadie. Ni en el ámbito de las bases ni en el de la dirección y en la práctica se expresó de múltiples formas. En las manifestaciones heterosexuales con consecuencias que nos enfrentaron al drama de los niños y la guerra; en el estilo de vida de los dirigentes y en el relajamiento de las buenas costumbres.

En ese marco se dieron algunas experiencias comunitarias de proletarización, harto esquemáticas. Fueron tan regresivas que se llegó hasta postular “la peludización”, en un medio extraordinariamente favorable, donde la dirección cometió graves desviaciones ultra izquierdistas, que demostraron una gran inmadurez política y dieron lugar a la frustración y deformación de muchos compañeros.

En tales circunstancias, se habló mucho, en todos los regionales, de proletarización y de marxismo-leninismo, pero nada serio se hizo en la práctica para lograr una aplicación adecuada y formativa en ambos conceptos.

Lo primero se hizo incorrectamente, encerrándose en sí mismo, apartándose de las masas y del pueblo y haciendo una vida de secta. De ahí que los resultados no podían ser más que un rotundo fracaso. Salvo alguna experiencia de masas, que por iniciativa personal escapó a la regla y puso a salvo y en alto en Chile, el prestigio del MLN (T).

Lo segundo, haciendo de la teoría marxista-leninista una consigna agitiva. Simplificándola. Tratando el asunto con superficialidad y disponiendo

que todos los tupas eran marxista-leninistas. Claro que, por decreto, como alguien dijo oportunamente.

En este contexto nada estimulante y cuando se habían formado dos camarillas perfectamente configuradas en la dirección, se realiza el Simposio de Viña del Mar.

Como era de esperar, sus resoluciones se corresponden con un análisis superficial, esquemático, sumario, aunque en su contexto se documentan hechos reales, que recogemos.

No resisten al menor análisis los apartados del documento de Viña que van del 1 al 4. Sin descontar que los compañeros que estuvieron desde el comienzo en el Comité Ejecutivo trabajaron y condujeron, en condiciones muy favorables, desde la prisión de Punta Carretas hasta antes de la fuga.

Se dice en las resoluciones del Simposio: "Caen tres direcciones con un total de 24 cuadros de dirección, cuadros de comando y subcomandos".

Resulta notorio que se confunden los integrantes de la dirección de las columnas y de los subcomandos o subdirecciones de las mismas, con los cuadros. Está claro que no se tenía una noción correcta de lo que es un cuadro y se era poco exigente en lo que hace a sus requerimientos, que no se acreditan por la sola formalidad de ocupar un cargo. Esto es peor que confundir los cuadros con los combatientes, como ya lo pusimos de manifiesto más arriba. Porque, si bien es cierto que la Revolución no es posible sin los cuadros, tampoco lo es si faltan los combatientes. Los primeros son imprescindibles para conducir correctamente el proceso revolucionario. Los segundos, para enfrentar y derrotar al enemigo, cuando las condiciones así lo exigen.

Se sobreentiende que los mejores combatientes salen de las masas, pertenecen a ellas y se configuran a través de diversas formas de lucha político-militar. Tampoco podemos compartir la significación de los apartados III y IV de las resoluciones del Simposio, cuando dicen:

III. La falta de formación y experiencia de los compañeros, el no conocimiento de las leyes internas de funcionamiento del organismo, la superficialidad en los análisis traen como consecuencia que las resoluciones adoptadas, por venir de la Dirección, marcan precedentes, inician criterios y métodos que comenzarán a regir la vida del Movimiento.

IV. Los problemas anteriores se agudizan por la propia debilidad del aparato. Una demostración de estos es la micro-fracción, que surge inmediatamente después de la caída de Almería, si bien los problemas políticos se venían arrastrando de etapas anteriores.

No puede admitirse que en una organización a esa altura tan grande, la caída de 24 militantes, aunque estuvieran en la dirección o allegados a ella, puedan ponerlo todo en crisis. Salvo, si como puntualizamos antes, reconocemos que eso es solo efecto de una causa más profunda: la falta de una política formativa y su aplicación consecuente. Es en virtud de ello, que se carecen de los cuadros y militantes de recambio para esa u otras emergencias. No hay duda de que la solución de esta contradicción es de primer orden en una organización revolucionaria, donde cualquier militante, sea cual fuere su nivel político, puede caer de un día para otro.

No es correcto estampar en el apartado VII el uso del nacionalismo como “concepción táctica” y “captación de sectores del pueblo”.

Una organización revolucionaria puede y debe ser flexible en la táctica, pero sin apartarse de los principios y sin caer en el oportunismo, tal cual ocurre en la resolución interpretativa que nos ocupa.

La resolución número XII del Simposio expresa: “En lo militar. Se comienza en abril lo que se llamó ‘el accionismo’. Es decir, el accionar constante de grupos, sin un correcto análisis político de la situación. Es el accionar por el accionar mismo, no como forma de lucha combinada con la lucha política; principio fundamental de la guerrilla. Esto nos lleva a deformaciones en la línea y formación de los compañeros, al militarismo”.

Por lo que se refiere al período que va del segundo semestre de 1970 al año 1972, se ratifica lo que ya hemos expuesto sobre normas de funcionamiento y verticalismo de los responsables. Dice, en parte, la resolución número XIII: “La traslación de esquemas es la norma del período en Montevideo y en el Interior. Comienza a desaparecer el análisis profundo realizado con todos los elementos para dar soluciones a una situación en forma correcta, así como para los problemas que aquejan a la Organización. El ‘quincismo’* era el ‘todo’ de la Organización. No se tuvieron en cuenta las particularidades de cada columna y se generalizó la concepción estudiantil de hacer la revolución. Poco a poco se fue dejando de lado la ideología marxista-leninista, con ella sus principios fundamentales, los criterios y métodos de la Organización”.

Véase que aquí, lo de marxismo-leninismo es toda una novedad introducida con ligereza y a contrapelo con los hechos. Importa consignar la resolución número XV y las XXIII y XXIV, que son concordantes con ella. Dicen:

XV. En lo interno. La organización después del “Abuso” entra en un período diferente, con grandes contradicciones, por la gran diferencia de criterios y métodos que se manejan. Se encuentran en el seno de la Organización todas las generaciones, se hace notoria la desviación de línea y se da una gran lucha ideológica.

Uno de los hechos más importantes que incidió en los compañeros que salieron –fugados de la cárcel– fue la diferencia abismal entre las informaciones recibidas en el Penal de parte de los compañeros de Dirección y la realidad de la Organización afuera. La ubicación se realiza no en base a sus experiencias y capacidad, sino por procedencia de columna.

En síntesis, es una etapa de gran lucha ideológica a todo nivel, aflorando y profundizando las contradicciones.

En este punto, destaquemos un hecho cierto: los informes magnificados que llegaron a la cárcel de Punta Carretas sobre la situación de la Organización afuera. Sobre todo, el Informe que se dio en 1971. Todo estaba sobrevalorado e inflado por la Dirección afuera. Acaso, por eso mismo es que el Documento “Foco-Partido-Falso Dilema” producido enseguida de ser oído semejante informe, resultara tan infeliz y sus autores no pudieran entrar en la realidad de la Organización.

XXIII. Marzo. Simposio del Interior y de Montevideo. Estos organismos son de un gran significado, ya que en ellos se resume y resuelve, en parte, la lucha ideológica interna de todo el período. Los compañeros que lo integran son los compañeros del Comité Ejecutivo y la mayoría de los compañeros de direcciones anteriores. Entre varios puntos que se tratan, se analiza la situación de la Dirección anterior y se le hacen críticas tales como: subjetivismo, esquematismo, falta de modestia, falta de capacidad autocrítica, malos procedimientos, aplicación del centralismo, apego al cargo o burocratismo, etc., elementos que desarrollaremos más profundamente en el punto siguiente, ya que provienen en su mayoría de la falta de ideología o por no haber asumido el marxismo-leninismo, y haber tomado el nacionalismo. En resumen, afloran aquí las dos tendencias: la pequeño-burguesa del momento y la marxista-leninista del MLN. Salen de la dirección dos compañeros, asumiendo el Ñato y Candán.

XXIV. A partir de esta definición comienza en la organización la depuración en la base y una lucha ideológica más frontal en los organismos de Dirección. El tiempo entre el Simposio y el 14 de abril es muy corto; no alcanza para que se dé la lucha ideológica correctamente, se retome la línea, no pudiéndose revisar profundamente lo militar.

La resolución XXVII del Simposio de Viña del Mar es breve y objetiva. Confirma lo que hemos expuesto en punto a la acción militar y también lo que respecta a la grave subestimación del enemigo, en que se incurrió. Dice: “No valoramos al enemigo, sobrevaloramos lo que representaba política-

mente la acción y no se analizó qué consecuencias militares podía tener. No se pensó que el enemigo podía largarse a la ofensiva por la coyuntura que nosotros mismos creábamos. Y lo que agrava esta superficialidad es que la Dirección tenía en sus manos los planes del enemigo”.

También es digna de mención la resolución número XXX en cuanto puntualiza los hechos así: “En mayo. El Comité Ejecutivo con nueva integración decide accionar y retomar aunque sea en parte la iniciativa perdida. En este momento ya nuestro aparato está en plena crisis, se palpa la realidad de nuestro aparato militar y nuestros cuadros de acción. Se demora 15 días en sacar una operación que en otro momento se hacía varias veces en el día”.

Luego, el Documento de Viña del Mar discurre sobre el trabajo político en las FFAA, pero en términos idealistas, erróneos.

También se refiere a otros hechos opinables y los expone sin ningún ánimo crítico o autocrítico, a propósito de los cuales nos parece que aún no ha llegado el momento oportuno de enjuiciarlos.

2. Simposio de Viña del Mar se realizó en febrero de 1973. A fines de abril, se llevó a cabo el Comité Central en el exterior. Las anteriores reuniones de este organismo se habían llevado a cabo en el ámbito de la organización de los presos de Punta Carretas.

Este Comité Central que culmina los primeros días de mayo de 1973, da lugar a un enfrentamiento agudo entre las dos tendencias existentes en la dirección.

En ese Comité Central, se analizó con detenimiento la situación política y sindical del país, a cargo de sendos informes a los que poco se aportó por los participantes.

Se estableció el plan de trabajo y se dio especial importancia a la cuestión de los presos, en relación con los cuales no se cumplió ninguna de las medidas adoptadas, por lo que la omisión de la dirección fue absoluta a ese respecto y no porque careciera de medios para su cumplimiento. Por el contrario, los tuvo en exceso.

También se formuló en ese Comité Central un nuevo esquema organizativo y se distribuyeron las responsabilidades de cada miembro en función de los regionales y las tareas especiales que se establecieron.

3. De ahí en más, comienza el trasiego de los militantes desde Chile a la Argentina. En ese ínterin y ya estando radicada casi toda la dirección en Buenos Aires, ocurre la huelga general, por tiempo indeterminado, que comienza el 27 de junio de 1973, como respuesta al golpe militar que disuelve

el Parlamento, los partidos políticos y los sindicatos, etc.

Frente a un acontecimiento tan trascendente –de tamaño envergadura política y sindical– la dirección del MLN (T) permanece en Buenos Aires, inoperante. Incapaz de estar presente y poner en juego con urgencia los ingentes recursos de que todavía disponía.

No se traslada al Uruguay. Discute varios días sin saber qué hacer, hasta que decide sacar un pobre volante extemporáneo, que llegó a Montevideo después de que terminara la huelga, que duró 15 días.

Por eso hubo compañeros que criticaron duramente a la dirección y afirmaron que se colocó al MLN (T) al margen de la historia, después de haberse propuesto –desde el primer momento– una participación activa en los acontecimientos. Hay una cassette con una grabación que documenta lo que ahora afirmamos.

Claro que la dirección se hallaba atada por sus propios errores y la incapacidad que había demostrado. Adoptó el marxismo-leninismo, pero de modo esquemático, sin tiempo para digerirlo, ni relacionarlo con la realidad, demás de las limitaciones propias que derivaban de su condición pequeño-burguesa.

Es así que a principios de 1973, cuando se inician los trabajos para remontar la organización, se aplica una línea de construcción del Partido, de carácter dogmático. De ahí viene la reacción de algunos compañeros y su posición contraria a la cuestión del partido.

Para colmo, como la construcción del Partido era rígida, unilateral e incompatible con otra forma organizativa y de lucha que no fuera la política, se desmanteló lo que aún quedaba como grupos de acción.

Sea como fuere, todavía quedaban restos de armas localizables en ocasión de la huelga general y hubiera sido posible dar una respuesta rápida y contundente. La que las masas estaban esperando y que tantos reclamaban en el Uruguay, en medio de aquellos acontecimientos, cuando decían: ¿Y los tupas? Más si se tiene en cuenta que los milicos andaban en racimos por las calles; que corrían de una fábrica a otra para desocuparla, mientras que los obreros la volvían a ocupar.

Las fábricas podían haber permanecido ocupadas y la presión de la FFAA sobre ellas no hubiera sido tan grande si, a consecuencia de algunos ametrallamientos, los efectivos militares se hubieran visto obligados a patrullar las calles con apoyo armado o en zafarrancho de combate, o por el contrario, hubieran optado por replegarse a sus cuarteles.

Claro que tales acciones del MLN (T) no podían desembocar, todavía, en la insurrección, aunque no hubieran faltado condiciones para ello si las conducciones de la izquierda hubieran tenido la preparación mínima en tal

sentido y la audacia que faltaba para dar ese gran salto cualitativo.

La limitación mayor acaso consistió en que la cuestión de la unidad de acción de la izquierda no estaba resuelta aún y sin ella no era posible avanzar en el rumbo que la clase obrera y el pueblo lo deseaban, como quedó de manifiesto en la combativa y heroica manifestación del 9 de Julio de 1973.

De todas maneras, la participación que faltó fue la del MLN (T), a fin de que la clase obrera no estuviera tan fuertemente presionada por la fuerza bruta de los militares; recibiera el oxígeno que le era necesario para ser más efectiva en sus demandas y contar con un poder mayor de negociación dentro de las conversaciones que durante la huelga tuvieron lugar entre personeros de la CNT y el Ministerio del Interior.

4. A principios de 1974, la conducción del MLN (T) nos anuncia, con bombos y platillos, grandes éxitos organizativos en Montevideo. Empero, todo estaba inflado, como se pudo comprobar, ya en el mes de abril.

A fines de este mes todo lo que había organizado fue barrido por la represión, y el Primero de Mayo caliente de que se hablaba quedó en “aguas de borraja”.

A partir de entonces la organización del MLN (T) en el frente de lucha, quedó en cero. Los que pudieron salvarse fueron a engrosar las filas del exilio en Buenos Aires. El saldo en ese mes de abril fue de cuatro muertos, unos cien detenidos y otros tantos sabidos, que como dijimos son obligados a dejar el país.

En resumen: el enemigo tendió sus redes y recogió la mitad de lo existente y la otra mitad fue a parar al exilio.

5. En tales circunstancias se reúne el Simposio, en Buenos Aires (junio de 1974).

En él se produjo una discusión estéril y la propia dirección no cobró conciencia de la gravedad de la situación a que se había legado, de la crisis en que se había caído y de las responsabilidades que le eran inherentes.

Fue preciso que entraran en escena las bases de la organización, para que todo crujiera y las contradicciones internas llegaran a su clímax.

La inoperancia en cuanto a las tareas centrales del período de reorganización del MLN (T) en el frente y liberación de todos los presos no condujeron a la dirección a tomar conciencia de sus responsabilidades políticas incuestionables.

Sin embargo, las caídas y la traición de Joaquín vino a desbordar el vaso. Acaso por la situación en que se colocó a un sector de las bases, que estaban

en locales conocidos por Joaquín y a quienes se les demoró varias semanas en informarles de un hecho tan grave, que comprometía su seguridad.

La caída de más de quinientas armas largas y cortas y millares de proyectiles (el arsenal más grande tomado por la represión en la Argentina) en un solo local del barrio Once –cantado por Joaquín– desmoralizó a todo el mundo y nadie podía comprender el por qué de la concentración de tanto armamento en un mismo lugar. La organización y planteos de la Tendencia Proletaria, integrada por obreros recién llegados del frente o producto de las últimas redadas de abril, remata la crítica situación interna imperante.

El corolario de todo ello se expresa en las renunciaciones del mes de julio, del sector dominante de la dirección. Aquello ya era el caos y desató una intensa lucha ideológica, preñada de subjetivismo, en una organización no preparada para enfrentar una crisis tan profunda.

Esa crisis tuvo tal carácter que los responsables de la misma así lo admitieron o la señalaron expresamente.

En la Circular Interna de 15/7/74, que trata de la temática propuesta para el CC de Octubre, se dice: “*La crisis interna que vivimos en estos momentos en el conjunto de la organización*, producto de varios errores y debilidades, que arrastramos desde hace tiempo y que no vamos a fundamentar aquí, hacen necesario que el Comité Central próximo tenga características especiales”.

En la Circular Interna N° 11, de Agosto de 1974, se expresa : “Que esta Comisión Política reconoce las expectativas e interrogantes del conjunto de los compañeros de la base, *agravados por la crisis interna del Partido*, que tiene como expresión práctica las renunciaciones y bajas pedidas por miembros de la Comisión Política y la desorganización que existe, sumada a la inorganicidad de un pequeño grupo de compañeros, a pesar de las reiteradas solicitudes de la Comisión Política de mantener la organicidad en planteos políticos”.

El miembro más destacado de la dirección, en su renuncia del 6 de julio de 1974, manifiesta: “Hemos manifestado en más de una oportunidad en la dirección y en otros organismos que sobre la responsabilidad que como miembro de la Comisión Política tenemos a partir del Simposio de Viña, debíamos someternos al juicio del conjunto de la organización; de ahí hasta aquí existe un largo período en el cual la Orga ha estado abocada a encontrar los nuevos caminos por donde debíamos transitar, *en esa práctica en que hemos cometido errores*, tanto personales como colectivos y nos parece imprescindible que se conozcan los problemas primordiales que existen y que es necesario superar rápidamente para *salir de la situación crítica en que nos encontramos*”.

Para rematar todo ello, recordemos que el apartado primero de la resolución del Comité Central de octubre fue votado por unanimidad. Y en él también se comprueba: *“Entendemos que la crisis que vive nuestra organización es producto de la agudización en el seno de la misma, de su contradicción principal, contradicción que tiene un carácter de clase, que se expresa en: PROLETARIADO-PEQUEÑA BURGUESÍA”*.

Podíamos multiplicar infinitamente las citas para demostrar que la crisis de la organización era un hecho, antes de que se agudizara la lucha ideológica. Esa crisis no era tampoco el producto de contactos horizontales* innecesarios en la emergencia ni de actitudes de indisciplina, como se arguyó antojadizamente.

El compañero B., al amparo del Reglamento del MLN (T), envió en agosto una amplia carta a la Comisión Política o dirección, que figura publicada en la Circular Interna N° 11 y en la que, entre otras cosas, expresa:

La situación actual de la organización y las renunciaciones que se han producido obligan a que seamos muy cuidadosos y precisos en los pasos que corresponde dar para salir de la crisis. El que dude que estamos en medio de una profunda crisis de línea política, de táctica y de estrategia sobre el quehacer revolucionario en el Uruguay no tiene más que atenerse al único criterio de verdad que nos proporciona el marxismo-leninismo, esto es el de la práctica. En consecuencia, ver objetivamente el estado actual del proceso económico, político y social de nuestro país y el ánimo dominante en las masas e incluso la situación en que se hallan los militantes o bases de la organización. Esto indica que todo está cuestionado y que la crisis afecta tanto a las bases como a la dirección.

En tales circunstancias, no hay nada más importante que salvaguardar la unidad dialéctica del Partido, cuando ella se debilita o se torna vulnerable. Esta unidad dialéctica superior no puede lograrse a costa de la renuncia a ningún principio y hoy es menester procesar las contradicciones hasta sus últimas consecuencias. Ir a la raíz de los problemas y al fondo de las cosas, como diría Marx, cuando se refiere al modo de ser radical en política. En tal sentido, pensamos que no basta reunir al Comité Central, con vistas a sanear la situación, es necesario que se convoque la Convención o el Congreso:

1) Porque urge regularizar la situación institucional del partido, a los efectos de otorgarle legitimidad a sus autoridades y a sus políticas. Hace tiempo que venimos planteando esta cuestión. 2) Porque si pretendemos empezar a considerarnos un partido marxista-leninista, tenemos que darle participación a las bases en la elección de su dirección y en la elaboración de las líneas políticas básicas. No basta que la dirección se relacione con las

bases o someta a su discusión algunos problemas. Es imprescindible que el Congreso sancione el Estatuto del Partido, en el que se establezcan y se sistematicen orgánicamente los derechos y deberes de los militantes. Así como la competencia de cada uno de sus órganos. Es de principio que todo lo que se refiere a la legislación interna es de resorte exclusivo del Congreso o Convención.

Más adelante y en el apartado 4 de ese documento, expone el mismo compañero:

4) Porque las repercusiones desfavorables que ha producido en la base el aniquilamiento de la organización en Montevideo constituye un hecho de tal gravedad para el proceso revolucionario uruguayo y la vida del Partido, que justifica por sí mismo y ampliamente la convocatoria de un congreso. Ello está impuesto, además, por múltiples razones y porque es la vía más idónea para procurar la unidad dialéctica de la organización, en medio de la más franca, profunda y fraternal lucha ideológica, así como la disciplina y el bagaje de resoluciones que permitan implantar con urgencia y eficacia una nueva táctica y la línea política y militar que se impone para enfrentar el neofascismo en nuestro país. (Ver la Circular Interna N° 11 de la Comisión Política.)

La Circular Interna era el medio que la Comisión Política tenía para comunicarse con las bases. Comisión Política se llamaba, entonces, a la Dirección del MLN (T). También en aquellas circunstancias se usaba y se generalizó la denominación de partido para referirse a lo que en realidad era el MLN (T).

Como se ve, la dirección de la época simplificaba mucho las cosas y las idealizaba, formulando esquemas que poco o nada tenían que ver con la realidad. Se confundía el MLN (T) en general, con el Partido. Sin atender a otros niveles, que los que arbitrariamente se establecían, conforme al amiguismo o al espíritu de camarilla, sin sujeción a los principios.

6. En julio de 1974, la Comisión Política organizó en Buenos Aires una Escuela de Cuadros para los obreros llegados del frente el pasado mes de abril. Eran más de veinte entre los que había más de media docena que habían sido dirigentes sindicales y tenían experiencia en la lucha de masas. Oro puro, habida cuenta de la composición de clase del MLN (T).

Al término de los cursos que se dieron en esa Escuela –que estuvieron a cargo de una compañera– los obreros en cuestión elaboraron un documento

en el que criticaban a la Dirección y proponían soluciones a la crisis. Por su importancia en la historia de aquella lucha ideológica y por la significación que tuvo como antecedente del Comité Central de octubre siguiente, no podemos dejar de transcribirlo textualmente.

Dice así el documento:

Compañeros: la composición de clase del 26 y del MLN es factor determinante de las concepciones erróneas de hacer la revolución.

La falta de ideología de la clase obrera de la teoría y la práctica revolucionaria, en todas sus formas.

La cadena de derrotas en uno y otro frente debido a lo antes señalado, por un lado, y la potencia revolucionaria de la clase obrera, por otro, hacían imprescindible la necesidad de una vanguardia para nuestro proceso revolucionario.

En análisis hechos, esto se expresaba en la tarea de formar un partido marxista-leninista, a lo cual nos abocamos, cometiendo errores cuya raíz es meramente la concepción pequeño-burguesa de hacer la revolución.

Todas las tareas llevan en la práctica un sello de clase, que se manifiesta fundamentalmente en la incapacidad de afrontar de manera humilde, creadora y paciente la construcción del partido de vanguardia, a partir de la clase.

La incorrecta caracterización de los cuadros que tendrían que dirigir esta etapa y la ausencia total de obreros que fueran los mejores hijos naturales de su clase, para asumir la tarea, lleva a que no hallemos salida en el plano de las ideas.

La mala caracterización de la contradicción principal, que hace la dirección en su autocrítica de la Circular Interna N° 4, –“falta de teoría y necesidad de asumirla”– nos lleva a debilitarnos más, hasta desembocar en la crisis. Pues se ataca un carácter solo, suponiéndose equivocadamente que la práctica anterior es una práctica de la clase obrera. Sin embargo, aquellos que tuvieron que llevar el Partido en el frente saben que la diferencia es abismal.

Que solo con la resolución de los dos aspectos (práctico-teórico) podemos sacar el Partido adelante.

Entendemos que la contradicción principal está ubicada en la lucha entre la pequeña burguesía y el proletariado. Existe en la lucha de los contrarios una correlación de fuerzas a nivel cuantitativo desfavorable para los intereses de la clase obrera.

Caracterizar en forma científica a todos los compañeros haciendo pesar todos los aspectos de cada uno. (Extracción, práctica social, compromiso, etcétera.).

Formar un grupo mínimo de aquellos compañeros que hayan estado

ligados a la clase, que tengan una práctica social clasista (ni masista ni aparatista), que serán los únicos capaces, de acuerdo a los intereses obreros, de caracterizar correctamente.

La aplicación estricta del plan propuesto significa tratar de resolver en el campo real, práctica y teóricamente, en forma revolucionaria, la contradicción pequeña burguesía-proletariado, a la vez que vamos sentando las bases –inserto en la clase obrera– para construir el Partido de vanguardia.

Proponemos humildemente:

1. La Dirección clasista en el terreno de los hechos.

2. Llevar en la práctica la teoría a la clase obrera en el frente (no extraer los compañeros del medio), transmitirla por aquellos compañeros que hayan hecho una conjunción de teoría y práctica proletaria.

3. Ligar a los compañeros con carencia en la práctica social, a la base material, determinante para la superación. Léase medios de producción y participación en la lucha de clases.

No intentemos idealizar, pues, históricamente, las organizaciones pequeño-burguesas no ingresan masivamente al Partido revolucionario; solamente aquellos compañeros más claros en forma individual asumen en la práctica la ideología de la clase obrera.

De esto depende que el porcentaje que llega casi al 95% de compañeros pequeño burgueses, muchos quedarán por el camino.

Hoy por hoy los primeros pasos a dar necesitan del núcleo de acero integrado por los mejores compañeros que garanticen la construcción y el posterior desarrollo del partido con medios y métodos proletarios de trabajo.

Que sin ninguna duda inundarán de espíritu clasista las distintas políticas a llevar a cabo. Como ser, estructura orgánica, política de alianzas, internacionalismo proletario (relación con las organizaciones hermanas), finanzas, propaganda, conducción del ejército, etc.

El hacer carne de este momento histórico por el cual atravesamos y analizar críticamente a todos los compañeros con espíritu revolucionario es la única garantía que tenemos para salir de este atolladero al cual nos condujo involuntariamente la pequeña burguesía. (Este documento está publicado en las págs. 5 y 6 de la Circular Interna N° 11, de agosto de 1974.)

El Documento que antecede se llamó, por parte de la dirección, *el de la Tendencia*. A las tres semanas de emitido, se incorporó a la Tendencia, que ya se llamaba la *Tendencia Proletaria*, un compañero fundador del MLN (T): Pedro Lerena, que algo más de un año después muriera como un mártir, en la tortura. Se integraron también a la Tendencia Proletaria,

durante mediados y fines de agosto, otros compañeros de reconocida trayectoria en el MLN (T).

Por último, demos dos fragmentos de otro extenso documento que distribuyó la Tendencia Proletaria, poco antes de realizarse el Comité Central y que es poco conocido por la militancia. Dice:

La crisis de la Organización nunca ha sido tan profunda. Estamos tocando fondo. En todos los órdenes; esto es, globalmente. Porque en el frente de lucha la debilidad es absoluta, después que nos aniquilaron la Organización en abril y mayo último. Y porque la organización en la retaguardia principal –o en Buenos Aires– registra un proceso de desintegración, especialmente a nivel de dirección. Es que las contradicciones internas se han puesto al rojo vivo. Han llegado a un punto culminante y han estallado vertiginosamente. No podía ser de otro modo, pues la contradicción principal que nos afecta es de clase. No se trata de contradicciones secundarias en presencia, o menores, como las que se magnifican, entre tendencia militarista y construcción del Partido, o simplemente entre partido y antipartido.

Tampoco la contradicción principal consiste en la necesidad de la teoría marxista-leninista y la falta de voluntad militante para asumirla. Ni son, asimismo, otras cuestiones diversionistas, muy oportunamente agitadas para confundir las bases, tales como la necesidad de la disciplina, los contactos horizontales, la unidad del Partido, el “fraccionalismo”, la descalificación deshonesta de los compañeros que sustentan ideas correctas, planteando que están encabezados por este o aquel arribista y oportunista, que son utilizados, etc.

La contradicción principal que importa abordar con urgencia, por ser la esencial que traba más que ninguna el desarrollo de la lucha y de la organización, es la que se da entre la pequeña burguesía adueñada arteralmente de la dirección –y sin ánimo de largarla– y la clase obrera marginada realmente de la conducción, sin poder contribuir efectivamente en la elaboración y aplicación de las líneas política y militar. Esto es así, desde que una camarilla perfectamente configurada ha considerado la organización como cosa propia. Se han repartido las responsabilidades principales por cuotas en los distintos niveles organizativos, aplicando el amiguismo más nocivo y actuando al margen de los principios, de los derechos y deberes propios de los militantes revolucionarios. Tanto que el Comité Central hace más de un año que no se reúne ni ejerce ningún contralor. El Congreso en el que podrían participar y decidir las bases, recién empieza a ser motivo de discusión y preocupación a partir de las células y no de la dirección. Esta subestimación de las bases es un ejemplo patente de la ideología pequeño-

burguesa encaramada en la dirección del MLN (T). Ellos o nadie. Por eso la relación entre la dirección y los militantes era de rigurosa dependencia y falta de encuadre político para los más críticos.

Esta dependencia o alienación llegó a extremos en algunos sectores, que se han caracterizado por ser verdaderos feudos políticos de tal o cual dirigente. Es así, que el militante generalmente se calificaba por su conciencia de clase o por su capacidad creadora y su espíritu crítico. Sin embargo, se hablaba mucho de marxismo-leninismo, transformando la teoría en una consigna, pero sin que los principios organizativos de la misma tuvieran vigencia en la práctica de la organización. Los mismos análisis, pretendidamente teóricos, que traducen las circulares y los documentos de la dirección, son subjetivos y unilaterales. Por falta de dominio global del marxismo-leninismo y, en especial, del método dialéctico y por inmadurez política. Esto que es tan claro y que ha sido confirmado por los hechos, no ha impedido que el estilo pequeño burgués de la dirección se expresara en una gran suficiencia y que la mayoría de sus miembros llegaran al extremo de considerarse insustituibles. O que descargaran rotundas disquisiciones sobre línea política o “modelos” que nada tenían que ver con la realidad: por lo que nos condujeron al desastre en el frente de lucha.

Hubo quienes pusieron el grito en el cielo porque apareciera una Tendencia, como la Proletaria, sin ocultarse y proclamándose como tal. Hablaron de fraccionalismo, etc.

Sin embargo, no advirtieron que desde mucho antes de nacer la Tendencia Proletaria, había tendencias encubiertas en la organización, sin que por eso dejaran de funcionar realmente como tales. Por ejemplo: las dos tendencias con que se expresaba la dirección y a las que ya nos referíamos a propósito del Simposio de Viña y del Comité Central de abril de 1973. Una parte de una de las tendencias pidió la baja o desertó, a mediados de 1974. La otra tendencia renunció a la dirección y unos meses más tarde también a la Organización.

Los mismos compañeros de Logística, que durante un buen tiempo jugaron el partido del término medio o de la “sopa boba”, como diría Engels, también conformaron una tendencia en los hechos primero, y orgánicamente, después. Tanto es así que llegaron a sacar un documento —de febrero de 1975— que los identificaba y definía y del que resultaba, que venían funcionando desde julio de 1974, o sea, algo antes de constituirse la Tendencia Proletaria.

Dicen los compañeros de Logística en su documento: “Los compañeros que vinieron del frente traían elementos críticos a las políticas desarrolladas.

Sin embargo, al comenzar a discrepar con la dirección fueron excluidos de las reuniones más importantes (como la Comisión Política Ampliada del 10 al 12 de junio de 1974) y nunca fueron invitados a las reuniones del CP. Varias veces en el Regional* se planteó este punto y varias veces las respuestas fueron vagas. Los compañeros fueron luego concentrados en la escuelita de cuadros. El Regional Buenos Aires, en conocimiento de que los compañeros eran portadores de una valiosa información del frente, hizo un grupo de información política para sintetizarla. Poco después, los compañeros de Buenos Aires nos fuimos enterando de sus críticas a la dirección. Fue entonces que se comenzó a bregar por su participación más enérgicamente”. (Después veremos cómo siguió desarrollándose este proceso.)

Y más adelante se afirma en este documento titulado “DE LA LOGÍSTICA”: “En términos generales debemos decir que si bien avizoramos las desviaciones de la dirección, no tuvimos la claridad suficiente para darnos cuenta, antes de julio de 1974, que se debía ordenarlas a todas en torno a una concepción diferente a la nuestra; por eso no fuimos todo lo claro que debíamos ser en la transmisión de estos problemas a los compañeros, privándolos así de elementos que les permitieran ver más claro los orígenes y la magnitud de lo que estaba sucediendo. En una palabra: peleamos, en general, contra los síntomas y no contra la enfermedad, que tardamos demasiado en diagnosticar. Sufrimos, entonces, un poco del idealismo de antes y nos dejamos conducir más o menos mansamente, sin plantear todo a fondo en cosa errónea”. (Ver el documento “De la Logística”, de febrero de 1975.)

Las tendencias no hay que juzgarlas como negativas, ni reaccionar con primitivismo político frente a ellas. Acaso sean naturales en un proceso revolucionario y más aún, en un movimiento policlasista. Sobre todo, si su función, a menudo fecunda, se despoja del subjetivismo o este es aventado, poniéndosele bajo control. Lo malo es el espíritu de camarilla, como se expresó en ese período en el seno de la Organización.

Por tanto, al llegar al Comité Central de octubre de 1974, estábamos frente a cuatro tendencias perfectamente configuradas, las dos de la dirección, la de la Logística y la de Tendencia Proletaria.

Entre las dos tendencias de la dirección, no había diferencias esenciales. Incluso entre éstas y la de la Logística; aunque luego esta última se fue diferenciando de más en más de aquellas para concluir, finalmente, aliándose a la Tendencia Proletaria.

Lenin, como maestro genial en la aplicación del método dialéctico a todo lo que fuera objeto de su análisis, no podía ver una tendencia o fracción de modo estático. Las consideraba en su desarrollo, para determinar sus carac-

terísticas y para valorarlas. En el fondo, porque toda tendencia o fracción debe analizarse como un hecho en movimiento. Por la conducta política que procese en su movimiento como un todo y no por sus declaraciones o los propósitos que proclame. Esto es, más por los hechos que procese, que por sus dichos. Sobre todo si nos atenemos al carácter de clase de toda tendencia o fracción y al hecho que Lenin le señalaba de modo tan claro a Kaustky, cuando escribía: “En vez de juzgar los intereses de la pequeña burguesía por su conducta, lo juzga por las palabras de algunos pequeño burgueses, pese a que estas quedan desmentidas en sus actos a cada paso”.¹¹

Ya que venimos hablando de desviaciones, tendencias, fracciones, como formas de la lucha ideológica, importa lo que define el mismo Lenin al respecto, cuando escribe:

a) *La desviación*. Dice Lenin: “Lo central de la resolución es la definición de nuestra actitud hacia ciertas tendencias o desviaciones en el modo de pensar. Al decir ‘desviaciones’ subrayamos que aún no las vemos como algo que ha cristalizado y está absoluta y completamente definido, sino solo como el comienzo de una tendencia sobre la cual el Partido debe dar su apreciación”.¹²

b) *La tendencia*. Dice Lenin: “Solo se puede llamar tendencia a una suma de ideas políticas bien definidas respecto de todos los problemas más importantes, tanto de la Revolución (pues nos hemos alejado muy poco de ella y de ella dependemos en todos los aspectos) como de la contrarrevolución, que además ha mostrado su derecho a la existencia como tendencia por su difusión entre amplias capas de la clase obrera. Que el bolchevismo y menchevismo son tendencias socialdemócratas, lo demostró la experiencia de la revolución, la historia de ocho años de movimiento obrero. En cuanto a los pequeños grupos que no representan ninguna tendencia, los hubo en esa época a granel, así como los hubo antes. Confundir una tendencia con grupos menores, significa condenarse a las intrigas en la política de partido, porque la aparición de pequeños grupos carentes de principios, su efímera existencia, sus esfuerzos por decir lo ‘suyo’, las relaciones de un grupo con los otros, como si fueran potencias especiales, constituyen precisamente las bases de las intrigas que se urden en el extranjero y de ellas no hay más solución que una rigurosa y consecuente fidelidad a los principios, comprobados por la experiencia de la larga historia del movimiento obrero”.¹³

c) *La fracción*. Dice Lenin: “El bolchevismo está representado en nuestro país por la fracción bolchevique del Partido. Pero la fracción no es el Partido. En un Partido puede haber toda una gama de matices de opinión, cuyos extremos puede acaso estar en abierta contradicción entre sí. En el Partido Alemán, vemos, al lado del ala claramente revolucionaria de Kaustky, el ala

archirrevisionista de Bernstein. La fracción es otra cosa. En el Partido, la fracción es un grupo de hombres unidos por la *unidad de ideas*, creadas con el objetivo primordial de influir sobre el Partido en determinada dirección, con el objetivo de aplicar en el Partido sus propios principios en la forma más pura posible. Para eso es necesaria una auténtica comunidad de ideas. Esta diferencia entre lo que exigimos de la unidad del partido y de la unidad de la fracción debe ser comprendida por cuantos deseen explicarse el verdadero estado de los roces internos en la fracción bolchevique”.¹⁴

Bien. Tenemos las formas. Pero no hay formas sin contenido. Como se sabe, dentro de la teoría marxista-leninista, la forma no es independiente del contenido y mucho menos de la esencia. Por eso dice Lenin en *Cuadernos filosóficos*: “La forma es esencial. La esencia se forma. De uno u otro modo, en dependencia también de la esencia... La esencia como identidad sin forma (identidad de sí consigo misma) se convierte en materia”.¹⁵

Por consiguiente, si interpretamos las distintas formas de lucha ideológica descriptas más arriba (la desviación, la tendencia, la fracción) a la luz del método dialéctico, debemos concluir que ellas constituyen un hecho histórico. No una cosa mala o buena, por sí misma, independientemente de su contenido y esencialidad revolucionaria.

En otros términos: conforme al método dialéctico, es necesario analizar en cada caso una desviación, una tendencia o una fracción, para determinar si ellas son positivas o negativas, si contribuyen o no al mejor desenvolvimiento del proceso revolucionario en el seno del Partido, es decir, si crean o no las condiciones más favorables para su construcción. Este es el punto de vista científico, que nos enseñan los maestros y del que no debemos apartarnos.

Por lo demás y en tesis general, las desviaciones, las tendencias o fracciones tienen un contenido de clase. En este carácter son universales. O sea, que se han dado en el movimiento obrero de todos los países capitalistas, desde los albores de la formación y la lucha de clases. Constituyen discrepancias tácticas enderezadas a desnaturalizar la teoría marxista, con concepciones burguesas y pequeño burguesas, extrañas a las enseñanzas de los fundadores del socialismo científico. Precisamente, Lenin dedicó los mejores esfuerzos de su vida a preservar de tales deformaciones el grandioso legado que nos dejaron Marx y Engels y a enriquecerlo con nuevos aportes, pero sin apartarse jamás de los principios.

Glosando a Pannekoek, Lenin sostiene que el logro de nuevos “reclutas” y la incorporación de nuevos sectores de las masas trabajadoras deben ir acompañados inevitablemente de vacilaciones en el terreno de la teoría y de la táctica, de una recepción de viejos errores, de un retorno transitorio

a concepciones y métodos antiguos, etc. El movimiento obrero de cada país invierte periódicamente más o menos reservas de energías, atención y tiempo para el “adiestramiento” de los “reclutas”.¹⁶

Lenin puntualiza: “La clase obrera y sus ideólogos asimilan el marxismo de modo más fácil, más rápido, más completo y más firme donde la industria en gran escala está más desarrollada. Las relaciones económicas atrasadas o las que se han rezagado en su desarrollo, conducen siempre a la aparición de partidarios del movimiento obrero que asimilan solo algunos aspectos del marxismo, solo algunas partes de la nueva concepción del mundo o algunas consignas y reivindicaciones aisladas, sin ser capaces de romper decididamente con todas las tradiciones de la concepción del mundo democrático-burguesa en particular”.¹⁷

“El carácter dialéctico del desarrollo social, que se produce en medio de contradicciones, constituye fuente permanente de discrepancias”, agrega Lenin.

Luego concluye el mismo Lenin: “Los cambios de táctica de las clases dominantes en general y de la burguesía en particular son, por fin, una causa extraordinariamente importante de divergencias entre los militantes del movimiento obrero. Si la táctica de la burguesía fuese siempre uniforme, al menos del mismo tipo, la clase obrera aprendería a responder a ella rápidamente con una táctica también uniforme del mismo tipo. Pero es un hecho que la burguesía de todos los países establece, inevitablemente, dos sistemas de gobierno, dos métodos de lucha por sus intereses y por mantener su dominación y estos métodos se alternan o se entrelazan en distintas condiciones. Es, en primer término, el método de la violencia, el método que rechaza cualquier concesión al movimiento obrero, el método de respaldar todas las concepciones viejas y caducas, el método de la negación intransigente de las reformas, las concesiones, etc.”.¹⁸

Penetrando más en el meollo de la cuestión que nos ocupa, Lenin, refiriéndose a las causas últimas de la formación de las tendencias fundamentales en el movimiento obrero ruso y, por ende, a las luchas y contradicciones internas del Partido, señala: “En realidad, estas dos tendencias que dejaron su huella en toda la historia de la revolución rusa, en los primeros años (en muchos aspectos los años más importantes) del movimiento obrero, de masas en Rusia, fueron producto del proceso de transformación económica y política de Rusia de país feudal en burgués, fueron producto de la influencia que las diversas clases burguesas ejercieron sobre el proletariado o, más exactamente, fueron producto de la situación de las diferentes capas de la burguesía entre las que actuaba el proletariado”.¹⁹

En suma: si las luchas de tendencias en el partido y sus distintas formas

constituyen un hecho político inherente a las contradicciones que anidan en toda cosa viva y real, ellas no podían dejar de existir, en tanto que lucha ideológica que le es propia y natural. De lo contrario, el partido marxista-leninista no sería lo que es y debe ser. Sería una cosa muerta, fosilizada, incapaz de conducir un proceso revolucionario y menos de transformar la sociedad capitalista en socialista. Tampoco sería un partido vinculado a las masas, si no fuera capaz de resolver correctamente y por el método dialéctico, las contradicciones en que le toca actuar. El Partido mismo, con todas las formas de lucha interna que le son propias, de acuerdo con las circunstancias históricas, no es más que una superestructura política.

Si interpretamos esa superestructura como un todo, así como en particular sus desviaciones, sus tendencias y sus fracciones, a la luz del materialismo histórico, no podemos menos que llegar a la conclusión, en última instancia, de que responde a la infraestructura económica de la sociedad o base material de que se trate. Si no fuera así, estaríamos apartándonos de la concepción marxista, para desembocar en una interpretación en consonancia con la filosofía idealista burguesa. Y los militantes del mismo partido marxista-leninista, hasta que no maduran en una correcta formación basada en la práctica social y en la teoría formulada por los clásicos, suelen no darse cuenta de que a menudo interpretan las luchas internas o ideológicas, con métodos y principios correspondientes a concepciones burguesas o cristianas, es decir, no científicas. Por eso en 1910, cuando su Partido comienza a madurar, Lenin escribe: “En lugar de dirigentes provenientes de la intelectualidad, promueve a dirigentes de origen obrero. Se desarrolla un nuevo tipo de militante obrero socialdemócrata que se ocupa independientemente de todas las actividades del partido y que, comparado con el tipo anterior, tiene diez veces más capacidad para cohesionar, unir y organizar a las masas del proletariado. A ese obrero nuevo nos dirigimos, en primer término, con nuestra *Rabocaja Gaceta*. Este obrero ha superado ya la etapa en que podía gustarle que le hablaran un lenguaje infantil y lo alimentaran con papilla. Necesita saber todo cuanto se refiere a los objetivos políticos del partido, cómo está organizado, su lucha interna. No le asusta la verdad desnuda con respecto al partido, a cuyo fortalecimiento y estructuración está dedicado. No lo ayudan, sino que lo perjudican, esas frases revolucionarias generales y esos dulzones llamamientos conciliatorios que encuentra en el periódico *Pravda* de Trostki, pues de ninguno de ellos obtiene una exposición clara, precisa y directa de la línea del partido y de la situación del partido”.²⁰

Por último, refiriéndose a los que adoptan el partido del término medio o a los que se abstienen en la lucha o se apartan de ella, destaca Lenin: “En

realidad, en una organización democrática, la neutralidad es casi imposible y la abstención equivale, a menudo, a la acción”.²¹

Y todavía añade: “Toda posición ‘apartidista’ es por naturaleza fuente infinita de insolubles contradicciones”.²²

7. En un marco de tensión, cargado de subjetivismo y grandes expectativas, se realizó el segundo Comité Central del exilio, en octubre de 1974. Las deliberaciones no fueron relevantes. Todas las tendencias a las que ya aludimos cuidaron mantener la unidad interna; aunque como se viera después, ello fue más ficticio que real.

Sobre el informe previo de la dirección nadie se ocupó. Se divagó mucho. Sin duda, lo más importante y lo que alivió las tensiones, fueron las autocríticas manifestadas por los miembros de la dirección.

A) Dijo el principal de ellos, entre otras cosas:

Nosotros tenemos dos problemas para analizar, dos aspectos de la cosa en esta discusión, hay dos ejes: un eje que son los errores que nosotros cometimos y hay un eje que en lo fundamental, sintetizó el compañero Pedro, que son las críticas a los compañeros por los errores de funcionamiento. Nosotros debemos tomar un punto de vista justo. El eje principal que va a dar la salida a los problemas que aquí están planteados, para que no sean totalmente antagónicos ya, hoy mismo, es los errores que nosotros cometimos y no los errores de los compañeros. El problema de la conspiración que aquí se dice no quiere decir que yo comparta o no comparta, no es el problema principal que nosotros hemos venido a discutir en este tema concreto; el problema principal es el problema de los errores que hemos cometido y que creo que esta es la única salida a la expresión concreta que hay acá de la lucha de clases en el seno del Partido. Para esto sirve el marxismo-leninismo, para analizar la situación concreta y no para otra cosa. Entonces compañeros ese es el primer problema y el eje sobre el cual nosotros debemos discutir autocrítica y críticamente. No quiero decir que no consideremos lo que es secundario, también lo vamos a hacer, pero el eje y lo primero que tenemos que hacer es centrarnos en eso, es los errores que hemos cometido y a eso me voy a referir para después volver sobre lo otro. Yo sería un oportunista, no me costaría nada, hacer centro en los errores de los compañeros para encubrir los errores que nosotros hemos cometido. No es ese mi punto de vista ni creo que debe ser ese el punto de vista proletario. El punto de vista proletario aquí es el de analizar conscientemente los errores que hemos cometido. Primer problema. Nosotros compartimos el punto de vista del

compañero Bruno de que no desarrollamos en la dirección de la organización una conducción proletaria. Y no desarrollamos una conducción proletaria, compañeros, porque si bien estamos convencidos e introducimos cosas nuevas en la organización, no logramos lo fundamental que era cambiar nuestra práctica global. Es decir, cambiar la práctica de aparato por la práctica de masas, que es la práctica proletaria. No es la primera vez que planteamos esto. Nosotros compartimos el criterio, no sé quien dijo ayer, de que es el punto de vista del criterio con que se construyó el partido allá, el aparato que se creó, superestructural, fue la continuación desde el punto de vista metodológico pequeño burgués, no tenemos absolutamente ninguna duda. Los aparatos armados son históricamente derrotas, sufrimientos. Este problema hay que estudiarlo y es muy profundo, el problema de la práctica con las masas, con la clase obrera, es lo más rico, es lo fundamental. La cuestión de la revolución es un problema de masas, nosotros estamos absolutamente convencidos de eso.

Segundo problema. No supimos impulsar decididamente la síntesis de nuestra experiencia, del conjunto de la organización, no fuimos capaces de vencer la resistencia de otros elementos pequeño burgueses en la dirección que trababan estas cuestiones. Caímos en el esquematismo, trasladamos un problema teórico y resultó ser un nuevo aparato, eso es objetivo, alguien lo dijo. Entonces, después allá con esta concepción cómo no íbamos a equivocar los ejes de la construcción. Se debió partir de la fábrica y no al revés. Y cuando digo se debió partir de la fábrica no digo se debió partir de la agrupación de los obreros del 26 de Marzo. Se debió partir de los mejores obreros que caracteriza Lenin, que la clase distingue por sí sola, estuvieran en el 26 de Marzo o no. En un período de descomposición de la izquierda en su conjunto, ese es el punto de vista justo del eje de construcción. (Cas-sette N° 16.)

B) Otro miembro dijo:

Además de ser absolutamente responsable como integrante de la Comisión Política de los errores cometidos por la dirección, me hago también responsable a la vez de no haber realizado una práctica de masas en todo este período, de no haber realizado la profundización que la responsabilidad de dirección exigía en la teoría marxista-leninista; para mejor comprensión (o comprender) los problemas y aportarle a la organización y al pueblo en la medida en que tenía, en que debía haber asumido la responsabilidad. Y que iba a tener el hecho ese de no haber profundizado en la teoría, iba a tener sus expresiones en los errores que cometimos. Quiero decir, además,

que en este período que va de febrero de 1973 a la fecha en que integro el Comité Central, o desde julio del año pasado en que integro la Comisión Política, comprendí sobre la práctica concreta que no tenía la capacidad necesaria y suficiente de transformación o de búsqueda de transformaciones de la organización guerrillera que era en un partido marxista-leninista y en la situación concreta de contrarrevolución burguesa en el Uruguay, no tuve la capacidad necesaria y suficiente para poder cumplir con la tarea de dirigir esa organización. (Cassette N° 16, pág. 9.)

C) Otro expresó:

Pienso entonces, porque sé además a los compañeros a los que se refiere el compañero José, que en determinado número de compañeros del MLN, no podría decir si es mayoría o minoría, están metidas las raíces de lo que debe ser la respuesta principal al pueblo uruguayo. Pienso que a esos compañeros les ha costado mucho comprender estas cuestiones como me ha costado a mí, por nuestra propia práctica anterior. Me ha dolido y me dolió que estando en la dirección compañeros planteaban que los compañeros más viejos eran los que menos entendían la cuestión del Partido. Y evidentemente en la dirección, quizás yo fuera el que menos entendía, no porque estuviera contra la clase, no porque estuviera contra el pueblo, porque no pienso que ningún compañero esté contra la clase, contra el pueblo, sino que nuestra práctica anterior no nos educó en eso. En el año 67, después de los golpes recibidos, después de muerto el compañero Flores, la organización pasó a tener la etapa más centralista que yo conocí en la historia del MLN. Cuando caímos presos en Punta Carretas, nosotros fuimos a la dirección de Punta Carretas, fuimos los compañeros que criticamos a la dirección centralista, hasta que como dice el compañero Marcelo, llegó el Bebe; más, yo decía a los compañeros que cuando los compañeros no estaban de acuerdo con lo que yo iba a plantear, entonces vino Marenales y "tutti contenti". Y ahí se aguantaban piola*. Que yo cuando iba a discutir con Candán y no estaba de acuerdo y ahí se aguantaba piola y estaba de acuerdo con la línea.

Entonces no me asusto de los errores cometidos, porque ninguno los cometió conscientemente. Pienso entonces, para terminar, no como José, volver a la clase obrera y las masas, sino por primera vez, y quiero ir además e ir desde la base; estoy en la dirección del MLN hoy, porque como desde el día que entré agarré todas las responsabilidades que me dieron. Absolutamente todas. Hoy no solo en función de los intereses del MLN, sino de nuestro pueblo, pido pasar a la base y no por el MLN sino por el pueblo uruguayo. Nada más. (Cassette N° 17, lado 1 y 2.)

D) Por su parte, otro miembro de la dirección sostuvo:

Nosotros pensamos que sin ninguna mala intención, porque dentro de esa política que nosotros en la dirección acordamos a determinar, es decir, determinar a seguir adelante con los compañeros que venían de allá, evidentemente representantes de la clase; está por decidirlo: dar algunos encuadres acá y responsabilidades a esos compañeros. Nosotros incluso en la dirección llegamos a plantear a partir de eso, nombres concretos, es decir, la integración del "Chato" a la célula de propaganda y al compañero Valentín y a algún otro compañero al regional de Buenos Aires como primer paso, es decir para tratar de ir en la medida que no se crearan las condiciones concretas para volver al frente, que los compañeros acá tuvieran encuadre y a la vez la dirección llevara adelante las políticas que estaban determinadas, es decir, la proletarización a partir de que los compañeros obreros pasaran a tener responsabilidades. Es en el marco de eso que nosotros un día hacemos un largo planteamiento en el Regional Buenos Aires donde ponemos todo lo que pensábamos con los compañeros que habían venido del frente, como pensábamos integrarlos y nosotros fundamentábamos y criticamos, en lo que estuvimos todos de acuerdo en el Regional Buenos Aires. (Yo voy a dar nombres de los que estábamos ahí), la mala política que se había seguido, es decir, criticamos que en la teoría se había determinado la proletarización y la construcción del partido, a partir de la clase obrera, pero en los hechos no se había dado porque la constitución del Regional Buenos Aires no era precisamente la expresión de esa política que se había determinado, y los compañeros saben bien (es cierto que hay un hecho que reconocer que en el momento que se integra el Regional Buenos Aires se integró a los compañeros que había acá), es decir, no se partió de la clase para integrar los organismos. Nosotros hicimos todo un planteo entonces, de cómo nosotros a partir de realizar escuela y de que algún organismo caracterizara a los compañeros (además nosotros conocemos a los compañeros), el caso de Valentín, el caso del Chato, de otros compañeros más que están acá, sabemos de su militancia, de su extracción de clase, de su compromiso con la causa, es decir todas esas cuestiones, que esos compañeros pasaran ahí, pero que pasaran paulatinamente, es decir lentamente que se fueran integrando. Hubo una mala interpretación y se entendió que yo había planteado que había que barrer el Regional Buenos Aires. Y traer y poner ahí a 5 o 6 obreros. Es de ahí que surge entonces un planteo. Nosotros no sabemos de dónde, con toda razón, con toda lógica, que los compañeros dijeron: acá andamos a los bandazos*. Un día estamos para la pequeña burguesía y otro día estamos para inundarnos de obreros. (Cassette N° 17, lado 1 y 2, pág. 3.)

Más adelante, el mismo exponente concluyó:

Y es que nosotros siempre le dijimos a la dirección que nos hacíamos responsables de los errores cometidos, pero allí conciliamos que no tuvimos valentía de plantear las cosas tal cual las veíamos y es muy cierto lo que dice Marcelo, que yo hacía mucho tiempo que un día le planteé: esta dirección no camina, esto va a la ruina, acá hay que hacer algo, acá hay que renunciar, hay que irse para el Uruguay, algo hay que hacer, eso es cierto. Yo lo planteé hace mucho tiempo. (Cassette N° 17, lado 1-2, pág. 4.)

E) Asimismo, otro miembro de la dirección sostuvo:

Y hoy siempre consciente con exactitud y a partir de los errores cometidos en todo ese período, es que yo considero que estoy de acuerdo con que la revolución sin las masas era imposible hacerla, pero también tomé conciencia de que las masas sin un partido revolucionario, con una ideología, con una práctica, con una política de integración de clase proletaria era imposible que condujesen a la revolución.

Yo de mañana sostuve que fui consecuente a partir de la síntesis a la cual habíamos llegado de cómo transformar el MLN en partido. Los compañeros que militaban conmigo, fundamentalmente en el Regional, creo que lo saben, que en mi conciencia posible, deseo militar en la base.

Yo dije en la mañana, y voy a ratificarlo ahora, que quiero militar en la base, quiero decir que en mi caso particular, nosotros estábamos separados del MLN, que no era la primera vez que renunciaba a la dirección, lo había hecho por lo menos dos o tres veces, buscando el camino. (Cassette N° 17, lado 1 y 2, págs. 1-2.)

F) Por otra parte, el representante de un Regional declaró:

Yo entiendo que por la forma que planteo la cosa, por lo menos tenemos todos los errores, machacamos los errores que tuvieron los compañeros y yo estoy de punta con todo eso, pero alguna consideración tenemos que tener, o por lo menos algún respeto, por el compañero Marcelo, aunque hoy va a tener que ir a la base para aportar para la revolución, pero vamos a tener que no dejar al compañero de lado porque sea un pequeño burgués y porque se equivocó, es decir que por lo tanto yo, la crítica que el compañero Juan le hace a Marcelo, yo no la comparto. (Cassette N° 18, pág. 4.)

G) En cambio, un obrero de la Tendencia Proletaria expuso:

Desde que vinimos a este frente no hemos tenido encuadre, o sea, a partir de la escuela y de esto hace cinco meses. Acá está avalada esta posición ahora a través de los compañeros que han tenido contacto directo con nosotros y a quienes permanentemente le hemos estado pidiendo y planteando la necesidad de tener un organismo de discusión. Es un poco eso y eso no es lo que justifica en mi posición personal el haber hecho los horizontales, pero puede ser también un elemento más. Es muy probable que si hubiera tenido un organismo de discusión yo hubiera llevado la discusión a ese organismo. ¿Y qué se desprende de la intervención del compañero Pedro? El compañero Pedro plantea que viene después de haber chocado con los compañeros de la pequeña burguesía, se había estrellado contra todos, llega acá esta otra vez la pequeña burguesía en la dirección de la organización. El compañero Pedro es lo que mejor avala, para justificar la necesidad de los horizontales. Seguramente tengo que decir una cosa. De acuerdo a mi criterio, perdonen que le ponga el mí, pero acá yo asumo la responsabilidad de lo que digo. De acuerdo a mi criterio, la posición del compañero Pedro es lo más idealista que he escuchado en mi vida, porque el compañero plantea que tiene dificultades allá, que tiene dificultades en todos lados, pero jamás va a sacar la Orga adelante haciendo horizontales y buscaría otros medios, no dice cuáles son, porque si tiene dificultades para plantear las posiciones en todas partes, y realmente, honestamente, si quiere sacar adelante la cosa, yo me pregunto si va a parar. (Cassette N° 13, lado 2, pág. 28.)

H) Por su parte, uno de los “peludos”* que integraba la Tendencia Proletaria dijo:

Si los compañeros han aportado dije: para mí que se mandaron una maniobra con sus renunciaciones. Y fracasaron cuando la base empezó a estudiar las renunciaciones y se dieron cuenta de que ellos no tenían ningún apoyo, que estaban deseando que salieran de ahí, y que ese era el sentir de toda la base. Y entonces por eso yo digo que la base se ha liberado. Porque si fuera lo contrario, capaz que la base estaría clamando a la dirección o a cualquier organismo para que volvieran a la dirección y se dio todo lo contrario. Se empezaron a ver todos los errores que habían cometido y a ver quiénes eran los que estaban en la dirección y estaban llevando eso adelante. Y entonces por qué yo voy a apoyar, por qué voy a conciliar, por qué voy a tomar posición de querer defender a Marcelo por todo lo bueno que ha hecho si también él ha cometido el error más grande que podían haber cometido

todos los pequeño burgueses. Si yo defendiendo a Marcelo por todo lo que ha colaborado, estoy defendiendo pues a la pequeña burguesía. Y eso para mí es bien claro. (Cassette N° 15, lado 1, pág. 1.)

I) Un miembro de la Tendencia Logística dijo, por último, en el Comité Central:

Yo soy integrante de este organismo e integré un organismo del Partido en Buenos Aires. Los errores en todos estos tiempos tienen mayores consecuencias, son de mayor responsabilidad. Yo creo que en este Comité Central, los compañeros de la Orga reciban de este CC y de cada uno de nosotros la autocrítica lo más profunda que podamos hacerla aquí, de repente no es un problema de honestidad sino más bien de conciencia, ser profundos en la autocrítica hasta donde a uno le dé su conciencia, y tratar de ser objetivos ante todos los compañeros. Yo he cometido una serie de errores y también me costó mucho, como a muchos compañeros, hacerme a las ideas correctas o ideas partidarias. He visto montón de errores y los he dejado pasar, porque ni siquiera los he planteado en el frente. Tal vez por miedo a lesionar los intereses de la Orga, sin darme cuenta que ahí estaba cometiendo errores peores. Creo que en lo que me es particular he tenido más errores que aciertos, desde el CC anterior hasta ahora. No pienso que siempre tuve las cosas claras. Y me he puesto a pensar un poco porque todos cometemos errores. Y yo veo, es cierto, que tenemos todos, unos más otros menos, una práctica en el MLN. Y es cierto que el MLN, que es lo que nosotros entendemos debe ser un partido, es el MLN. A mi ver parece que por todas las carencias que le veo a la organización, lo que veo son carencias de los compañeros de dirección para criticarnos. Lo fundamental de mis errores está motivado por la presión que ejerce en mí el MLN, pero fundamentalmente por un origen y práctica social.

8. Nos abstenemos de hacer comentarios sobre el desarrollo del Comité Central y sobre las intervenciones transcritas, para no influir en la interpretación que las bases deben hacer por sí mismas. Pasamos, pues, de lleno a dar los fragmentos fundamentales de la Resolución General de este Comité Central, a los efectos de complementar lo que venimos documentando. Se dice en la Introducción:

1) Entendemos que la crisis que vive nuestra Organización es producto de la agudización en el seno de la misma de su principal contradicción; contradicción que tiene un carácter de clase que se expresa en: PROLETARIADO-PEQUEÑA BURGUESÍA.

2) En Viña caracterizamos que nuestra Organización tenía una desviación de clase, una desviación pequeño-burguesa. Ha pasado un año y medio y la correlación de fuerzas dentro de la misma no ha variado. Ha sido la pequeña burguesía la que ha integrado los organismos de Dirección, nuestro Partido no se ha proletarizado en lo fundamental; consideramos fundamental el cambio de la correlación de fuerzas en lo interno a favor del proletariado. Esto se ha evidenciado en muchas cosas: caracterización y promoción de los cuadros, métodos de dirección, aislamiento de las bases, estilo de trabajo, no concreción de las políticas, renunciaciones, inorganicidad, subjetivismo, e inclusive, en un estilo no proletario de vida.

Luego agrega la declaración del Comité Central de octubre de 1974:

6) Nuestra organización tiene en sus orígenes raíces proletarias que influyeron decisivamente en la lucha armada de nuestro país. Su relación con UTAA y un núcleo de compañeros proletarizados fecundaron nuestra Organización. Fuimos creciendo y aprendiendo a caminar solos, desplegando una práctica que nos hizo contar con la abierta simpatía de la clase obrera uruguaya y de nuestro pueblo. Pero a pesar de contar con esa influencia, no nos basamos en la etapa de desarrollo en el proletariado para nuestra construcción y fortalecimiento, produciéndose entonces no selectivamente el ingreso de grandes sectores del pueblo, entre ellos grandes capas de la pequeña burguesía, producto de la situación económico-social, el MLN (T) fue cayendo en el predominio de la pequeña burguesía, que hegemonizó totalmente después de la caída de Almería.

7) Aunque después de la derrota de abril de 1972 un grupo de compañeros en exilio iniciaron un proceso en el conocimiento de nuestro problema central, la cuestión ideológica, el problema de clase dentro del MLN (T) no fue solucionado y no se avanzó decididamente en la recuperación de la Orga por el proletariado. Esto es necesario y posible en lo inmediato, construyendo nuevos organismos de dirección de predominio proletario, e iniciando sin vacilación la construcción del Partido marxista-leninista de combate.

8) Para la tarea de reconstrucción del Partido debemos escoger un grupo de compañeros muy seleccionados, tomando en cuenta su práctica anterior, su identificación plena con nuestra ideología, con nuestra línea, con un estilo de vida proletario: trabajando y viviendo con humildad, junto al pueblo, en sus barrios. Esto es un trabajo difícil, para hacerlo bien despacio, ininterrumpido, dirigido a los compañeros más avanzados de la clase obrera, trabajando en células partidarias capaces de luchar en todas las formas, es decir llevar adelante la línea político-militar.

9) *Queremos dejar sentado que consideramos imprescindible analizar la historia del MLN (T) para extraer sus enseñanzas, pero debemos cumplir antes dos etapas: la primera, cambiar nuestra práctica social, el ser social es el que determina la conciencia; segundo, estudiar profundamente la situación económico-social y política que se corresponda con la vida de la Organización para objetivar la relación dialéctica entre el MLN (T) y la sociedad.*

9. Este documento del Comité Central, es en general conocido por las bases. De ahí que solo nos detenemos en transcribir las partes que nos parecen más importantes. Importa destacar, igualmente, que ese Comité Central, designó una Comisión Política o dirección, integrada por cuatro cañeros o dirección de los “peludos” como dio en llamarse.

Como se sabe, el nivel ideológico y político de los referidos cañeros en su conjunto, no estaba a la altura de las responsabilidades que se les había confiado.

Total, que a las pocas semanas, los miembros de esta dirección quedaron atrapados en sus propias contradicciones internas.

De ahí en más, la inoperancia de la nueva Comisión Política se tornó incuestionable.

Para colmo, designó una Comisión para hacer una exploración en el frente, tal cual lo había dispuesto el Comité Central, y solo aceptaron concurrir a Montevideo los miembros que pertenecían a la Tendencia Proletaria.

Como la necesidad de un informe que reflejara el estado de cosas en el frente se consideraba insoslayable, la Tendencia Proletaria resolvió asumir ella la responsabilidad de cumplir con esa función, y a principios de enero de 1975, la misión había producido ya un exhaustivo documento, después de dos meses de estadía en la capital uruguaya y de realizar innumerables contactos.

Y a fines de noviembre de 1974, la Dirección en cuestión que era de cuatro miembros, quedó reducida a la mitad. Uno de ellos se había retirado para el norte argentino, a raíz de un incidente con otro miembro de la Dirección. Otro, que quedó en minoría, decidió volverse definitivamente para el país, de donde había procedido. Solo la Comisión de Disciplina había estado cumpliendo sus cometidos.

Durante el mes de diciembre, los dos miembros restantes se vieron algunas veces, pero sin atinar a cómo salir del callejón sin salida en que se encontraban. Fue así, que a fin de año volvieron a movilizarse las bases, planteando la necesidad de realizar una Comisión Política Ampliada, o Simposio, para examinar la embarazosa situación. Esta Comisión Política Ampliada se reunió los días 31 de diciembre y 1 de enero.

Como primera medida resolvió ampliar la Comisión Política que estaba en dos miembros, dejándola en cinco. En tal virtud, ingresaron a la Comisión Política dos compañeros, uno de la Tendencia de Logística y otro de la Tendencia Proletaria. De esta manera quedó resuelta la crisis de dirección, integrada por tres miembros por la Tendencia de Logística y dos por la Tendencia Proletaria.

En esta reunión también se dispuso la expulsión de los renunciantes y se les caracterizó como a traidores de la Organización.

Asimismo, se puso a consideración de la reunión y se sintetizó el Documento que la Tendencia Proletaria había elevado a la Comisión de Disciplina. Es un trabajo de más de 70 páginas, de elevado nivel teórico, que rápidamente hemos glosado. Como resulta imposible referirse pormenorizadamente a él, en razón de su extensión, dejaremos constancia de los temas que trata, que son los siguientes:

1. La lucha de tendencias en la práctica revolucionaria de Marx y Engels.
2. La lucha de tendencias y de fracciones, en la teoría y en la acción de Lenin, en dos grandes períodos: a) antes de la Revolución de Octubre; b) después de la Revolución.
3. La conducta que deben observar los revolucionarios marxista-leninistas frente a las contradicciones internas del Partido.
4. Génesis, desarrollo y conducta de nuestra Tendencia Proletaria ante la crisis.

Igualmente, importa recoger la autocrítica que la Tendencia Proletaria hace en este documento de diciembre de 1974. Dice:

a) Que incurrimos en métodos incorrectos al dar la lucha ideológica. Caímos en subjetivismo, antes del Comité Central y también en aspectos de nuestra crítica en el seno del mismo. Ni siquiera los compañeros con más experiencia política con que cuenta nuestra Tendencia, escaparon a este hecho. Ellos objetivaron tal error y se adelantaron a hacer la autocrítica correspondiente.

b) Que nos faltó un análisis más profundo de la situación, lo mismo que una estrategia y una táctica más elaborada; aunque los hechos se producían con una rapidez sorprendente. Tal carencia contribuyó a que cayéramos también nosotros en la “manija”²³ y quizás nos limitó el hecho de que nos reuniéramos por primera vez con vistas a un objetivo común, compañeros que recién empezábamos a conocernos y que procedíamos de experiencias y formaciones diversas. No faltaban, tampoco, los compañeros de extracción pequeño-burguesa; aunque sin duda lo que en definitiva contribuyó a poner

bajo control las contradicciones fue el hecho de que los proletarios estábamos en mayoría. La lucha ideológica fue, pues, por momentos aguda y pasó por dificultades o crisis, que siempre preceden a los saltos cualitativos.

10. Las tareas centrales emergentes de las resoluciones del Comité Central de octubre de 1974 eran:

1. Construcción del Partido de clase, de cuadros de combate, en el frente.
2. Organización y realización de la Convención del MLN (T).

La nueva dirección del MLN (T) –surgida de la Comisión Política Ampliada del 31 de diciembre de 1974– trabajó con ahínco en el logro de estos propósitos fundamentales.

Y lo hizo con un grado de cohesión creciente, contando en ese sentido con la imponderable colaboración de aquel grande e inolvidable revolucionario argentino –el compañero Domingo Mena–, que participó semanalmente de las reuniones de la Comisión Política en carácter de dirigente de la Junta Coordinadora Revolucionaria y del PRT, en atención a los acuerdos recíprocos vigentes.

Aunque esa Comisión Política trabajó en los primeros tres meses como no lo habían hecho sus similares en el exilio y logró reanimar la actividad del MLN (T) en el frente, la situación de la organización continuaba siendo muy débil. No hay que olvidar que la crisis que se agudiza a partir de abril de 1974, a causa del aniquilamiento en el frente de lucha, redujo prácticamente a cero a la organización. Sobre todo, en el orden logístico y, especialmente, en materia de dinero, ya que a pesar de todas las estrecheces y austeridades de aquel entonces, los recursos eran absolutamente insuficientes para el traslado y asentamiento de compañeros en Uruguay.

Con todo, a fines de marzo ya se habían introducido alrededor de 30 compañeros a Montevideo, los que tenían que arreglarse trabajando para vivir, aunque fueran clandestinos.

En eso se estaba, en plena penuria, cuando a raíz del pasaje de Paco (Quiroga) a Montevideo, su caída y cantada, transformándose en colaborador del enemigo, determina la caída de dos compañeros muertos y 22 detenidos por la represión. Es que la mayoría de las casas en que se alojaban esos compañeros eran conocidas por Paco y su traición y traída a Buenos Aires para identificarlas hizo posible semejante redada.

Claro que se era consciente de que residir en viejos locales de la organización –conocidos por muchos– constituía una de las debilidades más extremas en materia de seguridad. Pero tampoco se contaba con recursos

para resolver ese problema en el corto plazo, y, mientras, se cumplía el plan de trasladar a los compañeros a otros destinos.

Al parecer no había otra salida que correr esos riesgos y jugar una carrera contra reloj con el enemigo. Esas son las encrucijadas reales que suelen vivir, en los hechos, los revolucionarios; aunque vistas de afuera y con criterios ideales, resultan a veces incomprensibles.

Todo ello fue más grave todavía, a raíz de que no pocos de los compañeros caídos estaban débiles y desorganizaron su conducta, a causa de la tortura.

A partir de ahí –y sobre todo después de las declaraciones de Paco a fines de marzo de 1975– todo estaba sabido por el enemigo. En consecuencia, el destino de los compañeros que habían pasado a Montevideo, también estaba sellado. Y lo que es más: uno de los esfuerzos más serios que se habían hecho por remontar la situación en el frente de lucha.

Uno de los compañeros que integraba la conducción en Montevideo, en carta de abril de 1975, reflejando la opinión del cuerpo, planteaba la dramática situación a que se había llegado cuando escribía:

Sin muchos preámbulos –ya que lo ocurrido debe tenerlos inquietos– trataré a continuación de resumir brevemente la actual situación interna.

1) Lo de Buenos Aires tiene gran importancia. Es un golpe en la reducida retaguardia que teníamos aquí. En un momento de gran debilidad en el frente, donde –por lo tanto– los aspectos de apoyo logístico adquieren gran repercusión en las posibilidades de desarrollo. Hoy para nosotros es casi lo mismo que un golpe en el frente. Perdimos cuadros políticos y técnicos (todo lo que quedaba). La caída de B. tiene mucha importancia, fundamentalmente en el plano político. Nos resta su experiencia, su capacidad y conocimientos teóricos en lo político y en lo militar. Su disciplina y constancia en el trabajo, todo lo cual debilita el organismo del cual formamos parte.

En una palabra, estamos sin plata, sin “fierros”, sin técnica casi, con menos compañeros capacitados para la etapa que estamos viviendo. Es indudable que otro golpe de estos y podrían reducirnos a cero.

2) Frente. Somos muy pocos y debemos preservarnos (pero aquí o en el Frente). Preservarnos en el mejor sentido de la palabra. Es decir, integrarnos mucho más a la clase obrera y al pueblo, exigírnos más, en todos los sentidos (principalmente en lo que se refiere a los problemas de seguridad). Conocer y preservar permanentemente la real fuerza que tenemos. Preservar sin conservar (es decir arriesgar exactamente lo que debemos arriesgar) No nos podemos plantear, después de esto, como los renunciantes, y desertores, ser “revolucionarios” en conserva. En conclusión, nuestra primera batalla contra

el enemigo es preservar lo poco que tenemos, a pesar de que ellos saben ya a esta altura que estamos, cuantos y casi (sin casi) quiénes estamos. Esta es la primera victoria que podemos plantearnos objetivamente.

En este sentido, es probable, casi seguro, que se lance una ofensiva contra nosotros, en el marco de toda la ofensiva general contra el movimiento obrero para el Primero de Mayo. Ya se está creando el clima para esto. Si sobrevivimos a todo esto (traidores incluidos) será la primera derrota que infligiremos al enemigo. Esto nos estimulará mucho seguramente.

Sobre las causas de lo ocurrido:

1) Los hechos indican a esta altura que todo empezó con la caída de Paco, de la Comisión Política, al cruzar para acá. A los dos o tres días habría empezado a colaborar. Después cae el mismo día el local del H. Allí también caen T. y L. La T. canta. El mismo día cae un local de la Tendencia Proletaria, por la cantada de T. Caen B., M. y la “flaquita” de la T.P. en una “ratonera”.

Para la Tendencia Proletaria las caídas terminan aquí. Pero la chorrera sigue por el lado de Logística. Cae la técnica y luego de casi dos días, todo lo demás: 13 locales hasta ahora, incluidos uno del PRT y tres de la Junta.

De estos hechos sacar esta conclusión: sigue vigente el problema ideológico que se ve claramente en las cantadas, las traiciones, el liberalismo en la compartimentación de los locales y los métodos en general, como se sigue trabajando.

En fin, ocurrió lo previsible en una situación de tal índole. En el curso del segundo trimestre de 1975 fueron cayendo todos los compañeros que se habían implantado en el Frente, más su contorno, sin descontar los que murieron al resistir heroicamente los allanamientos o la tortura.

Cayeron detenidos en junio de 1975, en Montevideo, más de 20 compañeros.

Murieron en enfrentamientos al ser allanados sus locales: Raúl Melogno, María Luisa Karaian y Celso Fernández. Este último había sido obrero de FUNSA y era muy querido en su gremio. Acaso uno de los militantes de la clase en el MLN (T), con mayores potencialidades para transformarse en un cuadro de primer orden. Su pérdida, junto a Melogno, que fue obrero de la fábrica Alpargatas, es no solo irreparable sino altamente significativa.

Gloria eterna a quienes desde Flores en adelante supieron morir con dignidad en el combate.

Ellos nos enseñan el camino de la lucha revolucionaria consecuente y nos alientan para los duros combates que vendrán. Permanecerán por siempre en nuestro corazón. Y junto a los presos queridos, nos empujan a

reorganizarnos y a redoblar nuestros empeños hasta la victoria final.

11. A fines de febrero de 1975, la Tendencia Proletaria, resolvió disolverse, por entender que los fines para los que se había creado se habían cumplido y porque ya entonces estaba integrada como un todo, con los demás compañeros del MLN (T) consecuentes o empeñados en la lucha.

No obstante, importa recoger algunas enseñanzas teóricas de aquella Tendencia Proletaria –que apenas alcanzó a tener ocho meses de existencia en el marco del MLN (T)– y sobre todo algunas reglas prácticas para abordar las contradicciones internas. Se dice en el capítulo tercero del Documento del que ya transcribimos su sumario:

¿Y qué debemos hacer en tanto que revolucionarios, que cuadros, conforme al método dialéctico, cuando debemos enfrentarnos a las contradicciones y luchas internas del Partido?

1) Indagar seriamente la esencia de esas contradicciones.

2) Jerarquizar tales contradicciones y valorarlas correctamente, en relación con el proceso revolucionario como un todo. Determinar si se trata de contradicciones antagónicas o no.

3) Observar atentamente el desarrollo de tales contradicciones y sus transformaciones. Reparar en la forma que adquieren: si estamos frente a una simple desviación, a una tendencia o a una fracción.

4) Ver con qué estilo se expresan las discrepancias, si se formulan de manera fundada y conforme o no a los principios, si tienen sentido político, si se procesan sin afectar las tareas revolucionarias, si no comprometen la unidad de acción del Partido, si se desemboca o no en la crítica por la crítica. Esto último es nocivo.

5) Luego que nos aproximemos al conocimiento de la naturaleza de la lucha interna, las contradicciones que la generan, su origen de clase en el orden interno y externo, tenemos que observar la siguiente conducta en tanto que cuadros de un partido marxista-leninista.

a) Desarrollar la lucha ideológica. La importancia que ella adquiera dependerá de cómo hayamos jerarquizado la lucha interna, en el conjunto del quehacer del Partido. De su naturaleza, en tanto que lucha de clases que afecta o no la línea política, la estrategia o principios fundamentales. En estos extremos, corresponde establecer si las discrepancias (igual contradicciones) y la lucha ideológica consiguiente, configuran o no la contradicción principal en el seno del Partido. Si fuera así, nuestros principales esfuerzos militantes deben ser dirigidos a resolver tal contradicción, como condición indispensable para sacar el Partido del error o del pantano, como exigencia del proceso revolucionario en peligro o afectado por aquella contradicción

principal, que, como tal, es rectora: todo lo dirige, lo influye, lo determina. En tal caso, la lucha ideológica deberá llevarse a cabo hasta sus últimas consecuencias, siendo más valioso el triunfo de las ideas correctas, que la unidad del Partido.

Cuando está en juego la existencia misma del Partido marxista-leninista de cuadros y de combate –su construcción y el destino de la revolución– nada puede impedir el desarrollo amplio de la lucha ideológica. Esto es lo que imponen las reglas del método dialéctico. Por eso es extraño al Partido marxista-leninista y al método dialéctico, la posición formalista de aquellos que en tales circunstancias apelan al reglamento y a la disciplina, trasladando el aspecto principal de la contradicción a los contactos horizontales; reparando en el árbol que les impide ver el bosque. (Ver: documento fechado en Buenos Aires, en diciembre de 1974, págs. 51 y 52.)

Después de la nueva ofensiva represiva de mediados de 1975, en Montevideo, se cuentan con los dedos de una mano los compañeros que logran volver a Buenos Aires y emprender, una vez más, el camino del exilio. Entre ellos, se contaba el compañero Ataliva Castillo, que luego fuera secuestrado –en diciembre de 1977, en la Argentina– sin que hasta ahora se tenga noticia de su paradero. Con altibajos, él era de los “peludos” que había avanzado más políticamente y que demostraba mayores potencialidades. Acaso, porque antes de ir a los cañaverales, había pasado por la Escuela Industrial de Artigas y también ejercido el oficio de carpintero; por lo que tenía bases materiales para poder desarrollar una visión política más amplia.

El 13 de agosto de 1978, también fue objeto de secuestro en Buenos Aires, Félix Bentín, otro cañero de valía, compañero inseparable de Sendic, desde las primeras épocas.

Antes, el 31 de diciembre de 1976, cayó herido o muerto, a raíz de un tiroteo con la represión, en las calles de Buenos Aires, el compañero Carlos Hernández Machado, sin que tampoco se tuviera más noticias de él. Se trataba de un militante probado, con formación técnica y combatiente ejemplar.

Junto a Ataliva Castillo, también fueron secuestrados cuatro compañeros más, e igual número cuando cae Félix Bentín.

Solo sobrevivieron de esta última época –que va del segundo semestre de 1975 a fines de 1978– tres compañeros.

De todos ellos o de su valor como revolucionarios, podemos decir lo mismo que de aquellos últimos que se mantuvieron en Montevideo, en las condiciones a que hace referencia Juan en la carta ya transcrita. Porque en ese entonces no había diferencia entre mantenerse organizados y con voluntad de lucha en Montevideo, como en Buenos Aires. La represión era muy

activa, violenta y sanguinaria en ambos márgenes del Río de la Plata. Los riesgos eran los mismos en ambos lados, y los cuerpos represivos actuaban de consuno, con prescindencia de las fronteras nacionales. Y por momentos –a igual que los compañeros de Montevideo en 1975– sus condiciones fueron precarias. Sin retaguardia, sin dinero y hasta sin documentación o papeles para moverse.

Por tanto, las enseñanzas de unos y de otros son ejemplares. Más. Desde fines de 1976 a 1977, aquel puñado de compañeros tuvo el mérito de sacar varios números –nueve– del Correo Tupamaro. En el editorial de uno de esos boletines mimeografiados, que no compartimos en su totalidad, escribían:

Hoy la situación es de debilidad, fundamentalmente por falta de organización y por la sorpresa que significa todo el peso de una represión feroz y asesina. Pero tenemos una valiosa experiencia, un pueblo que odia, irreconciliablemente, al enemigo, enemigo que ha fracasado, que no ha solucionado, ni puede hacerlo, ningún problema; que está aislado nacional e internacionalmente, que incluso el amo yanqui le reprocha haber convertido al Uruguay en “cámara de tortura de Latinoamérica”; que además de su incapacidad para gobernar es retrógrado, prepotente y corrupto, lo que genera en sus propias filas múltiples contradicciones, fundamentalmente por las ambiciones personales de la oficialidad en el reparto del botín.

Entonces, ni nuestra situación es de tanta debilidad, ni la del enemigo de tanta fortaleza, porque: nuestra lucha es justa y representa los intereses de la mayoría del pueblo; nuestro pueblo tiene un grado de conciencia política y experiencia organizativa elevado; nuestro pueblo tiene una cultura e historia de rebeldía hacia la opresión; nuestro pueblo no acepta la pauperización y opresión actual y tiene odio irreconciliable al enemigo.

El enemigo:

–Defiende la opresión y explotación en beneficio de oligarcas, burgueses y del imperio, reservándose las migajas que estos le dejan.

–Está aislado del pueblo y desprestigiado internacionalmente.

–Tiene contradicciones en la cúpula (oficialidad) y con su base (soldados) que no gozan de los privilegios ni están convencidos de lo que les hacen hacer, simplemente obedecen por ahora.

–No han solucionado problemas fundamentales del país, como para poder mantenerse; por el contrario, con su ineptitud y voracidad lo han desmantelado.

En definitiva, la correlación de fuerzas militarmente hablando nos es favorable, hoy. El enemigo tiene la razón de la fuerza, pero cuando un pueblo está decidido a vencer y cuenta con la experiencia y coraje como el nuestro,

y fundamentalmente defiende una causa justa, que es la de la mayoría, es invencible y está históricamente demostrado.

No tenemos la organización, la lograremos en la lucha; no tenemos las armas, se las quitaremos al enemigo.

La lucha será larga y difícil, pero precisamente por eso es que debemos ir venciendo paso a paso y nos fortaleceremos y esclareceremos en el proceso.

LA TAREA ES DE TODOS Y DEBEMOS CONSPIRAR, ORGANIZARNOS Y LUCHAR.

Por otra parte, corresponde hacer dos puntualizaciones finales sobre este período:

a) Que a pesar de tratarse de un grupo de doce compañeros, la dialéctica no dejó de estar significativamente presente en su funcionamiento. Es decir, en los hechos. Tanto es así, que allí tuvieron lugar dos corrientes perfectamente conformadas. Una, encabezada por el compañero Félix Bentín, y otra, por el compañero Ataliva Castillo.

Por momentos la lucha ideológica fue tan dura, que presentaba a la contradicción con características antagónicas. Por ello es que hasta se paró el funcionamiento. Gracias al esfuerzo de otro “peludo”, el “Gallo”, las asperezas pudieron atenuarse y la contradicción pudo seguir procesándose por los causes normales.

b) Que la solidaridad de otros revolucionarios latinoamericanos contribuyó a que un grupo tan pequeño de compañeros pudiera mantenerse en funcionamiento en condiciones tan desfavorables. Y entre ellos, cabe mencionar a los compañeros del PCR* uruguayo, con los que nuestros compañeros tuvieron vinculaciones estrechas y recibieron apoyo para la realización de diversas tareas.

12. Mientras que funcionaba en Buenos Aires el último grupo a que hemos hecho referencia, en Europa y en México se agitaban planes de retorno y de lucha, por parte de los tupamaros. Sobre todo desde 1977 a 1979. En este período se configura una primera etapa. La segunda nace con la realización del Simposio de enero de 1980 en Europa.

a) Desde 1977 a 1979 el esquema organizativo tuvo marcados acentos personalistas. El sector que se movió más en América, o que concluyó por dispersarse en grupos por el continente, contó con militantes dispuestos a luchar, aunque le faltó una conducción apropiada. En general, se carecía de formación y de capacidad política y solo se trataba de ponerse la camiseta e ir para adelante, sin saber cómo o de qué manera hacer las cosas. Su mentalidad era la de la década del 60, sin conciencia ni capacidad de cambio,

sin espíritu crítico y autocrítico. Con el agravante de que una de las figuras más salientes o con más poder de decisión no estaba preparado para cumplir con responsabilidad y concluyó cometiendo errores de toda índole.

Algo parecido ocurrió en el otro sector que en este período movilizó mucha gente en Europa; contó con importantes recursos técnicos y humanos, para terminar desintegrándose o quedar reducido a una secta minúscula e inoperante.

El prestigio de un militante histórico –hasta ese momento respetable– al frente de la reorganización sembró muchas expectativas entre 1977 y 1978. Sin embargo, todo quedó en aguas de borraja. Por falta de capacidad organizativa, política y de conducción.

Todavía no se tenía clara la diferencia que existe entre un combatiente y un cuadro, se confundía el uno con el otro.

No se advirtió la necesidad de una autocrítica ni de procesar profundos cambios en la mentalidad del militante, para que cada uno alcanzara el nivel exigido por la derrota y sus consecuencias, así como por las condiciones distintas impuestas por el Uruguay de la década del 80.

Como en el caso del sector anterior, era ponerse la camiseta y marchar para adelante. Con lo que –como lo hemos dicho tantas veces– no podíamos ir ni a la vuelta de la esquina. Para colmo, la dirección de este sector también cometió graves errores, que volvieron a quebrantar seriamente los principios de la organización, terminando por desmoralizar y frustrar a los demás.

De ahí en adelante se habló mucho y con razón contra “las vacas sagradas”.

b) A pesar de tantos fracasos, el espíritu de lucha de los tupas y la voluntad de hacer cosas positivas para revertir la trágica y dolorosa situación del pueblo oriental, no se apagó. Siempre hubo reservas y remanentes de compañeros dispuestos a remontar el MLN (T) y hoy mismo todavía los hay, con la frescura y la pujanza de siempre. De ahí que, mientras se desintegraban los sectores antes referidos, otros compañeros venían trabajando febrilmente para remontar la situación.

Es así que, en enero de 1980, se reúne el Primer Simposio, constitutivo de lo que se ha dado en llamar “El Proceso”.

Los trabajos o documentos preparatorios no ofrecen mayores aportes.

Se analiza la situación económica y política del país, se repasa la situación internacional, en un marco de mucha prudencia y sin definiciones específicas. Por eso la síntesis elaborada no arroja perspectivas para las tareas futuras y todo quedó por hacerse o profundizarse en las cuestiones claves.

Sobre estrategia y táctica de la revolución en el Uruguay, se reiteran

algunas tesis ya expuestas por el MLN (T) en la década del 60, pero sin ningún examen crítico.

Es que se eludió la cuestión fundamental de la autocrítica y sin ella no hay —en la década del 80— estrategia y tácticas globales, reales y posibles. Por eso mismo es que no se fundó una línea para el trabajo de masas. Se insistió erróneamente en que la formación se logra a través de la práctica, ateniéndose al Documento II, que ya criticamos y sin pronunciarse sobre la cuestión fundamental de los cuadros y menos de la necesidad de su formación cuidadosa y conforme a un plan por niveles, en el marxismo-leninismo.

Para peor, la dirección que se votó en ese Simposio de enero de 1980 no funcionó y resultó absolutamente inoperante. Una parte de esa dirección se radicó en Latinoamérica y otra en Europa, con lo que nunca llegó a conformarse como un equipo de dirección. De ahí que ni siquiera las políticas insuficientes acordadas en el Simposio se aplicaron. Por lo que no hubo una práctica, que sirviera de base para profundizarlas y enriquecerlas.

Todo ello, como es natural, desembocó en ásperos enfrentamientos personales entre una y otra parte de la dirección. Luego, en el segundo Simposio de marzo de 1982, se rematan los desaciertos, expulsando a parte de la dirección que estaba en Latinoamérica y decretándose, más adelante, la baja de un núcleo numeroso de compañeros que habían procesado una lucha ideológica, a lo que siguen otras expulsiones y también pedidos de baja.

En el MLN (T) y ya desde Chile había experiencia acerca de la imposibilidad de funcionamiento de una dirección cuando una parte reside a miles de kilómetros de la otra y de las contradicciones que ello engendra. Ya hablamos de lo que fue el Comité Central de 1973 a este respecto.

Además, no se aplicó correctamente el centralismo democrático. El esquema organizativo reiteró el viejo verticalismo del MLN (T), razón por la cual la lucha ideológica no supo encauzarse en forma normal ni se produjo la necesaria interacción entre la base y la dirección. En consecuencia, la lucha ideológica resultó incompatible con el desarrollo de este “proceso”. Muchas contradicciones internas se transformaron en antagónicas, y el único expediente que se tuvo, en definitiva, para resolverlas fue el de la expulsión.

En tales condiciones, un mar de subjetivismo inundó el proceso, haciendo más difícil y problemática su existencia.

c) Los “seispuntistas”* se desarrollaron en el exterior del país y han trabajado con ahínco en la construcción del 26 de Marzo.

Tienen el mérito de ser militantes tenaces, con voluntad de lucha y abnegación. Cuentan con órganos periódicos de difusión, abundantes relaciones internacionales y apoyos calificados.

Hoy día, hasta son capaces de procesar hechos circunstanciales que

muevan a nuestra solidaridad y a la de muchos. Sin embargo, eso tiene “patas cortas”, como se dice en criollo. Será de resultados efímeros, con ser mucho, en un momento en que todos estamos tan débiles y nosotros mismos recién hemos podido echar las bases para remontar la situación actual.

Sobre todo:

- Porque el origen y la composición de clase de ese sector y todo lo que de ello se deriva no ofrecen perspectivas positivas ni permiten otorgarles crédito político.

- Ellos son ni más ni menos que una reproducción o calco de la corriente estudiantil en el seno del MLN (T) y que tanta influencia ejerciera, desde mediados de 1970 en adelante. Prácticamente dominaron la organización hasta marzo de 1972, en que se produce la reacción ya tardía del Simposio y que hemos referenciado más arriba. Con la desventaja de que la generación de militantes, ahora en presencia, que reproducen en esencia los mismos métodos y estilos de trabajo era entonces la base de aquellas conducciones intermedias, y no pocos de ellos solo alcanzaron a militar en un comité del 26 de Marzo. Precisamente, los que mayores responsabilidades de conducción tuvieron de aquella corriente en la organización –aunque fueran de orden intermedio– son los que no han sido liberados. Recuérdese que los seispuntistas nacen y se desarrollan en la cárcel y el grueso de los militantes más calificados tienen el carácter de liberados.

- En los aspectos centrales de esta autocrítica ya vimos a qué condujo la composición de clase del MLN (T) y la carencia de un enfoque de clase en el reclutamiento, en el encuadre, en la promoción y formación de cuadros, y lo que significa la práctica social a este respecto y más aún la experiencia de la lucha de masas.

- Y si vemos quiénes preponderantemente conducen en los seispuntistas o en el 26 de Marzo en el exterior –su origen de clase, su práctica social, su formación y grado de maduración política–, nos encontramos, en esencia, con lo mismo de lo mismo. Y ya sabemos lo que ocurre cuando la pequeña burguesía sin más y una de sus capas naturalmente más inmaduras tiene a su cargo la conducción del proceso revolucionario y cómo éste termina por caer desde lo más alto.

- La falta de práctica social y sobre todo de experiencia en la lucha de clases que se observa en los militantes y en la conducción del 26 de Marzo, en tanto que partido político, unido a su origen de clase y al hecho de haberse constituido en el exterior, y no contar con influencia alguna en el Uruguay, acaso explique los errores políticos cometidos y especialmente la suficiencia, el esquematismo y el sectarismo de que hacen gala.

- Por eso la lógica política indica que si no se proletarianizan realmente para lograr alguna dosis de humildad y producir el necesario desgarramiento de clase; si no cambian rápida y profundamente, corren el riesgo de encerrarse cada vez más en sí mismos y de concluir en una secta. Tienen todas las características necesarias para terminar sencillamente en eso, primero. Y en la desintegración, después, a poco que tengan que enfrentar cualquier fracaso significativo y a causa de ello las contradicciones internas coloquen todo en crisis y fuera de control.

- Más aún si no concluyen por dejar de considerarse el *todo* de la revolución uruguaya y no se abren a los demás, si no escuchan a los que discrepan con sus procedimientos, si no se comunican o no dialogan con las otras partes organizadas dentro del MLN(T) o si no trabajan en común –por lo menos en la solidaridad en donde han cometido tantos yerros– y dejan de sentirse o presentarse (provocando el rechazo generalizado) como superiores o tocados por la voluntad divina, en un mundo capitalista, donde el que más o el que menos sufre las limitaciones o deformaciones que les ha impuesto la ideología del sistema y de las que solo podrán liberarse cabalmente otras generaciones, mucho después de implantada la Revolución Socialista.

Por supuesto, que esto no significa que en el campo de la solidaridad no haya desviaciones ni deficiencias. Ellas no son ni más ni menos que el reflejo de lo que hemos visto en el curso de esta autocrítica. Allí también ha habido individualismo excesivo, métodos artesanales de trabajo y muchas cosas más que hay que cambiar con la buena voluntad y el aporte de todos.

Pero es en el campo de la solidaridad donde menos cabe el sectarismo y donde la organización debe manejarse con criterios amplios y flexibles, que comprendan a todos los que puedan aportar algo, y de la forma y en la cantidad y calidad que sea, sin empequeñecer sus posibilidades de acción al forzar su alineación o poniéndola al servicio de un partido o sector determinado de la izquierda.

Sobre todo, falta que se trabaje con un esquema organizativo participativo, que consulte la democracia interna, la crítica y la autocrítica en los balances periódicos de la actividad, la dirección colectiva a todos los niveles, empezando por la descentralización por zonas y regiones, a fin de que entre en funcionamiento todo el rico y desaprovechado material humano que está disperso por el mundo.

Es obvio que tampoco deben multiplicarse las demandas ante los organismos internacionales o ante las autoridades públicas de cada país y que lo mejor y más efectivo es que ellas respondan a un mando único, unitario.

Demás está decir que los compañeros del 26 de Marzo son poco autocrí-

ticos. Y cuando en algún documento o rueda de prensa se les ha preguntado sobre las causas de la derrota del MLN (T), han respondido con un grado de superficialidad asombrosa, simplificando todo.

Ciertamente, rechazan el tema de la autocrítica del MLN (T) y toman distancia respecto de quienes lo planteamos como cuestión fundamental, a los efectos de la reorganización necesaria del MLN (T) y el remonte de la lucha revolucionaria en el Uruguay.

Esta reseña en punto a los intentos de reorganización del MLN (T) desde el exilio europeo podría tacharse de superficial si no tuviera como telón de fondo los análisis centrales de la autocrítica que la preceden. Porque cualquiera que desee ir al fondo o a la esencia de las políticas principales en el marco del MLN (T) tiene en la presente autocrítica –se comparta o no– un referente fundado para ubicar (según las prácticas y las concepciones con que se maneje) a cualquier otro sector de tupamaros organizados, por no decir, también, a cualquier corriente política de la izquierda nacional.

CUARTA PARTE

CONCLUSIONES

Las grandes guerras de la historia, las grandes tareas de las revoluciones se decidieron únicamente porque las clases avanzadas repitieron sus embestidas no una vez ni dos, y lograron la victoria aleccionadas por la experiencia de las derrotas. Los ejércitos derrotados aprenden bien.

V. I. Lenin

1. Que esta “contribución autocrítica” puede ser insuficiente, por más de un concepto. No hay duda de que es tarea de todos enriquecerla y perfeccionarla. Eso sí, estamos seguros de haber planteado cuestiones esenciales, sin adornos ni adulteraciones de la historia, ni mezquindad alguna.

2. Que hemos sido consecuentes con una metodología científica y llevado la crítica hasta donde nos ha sido posible, atentos a los hechos que conocemos y que estamos en condiciones de documentar.

3. Que asumimos como nuestros todos los errores del MLN (T) y, al autocriticarnos por ellos, nos comprometemos a luchar por rectificarlos y superarlos, a través de una práctica consecuente y esencialmente cambiante.

4. Que las leyes de la historia nos enseñan que todo proceso de cambio, si es auténtico y profundo, provoca inevitables resistencias en todos aquellos cuya conciencia posible no los habilita para comprenderlo e impulsarlo.

5. Que el hecho mismo de que en la presente etapa nuestro quehacer sea preponderantemente político y apunte al desarrollo de una necesaria línea de masas obliga a quebrar criterios consagrados en el MLN (T) o de

carácter conspirativo, que las exigencias de una concepción aparatista habían impuesto como axiomas.

Si entendemos bien lo que significa utilizar todas las formas de lucha, debe tenerse presente que esas formas serán clandestinas o abiertas, legales o semilegales, pacíficas o violentas y que nunca podemos desperdiciar cualquier resquicio de legalidad existente, independientemente de cuál sea la forma principal de lucha que estemos llevando a cabo en un momento dado.

Allí donde la acción puede ser legal, no hay que andar con misterios o compartimentaciones innecesarias o de poca vigencia real, en determinados medios como el europeo o en otros países donde funciona la democracia burguesa.

Desde luego que siempre que tengamos claro nuestros planes, fines estratégicos y los niveles de cada militante y preservemos a quienes corresponda, según sus potencialidades y el encuadre pertinente.

6. Que anhelamos que los compañeros que integran otros sectores del MLN (T), independientes o de la izquierda en general sean más críticos y vigilantes con nosotros, que lo que hemos sido con ellos. Sin descontar que tenemos todo por hacer, ya que nos constituimos como MOVIMIENTO POR LA REORGANIZACIÓN DEL MLN recién el 11 de setiembre de 1983.

La lucha ideológica es necesaria y fecunda en todos los ámbitos y más en el marco del MLN (T) y de la izquierda nacional. Si es constructiva, fraternal y fundada por la forma, si tiene sentido político, nos hará avanzar a todos. Será la mejor herramienta para rectificar nuestros errores, disminuir crecientemente el sectarismo, someternos responsablemente al juicio del pueblo y hermanarnos cada día más. Forjando bases sólidas para la unidad, en todos los frentes de lucha.

Sin tal método y sin caminar hacia esos logros unitarios, la revolución no es posible. Ni en nosotros mismos, ni en ninguna parte.

7. Que la cuestión de la autocrítica no es solo un asunto del MLN (T). Es de toda la izquierda nacional, pues ningún partido u organización revolucionaria o de la izquierda uruguaya dejó de sufrir la derrota y sus consecuencias políticas. Importa, por tanto, desentrañar las causas de esa derrota generalizada y que todos aprendamos de los errores cometidos por cada uno y por la izquierda –con vocación revolucionaria– como un todo.

8. El nacimiento y desarrollo de las contradicciones internas en el seno de las organizaciones políticas revolucionarias tienen carácter universal. Existe

desde que se conocieron en el siglo pasado las primeras formas modernas de la lucha de clases.

Marx y Engels ya promovieron una señera lucha ideológica, desde la “Liga de los Justos” para adelante.

Un Partido como el bolchevique, que fue capaz de hacer la primera Revolución Socialista, en condiciones tan difíciles, vivió y resolvió todo tipo de contradicciones internas en su seno y aprendió de las derrotas.

Es que nadie fue tan crítico y autocrítico como el propio Lenin. Ni desarrolló una lucha ideológica tan fecunda. Es, pues, a partir de esa práctica tan rica en torno a las contradicciones internas del Partido, que ha podido dejarnos una profunda y luminosa teoría a este respecto.

Como ha escrito Mao: “Si en el Partido no hubiera contradicciones ni luchas ideológicas para resolverlas, la vida del Partido tocaría a su fin”.²⁴

El mismo Fidel Castro, que tiene la responsabilidad de ser Jefe de Estado y de liderar la construcción del Socialismo a noventa millas del imperialismo más agresivo y siniestro que conoce la historia, ¿no hizo públicamente la demoledora autocrítica sobre la zafra de los diez millones y tantas otras ante su pueblo?

Y si habrá atraso político entre nosotros, que a pesar de que somos tan pocos en estas circunstancias históricas, ¿todavía tememos que la autocrítica nos divida (¿más de lo que estamos?) o favorezca al enemigo, o que este utilice el párrafo tal o cual para combatirnos?

9. Somos continuadores críticos del MLN (T). Y además es de principio que debemos ser tanto más autocríticos acerca de nuestro propio quehacer y de nosotros mismos. Así lo exige el respeto que le debemos a nuestro pueblo al que con la mayor objetividad debemos darle cuenta de lo que hacemos, si es que rompemos el espíritu de secta y asumimos un estilo serio y responsable en la política que se lleve a cabo. Lo que está impuesto asimismo por la sangre de nuestros muertos, que no ha corrido en vano y por el sentir de nuestros queridos presos, sometidos a una bárbara política de destrucción psicofísica, que urge poner fin con el castigo merecido a los verdugos infames.

Noviembre de 1983.

NOTAS DEL AUTOR

¹ Ver: *Contribución a la crítica de la economía política*, de Carlos Marx, página 12, La Habana, Editora Política, 1966.

² Marx entiende por “ser social”: la estructura económica de la sociedad. O base material o económica de la sociedad, que es lo mismo. También en esta frase alude al ser, como ser del hombre y no de la sociedad, que es otra cosa distinta. Y en este último sentido o en su ámbito conceptual es que debe interpretarse lo que Marx puntualiza en otro lugar, cuando afirma que “el hombre es un ser social”. En otras palabras: se trata de que “el hombre es un ser social”, cuya conciencia está determinada por otro “ser social”, en este caso, por la estructura económica dentro de la sociedad. En filosofía, como se sabe, la teoría del ser es muy rica. Hegel comienza su *Ciencia de la Lógica*, refiriéndose a la teoría del ser en general, a lo indeterminado, a lo que no tiene forma y que materializándolo, o en términos marxistas, equivale a la materia como un todo. Pero para conocer, es obligado determinar. Por eso solo nos es dado conocer determinadas formas de la materia. O de seres, en el caso que nos ocupa. He ahí el significado diferente que Marx le da a la expresión “ser social” como resultado de determinaciones diferentes o formas diferenciadas de la materia.

³ Ver: *Cuadernos filosóficos, Obras completas*, tomo 38, página 344, La Habana, Editora Política, 1964.

⁴ En vez de la versión textual de Lenin, pusimos la que actualiza el eximio filósofo soviético P. V. Kopnin, en su *Lógica dialéctica*, página 42, sin fecha ni lugar de edición: “la fisiología de los órganos sensoriales [...] (‘hoy día podemos denominarla fisiología del sistema nervioso superior’) [...]”.

⁵ Ver: Yuri Andrópov, “La teoría de Carlos Marx y algunas cuestiones de la edificación socialista en la URSS”, en *Boletín de Información*, N° 9,

1983, página 15, Editorial Internacional de Praga.

⁶ Ver: José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, La Habana, Colección Casa de las Américas, 1975, tercera edición.

⁷ Hay un trabajo de un compañero en el que se hace un desarrollo teórico mayor sobre este punto.

⁸ Ver: *Ciencia de la Lógica*, Buenos Aires, Edición de Solar S.A. y Librería Hachette S.A., 1976, cuarta edición, páginas 386 y 387.

⁹ Ver: *Obras militares escogidas* de Lenin, La Habana, Instituto del Libro, 1970, página 101.

¹⁰ Ver: Manuel Piñero Lozada, en “La crisis actual del Imperialismo y los procesos revolucionarios de la América Latina y el Caribe”, página 369 del volumen titulado *Características generales y particulares de los procesos revolucionarios en América Latina y el Caribe*, Memoria de la Conferencia Teórica Internacional, La Habana, 1982.

¹¹ Ver: Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1969, tomo XXII, página 324, segunda edición.

¹² Ver: Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1969, tomo XXXV, páginas 95-96, segunda edición.

¹³ Ver: Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1969, tomo XVII, páginas 278 y 279, segunda edición.

¹⁴ Ver: Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1969, página 139, tomo XLII, segunda edición.

¹⁵ Ver: Lenin, *Cuadernos filosóficos*, de la edición antes citada, página 138.

¹⁶ Ver: Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1969, tomo XVI, página 347, segunda edición.

¹⁷ Ver: Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1969, página 347, tomo XVI, segunda edición.

¹⁸ Ver: Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1969, tomo XVI, página 349, segunda edición.

¹⁹ Ver: Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1969, página 287, tomo XVI, segunda edición.

²⁰ Ver: Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1969, segunda edición.

²¹ Ver: Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1969, segunda edición.

²² Ver: Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1969, tomo VIII, página 586, segunda edición.

²³ Ver: Mao Tse-Tung, *Obras escogidas*, Pekín, Ediciones de Lenguas Extranjeras, 1968, tomo I, página 340.

GLOSAS DE LOS EDITORES

10 de Pando. Uno de los locales clandestinos del MLN.

26 de Marzo. Movimiento político considerado brazo legal del MLN Tupamaros.

26. Se refiere al Movimiento 26 de Marzo.

Actas Tupamaras. Publicación de la periodista María Esther Gilio, aparecida en tiempos de la lucha armada en el Uruguay.

Almería. Calle de Montevideo en el barrio de Malvín, donde se ubicaba la casa en que cayeron presos varios de los principales dirigentes del Movimiento, en 1970.

Aripuca. Construcción elemental, de dos aguas y una altura no superior a un metro con 50 centímetros, hecha de ramas, paja u otros materiales livianos. Vivienda típica de los zafreros de la caña de azúcar.

Astraza o estraza. Papel de color marrón, usado para envolver en los almacenes minoristas, común hasta los años 70.

Bancamiento. Modismo por atender o ayudar.

Bandazos. Voz de origen marinero, para referir en este caso a cambios frecuentes de rumbo.

Bella Unión. Localidad del extremo NW del territorio oriental, sobre el río Uruguay, en la triple frontera con la Argentina y Brasil.

Cacao. Un plan de atentados con explosivos.

Cantón. Local, o “cuartel” de la guerrilla.

Chala. Hoja seca de maíz, usada para armar el cigarro criollo, o “charuto”.

Chancho. Secuestrado como prisionero político, en la jerga de la guerrilla.

Changas. Trabajos precarios.

Columnas. Divisiones compartimentadas de la organización.

Cuadros. Expresión con que se designaba a los militantes políticos

experimentados y con algunos estudios teóricos y estratégicos.

Dolmenit. Marca de chapas y otros materiales de fibrocemento.

Financiera Monty. Empresa colateral del Banco Mercantil.

Foquista. Partidario de la estrategia del “foco revolucionario”, defendida por Régis Debray, quien acompañó a Ernesto Guevara en Bolivia.

Horizontales. Contactos inorgánicos entre militantes.

La Corriente. Agrupamiento político dentro del Frente Amplio, constituido por simpatizantes de las organizaciones guerrilleras.

La Teja. Uno de los barrios obreros de Montevideo.

Mailhos. Familia de industriales y terratenientes, a la que los tupamaros expropiaron un tesoro constituido en parte por libras esterlinas.

Marquetalia. Nombre de uno de los primeros locales clandestinos del Movimiento de Liberación Nacional.

Monty. Ver *Financiera Monty*.

Orga. Por Organización.

PCR. Partido Comunista Revolucionario.

Pelotear. Dialogar sin obligación de llegar a acuerdos.

Peludos. Trabajadores rurales, especialmente azucareros.

Piola. Expresión del lunfardo, por condescendiente, permisivo, dispuesto a acordar.

Quincismo. Actitudes y propuestas que se consideraban típicas de la Columna 15 del MLN, integrada con gran proporción de jóvenes estudiantes.

Regional. Comité de la Organización tupamara, con referencia territorial.

Reveses del 22 de diciembre de 1966. Primeros choques de los tupamaros con efectivos policiales, en que murieron militantes del Movimiento.

Satanes. De “Satán”, un plan concreto de acciones guerrilleras.

Seispuntistas. Integrantes de una fracción del MLN, que refundó el Movimiento 26 de Marzo, con una orientación y organización distinta al de los años 60-70.

UTAA. Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas [Departamento (municipio) del extremo NW uruguayo].

Verbalismo. Expresión peyorativa con que se caracterizaba lo que se tenía por un vicio de algunos revolucionarios: muchas palabras y pocos hechos.



ÍNDICE

PRÓLOGO	7
REFERENCIAS BIOGRÁFICAS	9
INTRODUCCIÓN.....	13
PRIMERA PARTE	
I. Las enseñanzas o aspectos positivos de la lucha tupamara	19
II. El programa de gobierno.....	25
III. La guerrilla urbana.....	27
IV. La continentalidad de la lucha revolucionaria.....	31
V. El estilo de los Tupamaros	35
SEGUNDA PARTE	
I. Las contradicciones no resueltas o aspectos negativos de la organización	39
II. El problema de la teoría marxista-leninista	57
III. La construcción del partido	69
IV. La desviación militarista	91
TERCERA PARTE	
Después de la derrota del año 1972.....	113
CUARTA PARTE	
Conclusiones.....	157


NOTAS DEL AUTOR..... 161

GLOSAS DE LOS EDITORES 163


Esta edición
de 1500 ejemplares
se terminó de imprimir en
A.B.R.N. Producciones Gráficas S.R.L.,
Wenceslao Villafañe 468,
Buenos Aires, Argentina,
en septiembre de 2006.



Cuando Andrés Cultelli entregó a un grupo de compañeros su *Contribución a la autocrítica del MLN (Tupamaros)* tuvimos la certeza de que, con su típica lucidez, comprendía que la salud lo estaba abandonando. Pocos meses después dejó de existir, no sin antes solicitarnos que publicáramos esta contribución a la historia del Movimiento de Liberación Nacional. Solo nos recomendó que el material se editara después del triunfo electoral del Encuentro Progresista / Frente Amplio.



Hemos compartido ese deseo, y aquí entregamos el texto que será, seguramente, de gran utilidad para una aproximación a un análisis histórico de la experiencia tupamara. Este material abarca el período que va desde el nacimiento del MLN (Tupamaros) hasta finales de 1983. Un período de lucha que no solo tuvo lugar en Uruguay sino que incluyó otros países dentro y más allá de la región.



Desmitificar al MLN (Tupamaros), escribe Cultelli, es difícil, desde luego. Por aquello de que no es posible ser juez y parte. Con todo, tenemos que intentarlo, asumir esa tremenda responsabilidad. Acaso, porque nadie como quienes hemos vivido esa historia está en mejores condiciones de interpretarla.

COLECTIVO ANDRÉS CULTELLI



EDICIONES COLIHUE

ISBN 950-581-766-5



9 789505 817665